LUIS LOPEZ DE MESA

LA BIOGRAFIA DE GLORIA ETZEL

1929

LA BIOGRAFIA DE GLORIA ÉTZEL

LUIS LOPEZ DE MESA

LA BIOGRAFIA DE GLORIA ÉTZEL



EDITORIAL MINERVA - BOGOTA - 1929

CONSIDERADOS la noche en que se inició este drama, los Etzel eran miembros eminentes de nuestra sociedad, casados hacía cosa de ocho o diez años; hombre él de una penetrante inteligencia, que le colocaba en primer plano dentro de la política nacional; mujer ella de refinada educación, de formas y facciones elegantes, además, y completamente orgullosa de su marido.

Serían las once cuando se dio cuenta de que su esposo no estaba leyendo, como de costumbre, los cotidianos de la tarde: no percibía el frote ruidoso del doble brusco de las hojas a que estaba habituada a escuchar, sino que le sentía agitarse un poco en el silencio de la noche, sin apagar las luces. Esto apartó de sus ojos el sueño que los iba dominando, y comenzaba ya a hilvanar cavilaciones cuando se abrió la puerta de su alcoba y apareció él, en pijama, bajo el abrigo de una bata de tela confortable y lujosa.

Con un leve gesto de coquetería, le hizo ella cómodo espacio en su amplia cama de matrimonio, gesto que rápidamente varió por uno de expectativa, al comprender, con la instantaneidad de la intuición de su sexo, que otro era el pensamiento de su marido. Por él pasaron ambos movimientos en esa

forma vagarosa con que nosotros percibimos un hecho cuando no interesa a nuestra meditación embargante: pues parece que no lo viésemos, porque al verlo pasa fugazmente por el espíritu para ocultarse en las sombras de lo inconsciente. De ahí que en él se iniciase un esfumado sentimiento de gratitud, que desapareció también; mientras que ella, más alerta a lo fugaz y lo accesorio, sintiese un ligero movimiento de reproche, refrenado al nacer.

Sentado a la orilla de la cama, comenzó él, diciendo:

—¿Sabes que no podría dormir sin hablarte de algo que me preocupa?

—¿Qué puede ser ello?

La sola frase inicial disipó en ambos totalmente la errada interpretación de los primeros instantes, y los colocó en un plano de inquietud vital, en una tensión de espíritu de prodigiosa lucidez.

—¿Recuerdas la escritura de confianza que hizo a mi favor nuestro amigo Evia?

—¿Y qué....?

—Me ha exigido su devolución.

—Ajá. ¿ . ?

—¿Tú sabes, no? ¿Recuerdas que te dije que en ello había algo raro? Pues bien, estoy cierto ahora de que él prevaricó en sus funciones oficiales, y de que así hubo la fortuna que ocultó en mis manos.

—¿Y por qué no me habías contado estas cosas antes?

—Yo no sé. Olvido quizá.

—¡Pero, hombre....!

Los dos guardaron una fracción de minuto de silencio. El hombre buscaba una frase; ella tuvo un presentimiento de desconfianza, tan imprecisa que no supo si lo era del amor o de la personalidad de su marido. Tan imprecisa que casi apareado con ella apareció el remordimiento de ser injusta, por lo cual le tomó instintivamente una mano y la besó.

El sonrió sin saber por qué y vagamente volvió a su pensamiento.

—¿Crees tú que esté obligado a hacerlo?

El espíritu de ella, acostumbrado a la irrestricta adoración de su hombre, no midió el alcance de la pregunta, y replicó en la tónica de un exaltado concepto.

—Ya entiendo: vas a hacer más de lo que debes....

Mas he aquí que vio aletear las cejas de su esposo con un gesto que le era de antaño conocido, un leve signo de contrariedad reprimida que le servía como de faro para orientarse en los sutiles vaivenes del pensamiento oculto de su hombre. Y con un arriesgado giro de timón desvió la frase.

—¿Has combinado tú algún plan?

Es tan rico en intenciones a veces el contenido de un instante de nuestras vidas que un extenso tratado de psicología no lograría analizarlo plenamente. En una docena de segundos este hombre sintió desfallecer toda su voluntad, sufrir en su concepto de propia estimación y sentirse derrotado, casi envilecido. La mujer que nos ama es un espejo de nuestra personalidad, que debiéramos usar con religiosa meditación. De esto Etzel no sabía nada. De esa docena

de segundos, cuatro al menos los empleó en odiarla con ese odio indefinible que profesamos a los seres que atestiguan nuestra inferioridad en algún capítulo de nuestra persona o de nuestra vida. Y durante otro fugaz momento asoció la visión de su mujer con sensaciones que le eran desagradables, olores, sabores, dolores, pequeños y grandes sacrificios, casi casi culpándola de cuanto le era hostil en toda su pasada existencia. Ningún pensamiento se definió, sin embargo, sino que ello fue como una vaga fosforescencia difusa de estados conscientes anteriores. Quizá sí logró atrapar una palabra rota en esa penumbra interior. Palabra inarticulada que era o podía ser un «te odio», tan impreciso como la frase que nos parece que aconsonanta el tic tac de un reloj. Mas luego vio en ella los ojos de tan sumisa reverencia que le hizo sonreír y besarla en la frente. Es un desastre, pensó, esto de que la mujer que nos ama esté constantemente aguardando de nosotros un acto de superioridad, de heroicidad, de superación de la vida y de los hombres. De donde el que dijera yo antes que un segundo de vida interior tiene a veces una riqueza de espiritualidad casi imposible de ser analizada. Esa leve representación de la feminidad que tuvo Etzel en aquel momento es la matriz inagotable del progreso espiritual y material del mundo, quizá de esta misteriosa superación de la animalidad que ha verificado el hombre. La mujer que ama interpreta heroicamente la conducta de su hombre, y esta suposición de generosidad y de heroicidad lo conduce a él a superarse a sí mismo. Cuando ella

no puede pensar noblemente de su hombre principia a odiarlo con un vago rencor, que es de la especie y, por lo tanto, eminentemente sexual. De igual manera, cuando el hombre se siente despreciado por la mujer que ama, en particular por su esposa, no tarda en que le sobrevenga el colapso definitivo de su entereza moral y no poco, ciertamente, de su capacidad intelectiva.

Los ojos sumisos de ella continuaban interrogándolo. El prosiguió.

—Devolver una cosa robada me parece una inmoralidad. Es casi tanto como ser incubridor y cómplice del delito.

—Justo, asintió ella con inusitado regocijo, pues creyó adivinar, ahora sí, parte al menos de su propósito.

—Mas las cosas se han presentado de tal manera prosiguió Etzel, que ya no se puede reintegrar este dinero a la hacienda pública. Sería tanto como devolver a los herederos el tesoro enterrado por un avaro hace cien años. Resultaría ridículo. Y quizá también inoperante, porque no faltaría alguien que lo atrapase a su vez.

Los ojos de ella permanecían dilatados en una atención suprema. Iba abriéndose su entendimiento a la luz de la intención recóndita de su marido.

Acostubrado a las labores parlamentarias, él adivinó la más grave objeción posible:

—Pudiera parecer que si no entregase a Evia estos caudales, haría traición a su amistad y me mostraría inferior a él en este aspecto. No lo creas. Esta amis-

tad está para siempre ya perdida: nadie que nos haya entregado un secreto desdoroso de su persona será nuestro amigo. Creerá siempre que lo humillamos con nuestro pensamiento. Echará sobre nosotros el rencor que le inspira su acto delictuoso. Además, la traición vino primero de su parte, pues me creyó capaz de ser su cómplice, y hasta me puso al borde del abismo. ¿Qué pudiera yo contestar al público, si se descubre este dolo secreto? Tamaño peligro bien vale la pena de ser cobrado caramente.

En el fondo de su corazón ella entrevió un nuevo estado de conciencia, como si él con su ágil dialéctica la fuese paseando por planos de razonamiento más y más hondos y sutiles. Un sentimiento de admiración por esa extraña lucidez mental de su esposo apareció en su semblante enrojecido y embellecido entre los rizos alborotados de su prodigiosa cabellera oscura y la albura de su bordada camisa de dormir, delgada y tersa.

—Hay más, insistió él, viendo que ya el triunfo se acercaba: Nuestra situación actual es precaria en lo económico. Al devolver a Evia su mal habida fortuna, escasamente tendríamos con qué vivir en una incómoda mediocridad, cercana ciertamente de la estrechez. Yo necesito, hoy más que nunca, dar la impresión de desahogo, de independencia, para poder proseguir mi carrera pública. Se acercan las elecciones, y en ellas se va a jugar la mejor partida de mi porvenir. Esto es igoísmo insano, bien lo entiendo. Mas pesa sobre nosotros algo fundamental, superior a nuestra propia vida. Tú me entiendes. Si desaparecemos dejando a nuestro hijo pobre, ¿qué será de él? La vida contemporánea es inmisericorde. La angustiosa verdad es que tenemos que triunfar a costa de cualquier sacrificio. Si las potencias oscuras de la tierra se oponen, hay que vencerlas; si la suerte nos es traidora, hay que dominarla como a una hembra inconstante o matarla, como a una alimaña venenosa. Nuestro hijo será grande en cuanto dependa de nosotros. Al menos feliz. Al siglo que nos arroja el guante del desprecio a los timoratos, a los pudorosos, a los pacientes y sufridos, opongamos la afirmación irrevocable de nuestro triunfo. Nuestro hijo contemplará de frente a su generación y a su propia fortuna armado por nosotros de todas armas. Si, ya lo veo erguido, desafiar, arrogante, la lucha personal de su existencia e imponer sus ideas y su personalidad.... dilatar a través del tiempo su nombre y nuestro nombre. ¡El triunfo! En los animales inferiores hallamos el ejemplo. Cuando audaces emprenden el vuelo los machos de la colmena, es el más vigoroso y audaz el que escala primero las alturas y en el esplendor del azul primaveral hace suya a la reina y suyas las generaciones posibles de su especie.

Agobiada por la admiración y como embriagada por la fuerza masculina, ella revolvió su cabecita contra el pecho de su hombre y le mordió felinamente los labios. Estremecido él, permaneció un leve instante crispado por la efusión violenta, rumor sordo de la fecundidad, pero contuvo el desviado sentimiento y prosiguió:

—Habrá vencidos. La naturaleza es una hecatombe

de cada segundo fugaz que fija el derrotero de los seres y la vida. Habrá vencidos—ella lo entendía bien—pero que no seamos nosotros, que mientras yo pueda evitarlo, no lo sea tampoco nuestro hijo. ¿Apruebas mi pensamiento?

Ella estaba como alelada y embriagada. Sólo pudo repetir la frase favorita de los mejores tiempos de su luna de miel: ¡Tú eres como un dios! Y recostó la cabeza en sus rodillas.

Un pequeño reloj de mesa dejó oír el tic tac de su apresurado movimiento. Eran casi las doce ya. Etzel acarició la nuca blanca de su esposa y sintió el fino cabello recortado punzar quisquillosamente las yemas de sus dedos en el ligero roce con que los paseaba en dirección ascendente, hábil y delicada a la vez.

*

RIDICULO sería negar que la conciencia ha colocado al hombre en un plano aparte en el universo mundo, fenómeno aislado dentro de la evolución de esta naturaleza si no infinita, indefinida al menos, pues no se percibe huella o presunción de similitud a este azaroso hecho de la existencia de la especie humana, ni parece que pueda repetirse en forma remotamente comparable a él. Así puede razonar la filosofía. Empero, dentro del campo psicológico tenemos que inclinar la cerviz humildemente en presencia de la abrumadora poquedad que abarcamos del

mundo perceptible. El minuto fundamental de una existencia pasa para nosotros casi anasequible, siendo sólo tiempos más tarde cuando entendemos haber sido el nodo crucial de divergentes rutas. Y dentro de los estados de conciencia vigilante con que quisiéramos aprehender, atrapar espiritualmente, el contenido «suma» de una hora solemne, hay que confesar que es deplorable, por lo pobre y vagarosa, nuestra función intelectiva.

En el próximo corredor el «westminster», melodioso, romántico y sonoro, desgranó, pausado, tras suaves ritmos de variado acento y temblorosa eufonía, las doce campanadas de la media noche. Cada nota, como una abeja fugaz, mensajera de sonidos, entraba a la alcoba, llenaba con distinto rumor el ángulo de los muros y se desvanecía en el silencio para dejar libres las oquedades del ambiente al temblor musical que parecería perseguirla con el timbre zigzagueante de su voz, similar en parte y diferente.

Al contacto de la mano varonil, la nuca blanca estremecióse con leve tensión de los vellos diminutos, como un microscópico campo de heno agitado por la brisa, y en leve ondulación surcó la espalda y jugueteó locamente en la cintura palpitante. Y moviendo ella con serpentina lentitud el cuello, fue revelando el fino rostro inundado de alegría luminosa, como un astro que surgiese en la penumbra; sus ojos traían un rictus picaresco e infantil, que al choque de las miradas tornóse tímido, lampo opalino de ternura que hizo doblar los párpados cual si fuesen frágiles pétalos de amapola herida por el sol.

El ambiente cobraba por instantes un aspecto augusto de religiosidad. Velada la bombilla eléctrica por la seda azul de la pantalla, sólo una penumbra de colores precisaba el contorno de las cosas; el amplio lecho de lujosas maderas incrustadas, ovalado hacia la parte inferior como una nave antigua, cuyo recuerdo acrecentaba el pálido azul del edredón, abollado como sumisas olas de mar; blanca ella y blancos los almohadones cual copos de espuma; al frente un coqueto tocador en que relampagueaban el oro, la plata y los cristales de múltiples facetas, una turquesa cargada de cojines y muñecas de rostro picaresco, como un islote de ninfas y joyeles; delgado y esbelto el escaparate, y una amplia silla de moqueta en que reposaban, plegados con esmero, los vestidos de la diosa, esta alcoba parecía un templo de cultos esotéricos. Leve aroma de esencias ambarinas vagaba en el ambiente, y el espeso tapiz del suelo protegía el silencio, recogiendo la voz y las pisadas.

Hasta ese instante nada de esto había impresionado el espíritu de Etzel de modo siquiera perceptible. La rutina del cotidiano vivir en comunidad había logrado borrar el relieve artístico y emocionante de las cosas, hasta el punto de no advertirlas ya. El estado espiritual en que se hallaba ahora, una vaga conciencia de que algo comenzaba a cambiar en su vida interior, haciale sensible también a los detalles del medio ambiente. Y sin pensar en palabras, apenas en un recorrido interior de vagas imágenes, aquí y allá entrecortado por frases rotas, sin más hilación

que el halo sutil de la emoción sobre que todo aquello deslizaba, se dio cuenta de que era él, Etzel, el sacerdote de un templo cerrado al mundo.

Esa capilla de lujoso contenido se le aparecía entonces impregnada de un valor estético impresionante, casi de un solemne valor espiritual. Nadie sería osado a profanarla de los mil millones de varones rivales que pueblan el globo terráqueo. Sólo él, Etzel, no era extraño ahí. Y esa mujer que lamía sus ojos con mirada de ingenuidad y de ternura, de sumisión irrestricta, blanca y bella, se erguiría, aleonada, al requerimiento de otros ojos y de otras manos que no sus manos y sus ojos. ¿Por qué sólo él poseía el sésamo mágico de ese cuerpo y de ese espíritu? Un arcaico rito religioso en una mañana ya remota en sus recuerdos habíale dado posesión plena, hasta las lindes de la eternidad, de otro sér distinto de su sér. Y ese sér estaba ahí irradiando tenue blancura, como un vaso de alabastro iluminado por dentro. No: él no había antes contemplado este fenómeno tan cargado de misterio, tan desquiciador de la economía sentimental de su alma. Años hacía que le era imperceptible la presencia de su mujer al lado suyo. Ningún encanto hallaba en sus formas, en sus palabras, en el brillo de sus ojos. Su aroma especial, que conservaba virginal y sano, ese milagro que haría felices a tántos hombres, le era ya anodino. Hasta la esencia de su tocado, ese fino perfume parisiense que en un principio atraía su sensualidad, parecíale ahora desabrido y soso. Una desvalorización del sexo,

se dijo, abusando de una frase comercial que le hizo sonreír levemente.

—¿De qué ríes así? —reclamó ella con apagada voz, casi balbuciente;— diera mi vida por leer en tu pensamiento....

—¡No hables, déjame soñar!

Y ella no entendió. Creyó adivinar una rumia de deleite en lo que sólo era un misticismo de la voluptuosidad, casi un éxtasis. Entonces su rostro aquietóse en un ritmo de luz, dilató levemente las pupilas, lo miró con una quietud magnética que lo hizo estremecer. ¿De dónde le viene esta nueva sabiduría y artificio? Pensó él. Imposible descifrarlo. Era un fulgor oscuro que daba a sus pupilas una arcana profundidad. Etzel sintió un ligero vértigo que opacaba sus sentidos y oscurecía su razón. He visto en otros ojos esta misma fulguración extraña. ¿Dios mío, será posible? Y recordó la mirada provocadora de las circes del mercado lúbrico. Ella, la inocente, la que del mundo y de la vida conoce apenas por mis hechos y palabras un pliegue nada más, ¿por qué tan hábilmente las remeda, que no parece sino que las vive en sus entrañas? El no vio, no percibió, no captó de la infinita realidad más que la parcela, y esta confusa y minorada, de la inmensa plenitud, vago eco de su experiencia personal, y no la cascada de que ésta es gota errátil. Esas quietas pupilas, quietas y profundas, cuya cámara diminuta ahondaba el misterio de recónditas ansiedades, sumaban, por modo indefible, el pasado de la especie; eran la mirada interrogante, imperativa, de millares de generaciones

de mujer que reclamaban una creación. Eran más, eran la feminidad de todas las especies que se agolpaba a la ventana luminosa de ese iris pardo para reclamar la prosecución del reino de la vida. Más aún: eran el misterio de los seres que alboreaba en el horizonte diminuto de una retina de mujer.

Nada de esto entendió él. Mas fue inclinando la cerviz orgullosa, la que parecía mandar con imperioso gesto, la que combinaba planes de sutil estrategia moral para imponerse al mundo y esclavizar la vida a sus puños nudosos de varón. Tornóse espiga frágil, junco endeble de la ribera oceánica, al que doblaba la primera racha de un vendaval venido de ignotas lejanías. Su vértigo, si fisiológico en verdad, pálido y congojoso le tenía, era, asímismo, un vértigo espiritual, un no saber lo que le estaba venciendo. El, el varón, el «imperator», se mustiaba ante un mandato ignoto. La mujer que le besaba el dorso de las manos, que bajaba los ojos humildes a la más tenue vibración de su palabra, no era ya la misma, la adjetiva individualidad, la inerme: antena prodigiosa de fuerzas desconocidas, epicentro de conmociones vitales, lo doblaba, como el viento dobla un copo oreado de lino. En su última visión consciente, giraron en torno suyo, entre la azulada luz de ese extraño templo, los metales refulgentes, los espejos reflectores, lampos de azul marino de las telas, y una forma blanca, extasiada y muda, desconocida deidad, que le atraía. En la penumbra vió aletear una mano diminuta y ágil contra la luz de la pantalla, y en todo el recinto se agolpó una repentina oscuridad.

Cuando abrió los ojos, un rayo de sol lamía furtivamente los muebles de la alcoba.

*

SOLO la realidad irrecusable puede hacerle creer a uno que los hombres hayan descendido tanto en la persecución angustiosa del dinero. Ella solamente puede convencer a nuestro espiritu de que este sér humano, intelectual y noble, renuncia a la posesión augusta del decoro por miedo a las incomodidas discutibles de la vida.

¡Y hasta qué límites de inverecundia y sufrimiento!

Cuando Etzel habló a su esposa de que pudiera despojar a Evia de su fortuna, ya lo había emprendido y dado a entender a éste.

En un principio Evia, aunque agobiado por el temor de esa posibilidad, trató de consolarse imaginando ser sólo una pesada chanza de su amigo. Mas en varias noches no pudo dormir y discutió consigo todas las probabilidades y desenlaces de aquella situación. El, que había manejado una cartera ministerial, conducido hombres y combinado planes de política audaz, no se equivocó en considerar que ahora estaba sólo a merced de la bondad de corazón de su amigo. Ni la ley ni la violencia podrían ampararlo. Consideró largamente si, llegado a los peores extremos, es decir, a una negativa rotunda de Etzel a devolverle la posesión de sus bienes, sería capaz de matarle, como se lo gritaba a voces la rebeldía de su anticipado rencor. Mas aun ésto le estaría vedado, porque

tendría que entregar al conocimiento de la sociedad la mancha de su nombre y del nombre de sus hijos, irremisible ya y antipática en todo tiempo a la opinión pública.

Estaba vencido e inerme. Y este dolor le era tanto más cruel cuanto mayor comprendía ser su impotencia. El solo camino que le quedaba abierto a su inteligencia era el de la astucia, suavidad de maneras, apelación ante la dignidad de su amigo, estímulo de su generosidad y misericordia. Se encontraba en esa condición espiritual en que uno aprueba como inteligente una resolución meditada, pero siente la vaga incertidumbre, desgraciadamente certera, de que será inoperante.

Comprendió que le era preciso afrontar con premura cualquier solución definitiva, no fuese que en el ánimo de Etzel una actitud cómica hiciera cauce a una aspiración formal, como tántas veces ocurre en el corazón ambicioso de los hombres. ¡Y él lo conocía por experiencia personal indeclinable!

Y fue así como, una mañana, a la hora oportuna en que sabía encontrar en su oficina a Etzel más libre de preocupaciones y tareas, más bondadoso por lo tanto, hacia él se dirigió. En verdad se sentía como un condenado a muerte en marcha hacia el patíbulo. Por más que quiso darse una serena apostura y graciosa ecuanimidad, su pobre espíritu no podía ayudarle en tal empresa, y bien denunciaban su angustia el rostro demacrado y verdoso, la flojedad de sus piernas, la sequedad de su garganta, la oscuridad de su pensamiento.

Llegó sin embargo, y en un esfuerzo heroico de voluntad saludó con efusiva entonación a Etzel; y para tomar posiciones de innegable estratego parlamentario, que sí lo era, rompió los fuegos con una festiva frase referente a la posibilidad de que su amigo se negase a la devolución de sus bienes:

—¡Con una mañana tan tibia y luminosa habrás cambiado de opinión sobre mis escrituras, grandísimo comediante! ¿Tienes hoy tiempo de sacarme de afanes?

Etzel presentaba el rictus inequívoco de un reto frío y calculado:

—¿Quieres que no hablemos niñerías?

Ambos palidecieron por igual. Evia no podía ya equivocarse ahora, y gritó con la voz sorda de un herido:

—¡Etzel, qué piensas tú hacer!

—Está hecho lo que he dicho. !Ahorremos palabras inútiles!

Amigo Etzel, ¿será posible que tú traiciones una amistad de veinte años, una amistad que creció en los bancos de la universidad, en las ilusiones de nuestra primera juventud, en la fe que en ti tuve, en tu alma y en mi alma?

—¡He dicho!

—¡No es posible, Etzel! Tú me enseñaste a creer en ti, a rendirte el tributo de mi admiración, a jurar por tu palabra de honor, a amarte y a creerte el único hombre grande de mi tierra. ¡Tú no puedes dejar de ser Etzel!

—¡Pamplinas! Creo que conoces la puerta por donde se sale de mi oficina, ¿verdad?

Evia enrojeció, sus dientes rechinaron y fulguraron sus ojos con vehemencia de locura. Sacudió, empero, la cabeza con un esfuerzo inverosímil de voluntad, y añadió reposadamente:

—Tú sabes, Etzel, que estoy en tus manos para siempre. Cuando te hice esas escrituras, mi sucesor en el ministerio andaba a caza de aquella negociación del ferrocarril para hundirme ante el congreso. Yo tenía que aparecer pobre para ofrecer la coartada caso, de un denuncio. Sólo tú podías salvarme, a ti ocurrí como a un hermano espiritual ¡Etzel, no desdigas de la fe que te profeso!

Y entonces, Etzel, cambiando de entonación y abandonando el tratamiento de «tu» que hacía veinte años se daban, le arrojó despectivamente otra frase:

—Mire, Evia, esto está terminado hace rato.

—No, Etzel, no está terminado aún. Falta que usted recuerde que tengo seis hijas que mañana quedarán en la miseria. Por ellas me arrodillo a sus pies, para pedirle, no ya justicia, sino misericordia.

Y así lo hizo con los ojos nublados de llanto.

Etzel, que se sentía perturbado, casi vencido, halló una frase brutal para defenderse de su misma turbación y vencimiento:

—A usted no le será difícil vender su firma de nuevo para otro contrato de ferrocarril, señor Evia.

—¡Me insultas también! Yo sé que estoy vencido Tu arrogancia te viene de saber que estoy maniatado. Pero óye, impúdico, óye, cobarde: Contarás las horas de tu vida por el desprecio de tu propia alma....

—¡Silencio!

—¡Oye más! ¡Te odiarás a ti mismo, como yo me he odiado! Verás en la cara de las monedas el desprecio de tus acciones....

Y luégo, en un colapso de toda su energía, demacrado por una visión de angustia, añadió con voz flaca y casi solemne:

—Sí, Etzel, sentirás en la carne de tu hijo el dolor que hoy me causas, y en ella sentirás el hambre de mis hijas.

Lentamente levantóse, y con escaso equilibrio de sus piernas avanzó hasta la calle, encorvado y macilento como un herido del vientre.

Tampoco Etzel pudo permanecer en su oficina y huyó de sí mismo con turbada premura.

*

NO pasaron muchos días sin que esta nueva situación espiritual en que Etzel colocó su vida tuviese un amago de tormenta.

Las cosas ocurrieron casi sin motivo, al menos por causas muy diferentes de las que obraron en la intimidad de sus espíritus.

Es ocurrencia trivial en los hogares el que la cólera estalle por razones que no resistirían un cuarto de hora de meditación y asuman caracteres de enconía al parecer inexplicable.

Es que en realidad de verdad esos ex abrupto sólo revelan el estallido de un dique que ha venido represando aguas de tormenta durante un tiempo más o menos prolongado; o solamente son la disculpa de

un rencor que concentran causas inconfesables, y por lo tanto más dolorosas y agresivas.

El hijo de los Etzel parecía prometer un bello porvenir por algunas de sus cualidades, y ya entonces había ganado menciones honoríficas en el colegio en que adelantaba su educación escolar. Tenía, sin embargo, condiciones de carácter que irritaban a aquél y traían preocupada a la madre; cierta tendencia al aislamiento y a la rumia solitaria de sus emociones infantiles y unos ataques de cólera que parecían anunciar el fin del mundo.

Esta vez ocurrió uno de aquellos estallidos de violenta agitación en el chicuelo y había sido fuertemente castigado por su padre. Alrededor de este acontecimiento movió la esposa la conversación a horas del almuerzo:

—¿No crees tú, preguntó tímidamente, que debiéramos consultar a un médico sobre este carácter del niño?

Graves preocupaciones traían malhumorado a Etzel por entonces, y hasta creyó entender en las palabras de su esposa un velado reproche por el castigo aplicado al pequeño. Así su respuesta fue poco comedida.

—Tú siempre haciendo tempestades en un vaso de agua. Lo que tiene ese niño es una mala educación, y nada más.

Ella recibió la frase como rechazo directo de sus capacidades de coeducadora e inmediata responsable de la conducta de su hijo. Por lo tanto replicó sutilmente:

—Puede ser. Mas de mí no tendría por qué haberse contagiado de mal carácter.

Luégo, volviendo en sí de la peligrosa pendiente en que se colocaba, añadió con voz sumisa:

—Mira que nosotras las madres observamos a nuestros hijos con una vigilante atención, y confieso que no hallo natural lo que al nuéstro está ocurriendo.

Esta vez fue peor, pues Etzel se creyó en el caso de volver por los fueros de su alta inteligencia y presumidas dotes de observador:

—No sutilices tánto, que lo que hay es que ustedes las mujeres no pueden prescindir para nada del médico. ¡Por tanto que ellos saben!

Esta última, y quizá legítima lanzada, era el reflejo doloroso de la reciente cuenta que había tenido que cubrir al médico de la familia. Y era ya, también, un síntoma agravante del grande amor que venía desarrollándose en él por el dinero.

Ambas cosas entrevió ella rápidamente y con un acento al parecer distraído replicó:

—Para eso TENEMOS recursos.

Este «tenemos» era una discreta alusión al capital aportado al matrimonio por ella, en verdad lo único sólido de todos sus haberes conyugales. Etzel enrojeció hasta la coronilla, y con gesto de amo despectivo devolvió la estocada inhábilmente:

—Tú siempre pensando en tu famosa dote. Si a ella nos hubiésemos atenido, ya estaríamos en una casa de beneficencia.

Ella tomó un aire inocente y recusó de injusta la cólera de su esposo. Había observado que de pocos

días atrás él se manifestaba más altivo y vanidoso que de costumbre. Quería afirmar con violencia su voluntad. Se hacía imperativo. A ojos vistas se adivinaba más y más susceptible a las ofensas, y aun se mostraba aturdidamente suspicaz. Era el malhadado enredo de Evia el que así le traía inferior a su propia personalidad. Nada de esto adivinó su esposa, la que todo lo puso en la cuenta del orgullo y de la creciente avaricia de su hombre. Por lo que con discreto acuerdo quiso cambiar de conversación para eludir más acre parlamento.

—Oye, hijo; aquí se hace lo que a tí te parezca, y nada más. Si tú crees que el niño está bien, no hay para qué discutir.

Fue como si le diese una puñalada. El hombre tenía en el fondo la misma preocupación que su esposa respecto del chico, y al sentir que ella le descargaba todo el peso del futuro sobre los hombros lo irritó más.

—Aquí nunca se hace lo que a mí me parece. Soy un maniquí, o «se quiere» hecer de mí algo semejante. El futuro dirá....

Ella lo miró, y por extravagante ilusión le vió uno como gesto o aire de pavo de corral. ¿Era la vanidad de él lo que así la alucinaba, o un simbólico deseo de torcerle el pescuezo.... como a un ave de corral? Con una perturbadora insistencia el nombre de Evia aparecía en su mente y casi se le enredaba en la punta de la lengua.

Era demasiado peligro ya, y huyó discretamente. Fue a refugiarse al cuarto donde tenían castigado a

su hijo, y lloró hasta que le dolieron las entrañas. Hasta que quedó saciada. ¡Hasta que se creyó vengada de la vida!

De pronto se dio cuenta de su situación en el tiempo y en el espacio, aturdida como había permanecido hasta entonces. Miró en torno suyo y tuvo un movimiento de sorpresa, que fue creciendo hasta ser de ansiedad y de dolor: su hijo estaba ahí, reconcentrado y silencioso, hecho un ovillo indescifrable espiritual y materialmente. Ese niño la había visto y oído llorar sin manifestar por ella el más leve gesto de aproximación ni de ternura. Con los ojos dilatados lo contempló un momento: vio en él un no sé qué de similitud con su padre, y se dijo, airada y asqueada de la vida: «Cómo se parecen.... estos egoístas. Hombres, hombres ¡perros salvajes»!

Era la mujer que así estallaba con el egoísmo de su individualidad. Mas de pronto sintió un raro estremecimiento que le recorría su cuerpo magullado por la pena espiritual, algo extraño que le limpió el alma de toda recriminación y se la llenó de una rara emoción de miedo. Algo como la angustia religiosa que en ciertas ocasiones había sobrecogido su alma infantil en algunas ceremonias del templo. La augusta emoción del presagio. Sin saberlo ¿qué podía ella entender de estas cosas? Surgió en ella la misteriosa pitonisa que hay vigilante en la hembra de todas las especies, la extraña vidente de paisajes interiores en que habita el dios desconocido de la vida universal, Bios, Génesis, Logos, y sintió anonadarse en ella su sér para dar campo a una

función imperativa, al parecer incausada, irracional.

El esposo y el hijo se le aparecieron como una semejanza primero, como una entidad luégo, y, sin poderlo definir en su pensamiento, como una «totalización» de la vida.

De un salto, cual una fiera erizada de espanto ante un rumor desconocido que le viniese de la penumbra de la selva, atrapó a su hijo, lo envolvió como una madeja en su regazo, y besándolo con labios temblorosos, crispadas las manos, exclamó: «¡Hijo!».

Y mayormente desconcertada fue en ese instante, porque la garganta del chiquillo, como si rompiera un nudo que la estuviese ahogando, dio un grito estridente y estalló en copioso llanto, besándola a su vez y ocultándose en su pecho.

—¿Qué es esto, Dios mío? fue pensando ella lentamente con los ojos dilatados. Y todo lo vio entonces dentro de los sollozos de aquel niño, como la pitonisa pagana veía el destino de los hombres en las entrañas de las bestias sacrificadas y en los gemidos de su dolor agónico.

—«¡Pobres hombres pensó!» Y un remordimiento cruzó su corazón. En aquella noche de la confidencia inicial faltó al instinto de las previsiones y se dejó sacrificar por una embriaguez desconocida. Nada de esto podía explicarse. ¿Cómo iba a esclarecer su pobre cerebro el por qué de aquellas dos rutas divergentes y enemigas del dios oculto de la especie?

En sus brazos su hijo volvía a ser su hijo, le sentía desahogarse, aliviarse, enternecerse, hasta que

desmayado del esfuerzo de tántas horas pareció dormirse contra su corazón.

Y fue para ella el momento de mayor meditación y más lúcido pensamiento. Aquel hombre, su hombre, ¿no tendría una enorme debilidad hecha furor también? ¿No estaría acaso ahogándose, como lo estaba este niño? Una escena se ofreció a su visión espiritual: Evia, la terrible visita de Evia, que su marido había tratado de ocultarle en vagos circunloquios. Evia.... ¿Cómo ocurriría aquello? Y lo vio entrar al despacho de su marido, amarilladas las facciones por el presentimiento de la verdad definitiva, reclamar con calma aparente la devolución de su fortuna, oír el nó rotundo arrojado con la violencia de la sin razón, con la audacia postiza de la fe mentida, inmisericorde, brutal. Y Evia, más débil, desarmado ante toda ley, temeroso del escándalo que habría de consumar la ruina de su nombre y el porvenir de sus hijos—y aquí ella tembló al recuerdo de seis mujeres y un solo y débil varón, niño aún—pedir con inenarrable angustia, el rostro desencajado, preñados de lágrimas los ojos, el pan de sus hijos, ese pan por el que había renunciado al grito implacable de su propia conciencia. Y le vio salir, pobre harapo humano. Y vio el llanto de la esposa. Y adivinó el corro de las hijas trémulas ante el presentimiento de que algo solemne ocurría en el alma y en la vida de sus padres, que así miraban, silenciosos y vencidos.

Era un vislumbre de la verdad apenas. ¡Cuán pálido ciertamente! ¡Cómo temblara si hubiese presenciado la escena torturante en que esos dos hombres

bajaron los últimos peldaños de la dignidad en persecución angustiada de unos dineros! Si hubiese oído la frase maldiciente de Evia, cuando, perdidas ya todas las ilusiones, miró a Etzel con el supremo rencor del vencido impotente: «En la carne de tu hijo sentirás, ¡oh Etzel!, el dolor que hoy me causas y—añadió tartamudeando, con los ojos bañados de lágrimas—el hambre de mis hijas». El gesto macabro de aquel vencido que desde entonces perseguía a Etzel y le hacía asumir actitudes de fingida arrogancia, de despreocupación, de invulnerable fortaleza espiritual, por ver de olvidarlo, de ahogarlo al menos en heces de ironía. Si ella hubiese visto o siquiera sabido todo esto, cuán mayormente justificadas estarían sus preocupaciones.

Mas ella acababa de entrever la flaqueza de su hombre. Y así, como al comienzo de las tormentas, un poco antes de que los elementos se desencadenen en alocado furor, rachas furtivas de viento pasan gimiendo su locura por las frondas de los árboles, clarines alados de la lucha, por su alma de mujer pasaban silbando encontrados sentimientos. ¡Se hunde!, pensó con una mezcla de desprecio y de piedad. Es mi marido, es el padre de este hijo que solloza en mi regazo. Tengo que salvarlos con mi pobre voz de alivio.

Y sintió una desconocida fuerza de voluntad. Sin entenderlo, sin poder analizarlo, sintióse grávida de un poder misterioso. El sordo mandato de la vida que anidaba en sus entrañas de mujer.

Y despertando a su hijo blandamente, le habló de muchas cosas con suaves palabras, hasta llegar a su

pensamiento de insinuarle que pidiese perdón a su padre. Mas notó con disimulada angustia que el pequeño se rebelaba a esta idea en la testadura oposición de un silencio agresivo. La madre le había vencido incondicionalmente, pero ante su padre se sentía humillado y esquivo.

Como la hora del regreso de Etzel a la casa estuviese ya próxima, ella fuese muy de prisa, por ver de bañarse el rostro, adornarse un poco más y aparecer festiva y ecuánime. Toda idea de orgullo, toda altivez y deseo de recriminación habían desaparecido de su espíritu y dado lugar preferente al instinto de protección y de consuelo.

Cuando él hubo llegado quedóse un sí es no es desorientado ante la benévola actitud y cordial saludo de su esposa. Por acercarse paulatinamente a sus propios corazones hablaron largamente del hijo. Y con tanta sensatez explicó ella el contenido recóndito del corazón del niño, que él, deseoso ya de un avenimiento, y sediento también de un poco de ternura, dejóse persuadir blandamente.

Era lo que buscaba dentro de la estrategia absconta de su instinto. No bien le hubo atrapado en las sedosas redes de la simpatía, abordó el nudo gordiano de todos los conflictos. Y entonces añadió con un decir imperceptible casi:

—Y tú, ¿por qué no me habías confiado tu propio sufrimiento?

—No dijo neciamente: «¿Por qué no me has confiado?», pero lo dio por conocido, por ya trillado y sin novedad alguna.

—¿De qué sufrimiento me hables tú? Comenzó él diciendo, para no darse por vencido tan repentinamente.

Por lo que ella, desviando la respuesta inútil, lo aturdió con un picotazo de águila:

—¿Te parece que poco he llorado al verte sufrir en silencio?

Palabra tan sutil le conmovió profundamente y, con los ojos aguados por el llanto, la besó en la frente y le entregó todo su espíritu. Un espíritu que ella había adivinado ser como una engañosa fortaleza de cartón.

—Es verdad. Si supieras. Me parece que a cada instante se me va derrumbar toda mi posición política y social; que todo el que me mira fijamente es para enrostrarme algún insulto; y a cada nada me intranquiliza la idea de que aquel hombre halle algún modo de vengarse. Y es, sobre todo, la sensación de un aislamiento espiritual lo que más me desconcierta. Hasta contigo me causaba inquietud el hablar. Me parecía que ya no habrías de estimarme como anteriormente.

—¡Tan tonto! ¿Quién puede ganarte a ti en capacidades? ¿Ni por qué habrías de tener tú vergüenza de alguien? Los vences a todos. Es tu triunfo. Es el triunfo de nuestro hijo. Evia no merecía ninguna consideración, porque había cometido un delito: Ese dinero era robado. Te había comprometido a ti en una falsa posición. Si él salió vencido, culpa es de la vida que sólo respeta a los más capaces, a los que dominan a la suerte como si fuese una fiera de circo.

El sentía vigorizar su espíritu con el eco de sus mismas opiniones que ella empleaba como si realmente le perteneciese. Confusa psique de la mujer, que es más original y penetrante que el hombre en algunos aspectos de la vida, y se adjetiva fácilmente a él en el razonamiento y el discurso.

—Tú eres un hombre, y un hombre grande. Al lado tuyo me parecen los otros muñecos de pasta.

Y echándole los brazos al cuello lo besó con fervor real, como si se hubiese embriagado con sus propias palabras de encomio.

Y Etzel se sintió más que nunca orgulloso y fuerte.

II

TIENE el acento de la voz humana ¿quién no lo sabe? una cadencia propia para cada emoción, por manera que al comienzo de una frase entendemos un poco ya su contenido. Tal así me ocurrió esta vez cuando la señora de Evia, haciéndome entrar a la sala, me dijo gravemente:

—Doctor, quisiera hablar algo con usted.

—Y este tono de solemnidad, como siempre nos ocurre en casos semejantes, por más valerosos que seamos y más puros de corazón estemos, me hizo estremecer levemente.

—Lo que usted guste, señora, respondí con la misma suave y firme entonación que ella empleaba en ese instante, comprendiendo que iba a asistir a una penosa confidencia.

Con ocasión de la enfermedad y muerte del señor Evia mis relaciones en su casa habían venido cobrando relativa intimidad y, sobre todo, firme raigambre de estimación recíproca. Y este incidente de mi vida profesional me ha sido, de entónces para siempre, grandemente educativo, porque de un estado de ánimo en que me encontraba con relación a ellos—los de la familia Evia—cuando entré por primera vez a su ho-

gar con el convencimiento de que él representaba la especie del político aventurero y egoísta que vicia de ineficacia y de impudor nuestras jóvenes nacionalidades latino-americanas, al convencimiento experimental de las grandes virtudes intelectuales y aun morales, domésticas sobre todo, que le adornaban, su maravilloso dón de simpatía personal, la moderación de sus opiniones, etc., mediaba una distancia enorme, favorable a él y desfavorable a la ponderación de mi criterio, al prejuzgarlo cruelmente. La bella educación de sus hijas me dejó maravillado y cautivó mi espíritu. Hombre que esto quiso y pudo hacer no padecerá ser nunca juzgado como un ente despreciable, y haya pecado o nó, merece que nuestros reproches cedan un poco a la misericordiosa comprensión de la incertidumbre humana.

Con la familia de Evia conocí la fuerza y extensión que tiene en nuestra ciudad el sentimiento religioso. Cada vez que hablaba con la señora descubría la existencia de alguna congregación, hermandad, comunidad o centro que en inextricable cadena forman una arquitectura social para cobijar dentro todas las clases, edades y sexos, hasta el máximo posible de la previsión y disciplina. Cerrando los ojos veía masas y masas en orden para el fomento del culto y la defensa de sus ideales, desde el palacio presidencial hasta los más humildes suburbios. Ahí podía apreciar en todo su vigor grandes virtudes y graves defectos, la actividad caritativa en el triple aspecto en que la entienden, el místico, el moral y el económico, y verdaderas falanges del más arraigado fanatis-

mo. Es una fuerza gigante que se mueve bajo la apacible vida urbana, como esas ondas que avanzan en las capas profundas del mar al empuje de lejanas tormentas.

Esto me enseñó lo poco que uno puede apreciar de la vida orgánica de una ciudad grande. El alma de la urbe no es fija y constante, su entidad se expresa de varios modos, según el sentimiento que los solicite: ora la política ocupa el centro de la actividad social, ora la religión, la moral, el arte, los intereses gremiales, el instinto de defensa, la dignidad, la curiosidad, el deporte, etc. Algunas de estas actividades abarcan mayor radio de acción, otras por incidental violencia asumen importancia inesperada, mas entender cuál es el estado permanente de equilibrio de todas esas energías es tan difícil de precisar como indispensable el intentarlo, si buscamos definir el confuso «ego» de la urbe. Seguramente la novela del futuro ensayará el análisis de la lucha y conflictos de estas pasiones y sentimientos soterrados que obran por masas y muchedumbres en la vida de las ciudades populosas. Esta novela social así entendida vendrá muy pronto a refrescar el interés por este género de arte que hoy languidece en la minúscula esfera de una o dos almas, con uno o dos sentimientos, lo que recorta y desfigura la misma personalidad de los protagonistas, porque uno es tanto más «extenso» cuanto mayor sea el radio de su comunicación social. Ni me parece difícil de presagiar grandes novedades y bellas adquisiciones psicológicas y pedagógicas en este arte por venir, este arte verdadero del

socialismo, esta literatura en gestación del proletariado que hoy agita el mundo.

Así pensaba yo al escuchar de labios de la señora Evia el relato de cuanto hacían las gentes de su círculo social, para mí antes desconocido. Era otro ambiente, quizá el más fundamental, por ser el de la tradición, el de las viejas familias raizales, discretas, austeras, casi solemnes, un poquitín gazmoñas, acaso misoneístas de la moda, las ideas y el arte, pero de espíritu sólidamente estructurado, verdaderos baluartes de la dignidad y del deber, fundamentos rocosos de las más nobles tradiciones ciudadanas.

Dentro de estas circunstancias cualquiera supone el conflicto espiritual en que se hallaría la señora Evia para comunicar conmigo algunos pormenores de su situación por lo que hace al alzamiento de fondos de Etzel. Como toda mujer en tales condiciones estalló en llanto. Apenas había comenzado a decir:

—Usted quizá conozca las estrechas relaciones de amistad que mediaron en un tiempo entre mi esposo y el señor Etzel....

Yo me adelanté a su explicación para evitarle vacilaciones y distraerla un poco de su amargura:

—Señora, apenas conozco un vago rumor de ello, mas en este rumor me confirman sus palabras y quisiera, por lo tanto, ahorrar a usted el disgusto de exponer largamente recuerdos dolorosos: ¿En qué puedo serle útil?

Es interesante decirlo: Aquella actitud mía de darme por enterado de tales ocurrencias, movió a la señora a ser más explícita y hablar con sosegado pen-

samiento. Por mi parte, gozaba de modo indecible con el análisis de la manera sutil como ella iba orillando las partes escabrosas de su narración por ver de sacar noble y limpia la memoria de su esposo. Admiré la ternura con que vigilaba su nombre, que más parecía ser su corazón una lámpara votiva al recuerdo de aquel hombre, su hombre, que la entraña de un ser independiente y distanciado ya de ella en la vida por modo ineluctable.

—Como un niño se entregó a él mi esposo, a pesar de mis súplicas insistentes de que no lo hiciera así, de que resguardase el porvenir de nuestros hijos en alguna otra forma. Usted lo sabe: las apariencias lo condenaban ante la política de enemigos audaces, y por huír de Scila se ahogó en Caribdis, como él mismo decía frecuentemente. Y esto lo mató. Desde la hora en que se vio traicionado por su gran amigo y arruinado para siempre, dobló la cabeza, envejeció en pocos años con inusitada rapidez y se mostró incapaz de renovado esfuerzo. Fue un vencido, por más que traté de levantarlo día por día y minuto tras minuto; por más que lo recriminara a veces con palabras duras. ¡Pobre hijo mío! Yo he debido comprender su abatimiento y hacerle menos penoso su fracaso. Ya es tarde. Sus últimas palabras fueron la evocación de su duelo interior: «Los dejo arruinados; ustedes van a sucumbir por culpa mía». ¡Pobre hijo mío!....

Yo no sabía qué decir, y acaso nada había, en realidad, qué añadir a esto. Por llenar con alguna palabra el silencio de dolor que se iniciaba, insinué una pregunta inútil:

—¿Ha pensado usted, señora, en que se pudiera hacer algo?

Y entonces surgió en aquella mujer desvalida, en aquel sér inerme e impreparado para la lucha, la sacerdotisa de la especie, la incubadora de fuerzas ocultas que hay en toda mujer. Y con ojos afiebrados me miró, diciendo:

—Yo no lo sé, pero necesito saberlo. Yo no puedo paralizarme ante la orfandad y la miseria de siete hijos. Dígame usted qué debo hacer, ¡que yo lo haré!

Por el momento se me ocurrió una mediocre solución.

—Señora, ¿usted sin duda conoce al profesor Onzaga, el amigo dilecto de Etzel? Es también mi mejor amigo. Yo hablaré con él de estas cosas y le pediré su intervención en favor suyo. Es la única probabilidad de buen éxito que nos queda. Etzel lo respeta como a ninguno otro en el mundo. Es su consejero de absoluta intimidad. Y es honrado como un centinela de su propio espíritu.

—¡Doctor!

—¡Señora!

—¡Es usted bueno!

—Humano solamente: tengo que borrar en usted la justa opinión adversa que ha debido formarse de los hombres.

*

HABLAR con Onzaga era uno de los grandes placeres de mi vida. Su casa de habitación, de amplitud inusitada ahora, poseía un salón decorado con muebles de tal amplitud y muelle asiento que era difícil no sentirse en ellos sibarita, perezoso y amable. Hacia él me encaminé directamente, con el derecho que me daba una amistad de veinte años de inquebrantada armonía de sentimientos. Porque, si contemplábamos la vida desde puntos de vista diferentes, jurisconsulto él y yo médico; él representante de la ética hispano-romana, por educación, por vocación y por familia, yo contagiado de modernidad, de benévola disculpa para el error, llena la cabeza de las excepciones, distingos y enrevesada causalidad con que mi profesión y la vida me asaetearon todos los credos y convicciones de mi primera juventud, nunca discrepamos, sin embargo, en la intención moral ni en el cariñoso respeto por las funciones del espíritu.

De ahí que al entrar yo le dijese sin ceremonia alguna:

—Tomo café, fumo Melachrinos y te embargo la tarde.

—Estás perdido ¡Tú tomando café y fumando a estas horas, es señal de que me traes graves preocupaciones.

Me arrellané en un gigantesco sillón de moqueta azul, eché encima de un taburete las piernas, con una mala educación de «cow boy».—Si hay timbre timbra, y si no, llama, porque mi elocuencia está subordinada

a la alimentación que me dan, dije, sin fijarme en que ya él había hecho todo lo pedido y en ese instante entraba una sirvienta a recibir las órdenes.

Ya al frente de los refrescos, un agradable cigarrillo haciendo piruetas de humo en el ambiente de la sala, comencé diciendo:

—Tu amigo Etzel es un salteador, ¿sabes?

—¡No tan aprisa! ¿Qué te ha ocurrido con él?

—A mí nada. Pero es un salteador. Quiero que me reconozcas que es un salteador. Y si no, no puedo seguir hablando. ¿Estamos?

—Comienza, pues.... Etzel es un terrible salteador.

—¿Sabes de qué murió Evia?

—De un cáncer en el hígado.

—De algo más: del despojo total de su fortuna que le hizo Etzel hace algunos años.

—¡Es un disparate pensar eso: ni Evia tuvo nunca gran fortuna ni Etzel necesitó de robar en despoblado para poseer lo poco que tiene!

—No te lo discuto, porque es verdad.

—No me parece mal la frase. Pero, al menos aporta a mi haber intelectual alguna prueba. Y no olvides que quiero mucho a Etzel.

Fue así como inicié mi conversación con Onzaga sobre el propósito que me hizo buscarle aquella vez. Cuando le hube referido todo, me preguntó con visible disgusto:

—¿Por qué me has contado tú este desagradable enredo?

—Para que me ayudes a subsanar en parte siquiera tal injusticia.

—Yo no veo en todo ello justicia ni injusticia: me parece que sólo es y que sólo debe llamarse una rapiña de merodeadores.

—Allá tú con tu clasificación. Yo sostengo que es una injusticia el que Etzel disfrute de grandes caudales cuando la viuda de Evia y sus hijos han quedado en el desamparo absoluto. Por esto he venido: porque tú le saques a Etzel parte, al menos, de lo que le corresponde a la viuda de Evia.

Onzaga se quedó pensando. Luégo expresó su pensamiento:

—Oye: es tan inmoral el que Etzel posea esa fortuna como el que se le entregue a la viuda del primer delincuente en este asunto.

—Tal vez ante tus opiniones así sea. No ante las mías. ¡Y tú sabes que las mías son mejores!

—!Tan descarado!

—Escúcha, Onzaga: ese dinero es de todos nosotros los ciudadanos de esta república. Etzel representa tres unidades, digamos tres acciones: La viuda representa nueve acciones. Es decir, que tiene un derecho elevado al cuadrado con relación a Etzel. ¿Estamos? El es un varón capaz de esfuerzo personal remunerado; ella no podría obtener trabajo para sostener su familia numerosa; él no necesita de esos dineros para defender el honor de su gente; ella los necesita para salvar del hambre y del peligro moral a seis hijas desamparadas. Quieras o no creerlo, aquí un delito ha engendrado una situación de justicia, no dentro del derecho codificado por tus maestros e ilustres teorizantes, sino en las entrañas de la

vida implacable, madre desconocida de ustedes los jurisconsultos, moralistas y apóstoles de todos los credos y de todas las escuelas habidos ya y por haber en este inverosímil asteroide.

—¿Y quieres tú que yo entre a repartir, como quien reparte hijuelas de honrada mortuoria, bienes mal habidos?

—Te doy plazo hasta mañana para pensar en lo que debas hacer y en cómo has de hacerlo, que eso a mí no me incumbe; y para que tomes el tren de La Esperanza y me arregles todo antes de una quincena.

—Tíenes tú razón: ¡Es preciso hacerlo!

Se puso a pasearse por el amplio salón sin mirarme siquiera durante un largo rato. Luégo repitió en voz baja, y moviendo la cabeza hacia un lado: es preciso hacerlo....

Y dirigiéndose a mí, preguntó:

—¿Qué hace Etzel en La Esperanza?

—Escampa de los funerales de Evia.

—Es posible. Y pensar que a estos hombres se les decretan honores oficiales con la advertencia, en grandes cartelones, de que la juventud debe imitar su ejemplo.

—Es justo también.

—Pero hombre, ¿tú estás loco hoy?

Mientras la verdad no se sepa oficialmente, las democracias tienen que mentir oficialmente.

—¡Es inverosímil tu desfachatez!

—No. Es la justicia la que habla por mi boca. Y si no, díme: No honrarlos sería condenarlos sin juicio previo, lo que para ti es el horror de los horrores como jurisconsulto. ¿Verdad?

—¡Véte a la trampa! Y sobre todo, háblame de cosas más amenas. Hazles honor a la hospitalidad, a los cigarrillos y al café de que estás disfrutando inmerecidamente.

*

ONZAGA continuaba paseándose en el salón, hostilmente silencioso. Para mí, que bien le conocía, este silencio era señal inequívoca de honda pena moral y desconcierto de su espíritu. Por ver de romper aquella situación me dí a charlar alocadamente.

—Ya lo ves, Onzaga, el matrimonio conduce a estas graves perturbaciones de la moralidad. El matrimonio pára siempre en una degeneración económica de la personalidad. No te quede duda: es una degeneración económica de la pobre personalidad humana.

El sonrió un poco y dijo:

—No es eso, hombre, propiamente. Eres exagerado.

—Tenemos que justificar de algún modo nuestra prolongada soltería. Y no es falso del todo este mi juicio. Si tú estuvieses casado andarías a estas horas persiguiendo con extremoso afán unos centavos para acrecer el dividendo de tu prole. Y si tú resultaras refractario a la conquista del oro, tu esposa inefable te recordaría con insistencia cotidiana el sa-

grado deber de acumular el tesoro de tus hijos y de.... ella.

—¿Qué más se te ocurre?

—Y mermarías tus preocupaciones espirituales en la equivalente proporción. ¡No te indignes! Tu esposa enamorada te recordaría con adorable frecuencia que ella se había propuesto consagrar su espíritu a fortalecer el tuyo en las labores desinteresadas del entendimiento. No te quede duda. Te lo diría con palabras vehementes. Sólo que la mañana y el medio día tendrías que destinarlos a incubar el soñado tesoro; en la tarde sería muy elegante acompañarla a tomar el té en casa de amigos, porque, en fin, una familia con un porvenir social por delante para hijas e hijos, no puede descuidar el cultivo de las buenas relaciones; y, tú lo sabes, por la noche una compañera fiel necesita de algún entretenimiento: es justo comer fuéra o ir a teatro. Bueno, bueno, y si....

—¿Qué vas a decir, bárbaro?

—No. Digo que si no estás muy cansado. Obligación no es. Pero si no estás muy cansado.....

—Tu despiadada inclinación a la caricatura.

—Si no lo quieres, allá tú. Te advierto que tú no no te perteneces. Que eres un egoísta. Que tienes abandonada a tu esposa. Ya lo verás, porque si no ocupas su imaginación tampoco poseerás su espíritu. ¿Estamos?

—Eres un salvaje.

—Tú también eres soltero. El celibato ha sido siempre un estado de salvajez. Pese a ti si lo ignorabas. Por lo que a la sociedad hace, sabido lo tiene des-

de hace siglos. Ella los considera como sexualmente tramposos. Observa: El soltero es contemplado con minuciosa inquisición social. Su conducta pesada y medida meticulosamente en la báscula de Minos. Sus palabras pasadas por el tamiz de la censura. Hace un equilibrio inverosímil entre la ridiculez y la tenebrosidad. Ese hombre que vive solo en aquella casa: ¡Quién sabe! En la vecina habita el señor casado. Es verdad que éste se embriaga a veces. ¡Pobre! Tiene tántas preocupaciones. Tuvo que disimular algunos dineros. ¿Quién no haría igual cosa en tratándose de un hijo y de una esposa?

—Pero cálla, por caridad, que estás desbarrando como una comadre de aldea.

—Yo no te fuerzo a cambiar de opiniones. Si tanto te place, puedes descuidar la holgura de tu hogar. Los niños andarán humillados en su pobreza ante sus coetáneos los hijos mimados del banquero. Y ellas, las niñas, no podrán aspirar a mucho. Una pequeña inquietud que los irá minando poco a poco. Hasta que un día dirán, entre risa y lágrimas: «Este papá es un soñador. La vida es muy otra. Vamos a vivirla a nuestra propia manera». Ya tienen sus veintiún años. Piensan «diferente» que tú. Obran «diferente» que tú. Y se ríen de ti indiferentemente.

Onzaga parecía interesarse en mi implacable diatriba y olvidarse un poco de Etzel, según mi propósito. Mas he aquí que yo mismo tejía mis lucubraciones con el subentendido etzeliano, a pesar de mi vigilante intención de apartarlo de nuestra plática. Mi amigo me miró burlonamente:

—¿Tienes más qué añadir?

—Yo no. La vida es la que a veces argumenta con velada ironía. ¿Te has fijado en ello? Tiene un curso descendente. El futuro es un plano inclinado. Por él nos conduce, indetenible, brusca en ocasiones. Tu bisabuelo es un ciudadano que nunca te ha preocupado: quizá del abuelo conserves un vago sentimiento de simpatía; a tu padre le concedes un culto de gratitud y serena estimación; tu mayor ternura es para ti; pero a ti mismo te superas para proteger a tu hijo, y te superas hasta la destrucción de tus fuerzas materiales y del candor de tu espíritu. ¿Vez el declive vital?

—¿El declive vital? Repitió mi amigo entornando los párpados como si quisiese precisar un esquivo pensamiento. ¿El declive vital? Al fin has dicho algo. Eso es. Sí. Nosotros no somos nada. La vida viene creando un espíritu. La carne, el ensueño, el deber, la ternura paternal, todo, es la manifestación proteica de un mensaje misterioso de que somos accidentales mensajeros en nuestra fugaz existencia individual. La vida se está constantemente creando en nosotros, reclamando de nosotros un impulso de superación de lo que hemos recibido para ser más vigorosa en el que ha de sucedernos. El desvelo de toda una juventud para ennoblecer nuestra personalidad y el sacrificio de toda una madurez por transmitirla depurada y perdurable, son el mandamiento de aquel enigma de la espiritualidad hecho deseo, hecho emoción, pasión, fervor, locura, suicida frenesí. ¿No lo entiendes? Destruírnos gozosamente para

que perdure la vida. Mas no la vida individual. En esto te equivocas. No el hijo. Ni siquiera la especie. Lo que ha de perdurar es lo que creó un día ignoto vida, hijo y especie. La tierra se pobló de un fulgor extraño, algo en ella la contempló. En ese instante el universo tuvo un significado. Comenzó a existir fuéra de sí mismo. A ser entidad. A ser unidad. A ser sustancia. Antes sólo era posibilidad. Al ser dos, sustancia y ente contemplativo, comenzó el tiempo, apareció el espacio, el amor, el propósito. Y el propósito se hizo espíritu. Del espíritu surgió la idea de Dios. Ese el mensaje, ese el enigma. Somos los mensajeros de Dios. No los mandaderos, sino los portadores de su esencia. ¿Ves ahora con cuánto respeto debemos enaltecer nuestra personalidad, con cuán magnánima ternura sacrificarnos al hijo de nuestras oscuras entrañas? ¿Lo ves? Mujer, matrimonio, hijos: ¿Te atreverías a ironizar ante el arcano dios que cincela en nuestros corazones el enigma del futuro?

Como me ocurría cuando lograba que mi amigo alargase riendas a su poderosa imaginación, raras ocasiones, es verdad, en esta vez le vi cobrar un aspecto casi místico, un fervor de iluminado. Su fisonomía, que revelaba de ordinario un fondo de inocencia, acaso de ingenuidad, por sus ojos de un azul pálido, la redondez un poco infantil de su rostro rosado y terso, exaltado apenas por ligero mostacho de encendido oro, me hizo sonreír, por una de esas vagabundas ocurrencias de la imaginación que me trajo a la memoria el recuerdo del sobrenombre con que le

llamábamos en la universidad: «Dolar»; que sin ser ajustado a ninguna imagen objetiva, la despertaba cabal, por uno de aquellos aciertos indefectibles del apodo estudiantil, su rostro, digo, tenía todo el vigor concentrado en la frente y en el arriscado cabello que de ella se alzaba en rizos, a la manera byroniana. Porque en él se juntaban dos sangres, la racial española, que por el medio ambiente y el habla le distinguían como nuéstro, y unas gotas de la inglesa, que trascendía en su rubicundez y en su carácter. De tal mezcla de estirpes daba testimonio el conjunto de cuanto nos rodeaba en aquel salón, pues dentro de la parquedad del estilo, al lado de muebles confortables de evidente influencia sajona, existían aquí y allá un sillón colonial de grana y oro, o un incrustado bargueño de exquisita vetustez. Asimismo los retratos al óleo de tres o cuatro generaciones de antepasados, en que muy cerca de un gerifalte castellano de ojos aquilinos y rizada barba puntiaguda, siglo XVII, destacaba su cara de melocotón, orlada por el cuello de guedejas blancas, un lobo marino inglés de comienzos del siglo XIX.

Y mientras él se paseaba agitado por enfrente de mí yo le situaba espiritualmente como un anacronismo racial, uno de esos seres en que resurgen elementos, extintos al parecer, de olvidados progenitores. De ahí, quizá, su aislamiento espiritual de las luchas cotidianas de nuestra vida pública, de nuestras rencillas sociales, de nuestros alborotos y alborozos por el trivial hacerse y deshacerse de las modas intelectuales y sociales. Lo episódico le dejaba impasible,

que sólo se revelaba ferviente ante los problemas heroicos de la humanidad o de la patria.

Y viéndole ahí febricitante en su idea y ennoblecido por su mismo fervor, mi fantasía pasó fugazmente del recuerdo caricaturesco de nuestra vida estudiantil a la realidad presente de su espíritu. Pensé que era natural el que un sér de tales condiciones y extrañas cualidades permaneciese célibe, recordando en mi divagación, aunque borrosamente, como en esos casos ocurre, la ley biológica del regreso de las especies a su medianía, la desaparición de lo excepcional.

También me ocurrió comentar interiormente la avasalladora fuerza de un espíritu que se alza sobre su medio ambiente con la serena altivez de una convicción generosa y poderosa: esa subordinación femenina de las multitudes ante el hombre que no claudica.

Pero, el espíritu maligno del análisis me preguntó si un hombre que poseía esa amplísima mansión en que sus pasos se perdían en los corredores de un espacioso patio claustrado a usanza colonial, de un hombre que cobraba renta por más de tres mil dólares mensuales, debería a estas circunstancias propicias el mayor prestigio de su personalidad y gran parte de la fortaleza de su espíritu.

Por eso la severa emoción que en mí produjeron sus palabras de un profundo significado filosófico, no obstaron para que yo tratase de minorarlas, por hacerle revelar todo el contenido de su pensamiento y poner a prueba la estructura básica de su persona.

—¿Sabes, Onzaga, que acabo de oírte una bella disertación? Por un momento te me revelaste sacerdotal y augur. Te alabo y te agradezco lo que me has dicho. Mas temo que tu vida contraríe un poco el valor de tus convicciones: Ese tu concepto de la humanidad futura, ¿no te debiera conducir a formarla con sangre de tu sangre y una más directa actuación de tu espíritu?

Y luégo añadí con sorna maleante: —¿No has pensado en esa media docena de mujeres que rabian en silencio implacable tu inmisericorde frialdad para con ellas? ¿Por qué no les das el hijo que dilate y consolide esa creación enigmática que está en devenir en este ensayo de amor y de dolor que es la humanidad?

Onzaga me miró con quieta mirada imperceptiva, al parecer atento no más que a la rumia de una idea en gestación.

—Tienes razón, quizá tienes muchas razones, en contra mía. Pero te falta mi razón, la razón de mi conducta ¿No entiendes, pues, que el espíritu posee una paternidad más positiva y eficaz que la propia de la sangre? Remonta el pensamiento y díme si acaso no somos los descendientes de una espiritualidad; si es o no verdad que nuestro remoto antepasado fue más bien el que creó una cultura o a ella contribuyó que el nombre ya confuso de un problemático tatarabuelo. Nuestro antepasado de diez siglos atrás es un pueblo, y dentro de ese pueblo un espíritu. Platón, Jesús, Fracisco de Asís, Tomás de Aquino, Descartes y Kant, han procreado una generación más numerosa que todos los sátrapas de los harenes orientales. Lo cual no quiere decir que todo ciudadano deba renunciar al matrimonio y a los hijos, es preciso ajustarse a la vocación propia y a las propias capacidades. Significa meramente que el celibato bien entendido puede conducir a una paternidad espiritual. En él se hace posible, de modo eminente, esa delicada maravilla que consiste en la depuración y exaltación de la propia alma, en la finísima operación de armonizar las más nobles ambiciones del espíritu con los actos fundamentales de nuestra vida. ¿Teoría acaso? La división del trabajo ha impuesto, conjuntamente con otras causas ineludibles, el fraccionamiento de la humanidad en naciones independientes. La patria es a la manera de una familia, en la cual nosotros somos los padres de futuras generaciones por la sangre y por la idea. Nuestros padres, ¿no se llaman acaso Jiménez de Quesada, Cristóbal de Torres, Mutis, Bolívar, Santander, Caldas, Félix de Restrepo, Manuel José Mosquera, Berrío, Núñez, Rufino José Cuervo, Rafael Almanza, y a ellos no tributamos mayor ternura filial que a don Iñigo, a don Sancho, a don Lope X-Y-Z, olvidados progenitores de nuestro abolengo? Ser los cultivadores de una bella personalidad es también una función patriótica. La más eficaz sin duda, y la más difícil ciertamente.

—Con tu aristocrática teoría el egoísmo puede obtener una canonización «sui generis».

—Si a ti te parece. De mí sé decirte que vivir noblemente la vida se me hace el supremo milagro del

espíritu. Desde Platón, San Ambrosio también lo repetía, esta fórmula de la suprema humanidad ha preocupado a los grandes idealistas: «Sé tú mismo». Para ser tú mismo en toda la amplitud del arrogante contenido de esta sentencia tendrías que aproximarte al concepto de la divinidad. Porque el contenido potencial de «hombre» no cabe en una vida: por un fragmento de ella, a veces por un minuto fugaz, calificamos de héroes, de santos, de genios, a los grandes personajes de la historia. ¿Cuánto cabría en todos los minutos de una existencia hamana? «Ser uno mismo» implica una heroica relación entre el ideal y la voluntad, un desarrollo de nuestras facultades al máximo de su potencia, y la renuncia implacable a las mil deleitosas bajezas que cotidianamente nos persiguen.

—Te confieso que hay algo bello en cuanto me dices; sólo me inquieta esa tu constante preocupación de las enseñanzas búdicas y estoicas de renunciar a la mayor parte de cuanto constituye las actividades normales de la vida. Yo de mí sé decirte que adoro la vida «integral», el ejercicio pleno de cuanto bulle en nosotros, desde la intuición casi inasequible, al menos inefable, de una finalidad arcana, tú la enunciabas hace poco a tu manera, hasta la exuberante florescencia de la alegría pasional. Bella es la fulguración roja de juveniles emociones, y en sus tremantes locuras palpita también el universo, se contorsiona, afiebrado, el espíritu y gime, agonioso, el raro anhelo del devenir. ¡No me enclaustres las potencias augustas que hacen de nosotros este sér inconsecuen-

te y torturado que somos! Que la vida estalle: mi ética sólo reclama esta actitud: responder heroicamente por los actos de nuestro mismo fervor; no traicionar nuestros propios hechos y palabras, y ennoblecer nuestro pecado superándolo con un gesto de generosidad que lo haga digno de una atrevida repetición. Eso es ser hombre. Bien lo saben las mujeres por las normas irrevocables de su instinto. Pero. ¿de qué te ríes?

—No te afanes, que no río de tí, aunque bien lo mereces, pues tus pecados enardecen tu boca de inusitada elocuencia. Mi burla emana del recuerdo de aquel prestigioso ciudadano de la simpática ciudad de Cúcuta, de quien se cuenta que todos los sábados en la tarde racionaba en los mostradores de su almacén la larga fila de mujeres que habían honrado su extraordinaria amatividad....

—Yo no lo canonizaría, ciertamente; mas tú no podrás negarme que tiene algún valor su invicta gratitud amorosa. En él había un comienzo de hombre. Añádele un adarme de espíritu, y tendrás una simpática corrección de don Juan y Barba Azul.

Mi amigo cambió la expresión de benévola ironía por un gesto de profunda convicción cuando comenzó a replicarme lentamente:

—Me acojo a tus palabras: «Un adarme de espíritu». Precisamente lo que él no podía dar en tales circunstancias. No hay paridad de materia entre una donación que abarca toda la existencia y fija el derrotero de los ideales para siempre y la remuneración económica. Hay que dar espíritu; y éste no

puede dividirse en parcelas contadas en un mostrador de géneros ultramarinos. Convéncete de ello: el ejercicio de la plenitud de nuestras pasiones conduce indefectiblemente a la bancarrota del que las ofrece y del que las recibe.

—De oírte me dan ganas de ensayar un cilicio de penitentes.

—Basta con que ensayes la gentileza nativa de tus propios sentimientos.

*

CONFIESO que fue una curiosidad indiscreta la que me llevó a emprender el viaje a la Esperanza en compañía de mi amigo. No obstante, creo que cualquiera me disculpará en atención al profundo interés psicológico que la entrevista de estos dos hombres tuvo en aquel instante.

Ello ocurrió una deliciosa mañana de enero, cuando la Altiplanicie se muestra en todo el esplendor de sus atractivos bajo la luz levemente caliginosa de su verano peculiar.

Aún recuerdo el alborozo que embargaba mi ánimo al descender por la Avenida de Colón en busca de la Estación de la Sabana. Detrás de mí los cerros, a cuyo pie la ciudad va ganando de sur a norte kilómetro tras kilómetro en su rápido desenvolvimiento, cambiaban el azul oscuro de la alborada por tonalidades de rubia luz que en oblicuos pabellones bañaban en su fulgor los campos por las partes menos

empinadas de la serranía. Monserrate y Guadalupe, más enhiestos que la sinuosa serie de los montes que los preceden y continúan en el avance nórdico de la cordillera, se mostraban aún en azulada sombra, como para enmarcar el abra del terreno que limita la hoya del San Francisco, detrás del Boquerón, estrecha garganta de su lecho, inundada en rica plenitud por la luz del sol naciente, ambarina y fresca, con un no sé qué de vibrante y juguetona como si tuviese un alma juvenil.

En frente de mí se mostraba la llanura de un verde reposante en su amplitud de cuarenta kilómetros, hasta arriscarse en los cerros de Facatativá, de donde salta la vista a vuelo de pájaro a través de la invisible llanura del Magdalena sobre las cumbres más altas de la Cordillera Central, como el nevado del Tolima, cuya pirámide esplendente preside el panorama remoto.

Y mientras descendía, entusiasta y ligero de espíritu, por la amplia Avenida que, cual pocas en el mundo, se desvanece en pleno campo, atrevida perpendicular a la llanura luminosa y extensa, repasaba en mi mente los motivos porque es amable la ciudad madre de Colombia, esta andina Santa Fe de los conquistadores. El que nació en París, el que nació en Florencia o en Sevilla, en Lima o Buenos Aires, ama también, como nosotros, su pequeña patria, la urbe gentil en que la primera realidad se reveló a su espíritu con delicada gracia del presente y recuerdos adorables de leyenda: más tiene Bogotá la virtud augusta de hacerse amar como segunda madre, pues los

que en ella no nacimos, mas a ella hemos llegado en la peregrinación fugaz de nuestras vidas, la llevamos para siempre, iluminada de amor en nuestros corazones. Si recuerdo como, al regresar de dilatadas correrías por el amplio mundo de las viejas civilizaciones de Europa, luégo de ver y sentir el hechizo de urbes milenarias, la primera emoción al desembocar en nuestra Altiplanicie, fue de ternura, de deseo santo de besar la tierra en que Bogotá señorial y bondadosa destaca sus campanarios y teje el cruzamiento rectilíneo de sus estrechas calles, grávidas de historia, donde cada casa refugia un poco de la vieja cortesanía de los hijosdalgo, de la legítima hospitalidad joviana, bajo el gesto exquisito de una comedida modernidad.

Y pensaba como es ella algo más y mejor que el centro político y cultural de Colombia, como es el crisol de su carácter, porque difunde por la haz de la república un modo de ser, aquellas su civilidad, intelectualidad y gentileza que distinguen en el ánimo extranjero el gentilicio «colombiano».

Nunca sabremos lo que la tierra da y lo que la tierra recibe en este intercambio de actividades que se verifica entre ella y sus moradores. El paisaje se colora espiritualmente de la fisonomía de sus habitantes: mientras caminaba en busca del tren y veía el paso fugaz de los automóviles que en la misma dirección parecían perseguirse en un certamen de carreras, y ya la luz jugueteaba con lentejuelas de oro en los campanarios de las iglesias y la copa más alta de los árboles visibles, recordé alguna página de ju-

ventud en que este mismo paisaje se me reveló románticamente con el espíritu de una mujer que supo aprisionar mis emociones en la rica malla de su sensibilidad indeficiente. Y caminando, caminando, la similitud de aquella despedida me trajo el recuerdo de mis propias palabras:

«Celosa de aquel silencio que ya se prolongaba, me dijiste una vez a media voz: ¿Qué miras tan fijamente? La luz de la tarde irradiaba en tus balcones. De través el rayo horizontal aparecía azul, y era de oro pálido al quebrarse en los objetos. La gran llanura, nuestra amada planicie, dilataba en frente de nosotros el verde amarillento de sus pastos y el verde oscuro de sus arboledas hacia el ocaso, por leguas y leguas de distancia, hasta morir, suavemente vagarosa, contra la falda azulina de la lejana cordillera. Tú y yo la hemos amado con emoción filial, a ella, tierra madre y amiga confidenta que enmarcó en su silencio augusto y su plácida belleza nuestras emociones recónditas y las palpitaciones más audaces de nuestro amado amor. Muchas veces tus ojos y mis ojos la han mirado con quietud hipnótica, alelados ante el vago perfil de su lejanía y el brillo metálico de sus aguas en las lagunas remotas y en la cinta ondulada de su río silencioso. Y tus ojos y mis ojos se han cargado de la vaguedad inefable de las grandes emociones, ante ella, nuestra tierra madre y la confesora única de nuestros corazones embriagados. Quienes una vez, en siglos ya distantes, conquistadores de abruptas serranías, la miraron al final de inenarrables luchas, sintieron el hechizo misterioso que provoca, y

memorando visiones de niñez y ensueños juveniles, cual si presintieran lo que es ahora por mágica virtud de aristocracia, patria de todo el que la mira, «Valle de los Alcázares» la nombraron por unánime voto de admiración. En ella aman de nuevo los más cansados corazones, y en ella nunca añora su patria el viajero original de comarca alguna, de Europa, digamos, o de Asia, del brumoso Norte o del lejano Mediodía. Ella tiene una alma propia que bulle, indefinible, en sus paisajes y en su armonioso conjunto, con la cual atrae, nueva Calipso, a los viajeros y los retiene para siempre. Madre tierra que con su planicie dilatada y el grato olor de sus trigales da al espíritu benévola emoción de paz; cuyo horizonte vespertino tórnase a veces fulgurante y difunde en la llanura vaga luminosidad, violeta y oro, que enciende en el alma grata poesía, o adquiere con su cielo vesperal un verde esmeraldino y niquelado tono, con que agita recónditas ideas de infinito, de un más allá suprahumano, en magnitud inmensurable que exalta la conciencia emocionada y la abruma de misterio....»

La luz parecía embriagarme. En mí se agolpaban las imágenes en alocada fuga. Despertó en mi conciencia este hecho singular, y por un momento repasé un poco de psicología: si se piensa o no sin imágenes, cómo éstas se asocian y por qué surgen. Se me figuró mi fantasía ser como el mar: la onda que llega, que se disipa y renace, la de más allá que la sigue, y otra y otras, más lejanas, casi impercibidas, presentes, sin embargo, en el perímetro de la visión interior. Como el movible campo de las ondas

marinas es también la variación de colorido del campo de la imaginación consciente, que una agradable impresión sensorial, una ilusión, una amable noticia o el mero optimismo de la buena salud, le coloran de bellos matices, perceptiblemente cambiantes como los del océano. Y si una nube pasa, alta y luminosa o baja y oscura, por ellas las ondas van virando de matices, con lo que se muestran rientes y alocadas de infantil coquetería o sombrías y severas, de un pesado color plomizo, a veces de enigmático púrpura. De manera semejante el flujo de la imaginación es alegre y lleno de travesura o sombrío y deprimente, grávido de pesadumbre. En cada una de esas situaciones existe un fenómeno de calidad y de cantidad, pues así vemos que las ideas tristes de la hora alegre, a más de recluírse en la periferia del campo visual de la conciencia, son desteñidas, como insignificantes o inertes, en parte también truecan su agresividad por un amable contenido, revelándose en aspectos de apetecible interés. Asimismo, la cantidad de las bellas imágenes se multiplica como por ensalmo o prestidigitación, surgiendo unas en pos de las otras con inagotable agilidad y deleite.

Todo esto pensaba, en inextricable encadenamiento, aquella mañana regocijada de luz. Agil, mi mente entendía de las cosas varios significados a la vez, y ahondaba en los valores íntimos de su existencia, que de un árbol, de una torre, de un sér humano percibía la existencia y su modo de existir, la causa y la finalidad, la relación como armoniza con sus semejantes y las cualidades que le distinguen. Y así

me imaginaba leer en la estructura y color de las calles de la ciudad toda la evolución de su vida, cual si ésta hubiese dejado en cada muro y en cada piedra una vaga fisonomía de sus cambiantes actitudes. Ese calidoscopio de la mutación de las ciudades, que en el mismo marco de su estructura material van copiando el alma de las épocas y de los hombres. Recordaba la ciudad de treinta años antes, empedrada, empolvada, de techos musgosos inclinados y muros de un melancólico amarillo crema, desteñido, sin luz, que deprimía un poco el ánimo; y la comparaba con la moderna, en que los aleros dan lugar a las fachadas elegantes, las ventanas enjutas de rotas vidrieras apolilladas, cedieron el puesto a los amplios cristales traslúcidos, velados por finas telas de encaje; y el color, sobre todo el color, gris azulado, rosado leve o de un plácido amarillo, tenuemente luminosos, por lo que todo el conjunto revela mayor vitalidad, salud, prosperidad, alegría, ambiente juvenil, en una palabra. Esa lenta mutación se me ofrecía dentro de mi pensamiento en armoniosa evolución con el alma nacional, por su propio devenir, el contagio de la modernidad e influjo de riqueza, Y dentro de ese conjunto se me aparecían partes de la ciudad y sus pormenores con diferencias de carácter: el sur, de tonalidad melancólica, más opaco, deslucido, partícipe del paisaje amortiguado del contorno, influencia del terreno cretáceo de la región que le sigue a poca distancia, de una como frialdad de la luz que le colora, recogida en estrecho circuito por las estribaciones orientales de la cordillera y un poco velada

por las nubes de los páramos vecinos; y el norte risueño, progresista, que ama la amplitud y se baña en luces frescas, cálidamente azuladas a la mitad del día o en gavillas de oro en el véspero de la mañana y de la tarde.

Y así pensando en mil cosas, alocadamente alegre, llegué a la Estación, en el momento en que la muchedumbre de viajeros corría de uno a otro salón por ver de ordenar las apremiantes diligencias de última hora. Ahí mi amigo me esperaba ya, charlando efusivamente, a la manera peculiar del bogotano, con cuantos se acercaban a saludarla. A mi vez me contagió la inquietud de los adioses, el fervor de los saludos y esa impresión indefinible de solemnidad, de definitiva ausencia que mete en el alma el silbato estridente de las locomotoras y la melancólica sirena de los buques, gemido más bien que canto, vaga angustia de lo incógnito.

Ya sentados en cómodos asientos de moqueta roja, protegidos del frío matinal por las limpias vidrieras del vagón, mirámos sin hablar la cambiante fisonomía de los viajeros y de sus amigos y familiares que venían a despedirlos. La deliciosa algarabía de los adioses, la efusión de los abrazos de unos, el beso repetido de esposas e hijas, la voz secreta de una postrera recomendación, y en el enjambre de pasos y de voces, el grito de los vendedores de periódicos, de empleados del tren, el silbato de la locomotora y el estridente ruido del vapor, que al descargarse trepidando de violencia hacía estremecer el pavimento. Luégo la lenta marcha, los ojos nublados del que se

despedía para largo viaje, la sonrisa de alguna ilusión que jugueteaba en semblantes juveniles, hasta que el tren desperezándose en frente de San Fasón, dejó el lento arrastre por una marcha airosa y firme, dejó la melancolía de los adioses por la emoción del paisaje fresco y matinal de la llanura, cambiando con milagrosa presteza el ánimo de todos los viajeros hacia una nueva intimidad y alegría, una diferente alegría y diferente intimidad.

Los potreros, los sembrados, las estaciones de las aldeas sabaneras, el Funza dormido en la interminable sinuosidad de su curso perezoso, Madrid, Facatativá, las faldas por donde el tren se va alejando de la llanura, y desde donde Bogotá remota se percibe apenas, el paso de la serranía para descender a la cuenca hullera de Zipacón, donde hace una maravillosa rúbrica española de intrincadas curvas audaces antes de hundirse como una flecha en el túnel, que en su desembocadura occidental ha de revelarnos los amplios horizontes de las vertientes del Apulo, las hondonadas que van a sumar su planicie con las llanuras ardientes del Magdalena.

*

LA RIVIERA bogotana se extiende desde Cachipay hasta Juntas de Apulo. La ciudad andina de Bogotá, una de las más mediterráneas del mundo, posee, por una paradoja fácil de comprender, tres puertos: sobre el Mar Caribe a Barranquilla, sobre el Río Magdalena a Girardot, y sobre el ferrocarril de este

mismo nombre a La Esperanza. Porque La Esperanza es nuestra Costa Azul, que para ser más precisos debemos llamar La Costa Verde colombiana. Sita a mitad de las vertientes de la Cordillera Oriental que miran hacia el Río Magdalena, dá a gozar a los ojos uno de los más bellos paisajes, por su variedad de relieve, su verdor y la templanza de su clima, que es dable contemplar en el mundo. Sobre todo para los que conocen el mundo y no sufren de vértigo admirativo al escuchar un nombre de exótica resonancia.

De antaño sabia yo esto, mas entonces lo senti con inusitado fervor, quizá por la grata compañía en que me hallaba. Cualquiera puede saber que la amistad es un valor que compensa ingentes sacrificios, que apenas cede al amor en importancia vital, y lo supera, si bien entendida, en compensaciones espirituales.

Tiene el campo un dón maravilloso de cambiar nuestras condiciones intimas, que hace nuestra personalidad algo, si no diferente, más amable al menos, más comprensiva y generosa. Es la frescura de los cultivos, la diafanidad de la atmósfera y la amplitud del horizonte que se nos meten alma adentro, comulgan con ella, la lavan de mil pequeñeces y le comunican su sencillez y benevolencia. Es una acción detersiva que se ejerce particularmente sobre el alma del ciudadano, porque en el campesino no se cumplen las condiciones que hacen propicia y fecunda esta mutación.

Con esto justifico el mucho alborozo que sentia cuan-

do en aquella ocasión descendimos en La Esperanza, un poco antes del medio día. Como de costumbre, todos los habitantes del hotel y los inquilinos de las quintas más próximas a la estación aguardaban este momento para gozar de esperados e inesperados saludos, tener noticias frescas de la capital y ver, ver, ese indefinible gozo de contemplar el desfile de las multitudes, vaga determinación de la simpatía y de la necesidad del contacto espiritual de los hombres.

Y la mucha luz, la blancura de los vestidos, la blancura de los rostros de mujeres jóvenes, iluminados a cual mejor por placentera sonrisa de bienestar y de amabilidad, esa efusión comunicativa de los viajeros, la profusión de flores en contorno, tal la elegancia de los cámbulos, el grito escarlata de los «rojos», la cascada encendida de la buganvilia, los azahares de oriente, rosas y naranjos, nos deslumbraron por un momento, hasta hacerme mirar hacia las faldas, hondonadas y colinas que descienden ampliándose en fértiles plantíos.

Es ahí donde la gentileza colombiana, exaltada por el clima deleitoso toca el ápice de su espontánea efusión. Los saludos son vibrantes, ingenioso el decir, hospitalario el gesto, aun con quienes apenas si mediaron antes relaciones de lejano conocimiento social. De donde deriva este sitio una importancia nueva y meritoria por demás, que es allí donde comunican las capas sociales un poco distanciadas en la ciudad su cultura y su interpretación de la vida, con lo cual gana el conjunto en mutua estimación y entendimiento.

Por ello, quizá, es también esta dilatada región, esta Costa Verde colombiana, el sitio predilecto de políticos y diplomáticos para enhebrar sus más importantes relaciones e influencias.

Con esto queda dicho por adelantado la efusiva recepción que nos hicieron los Etzel y demás amigos que ahí hallámos. Por manera que al sentarnos a la mesa a la hora del almuerzo, tuve la impresión de encontrarme como en un banquete nupcial. Esto mismo me despertó la idea inquietante de que a Onzaga le sería harto difícil abordar su cometido en tales circunstancias. Sentado con él y los Etzel a una misma mesa, yo, el más extraño del grupo, podía observar a mi antojo a mis compañeros en todo el esplendor de su espiritualidad. Comprendí entonces el gran prestigio de Etzel al escuchar lo ágilmente que comentaba los sucesos del mundo, negocios, política, sociedad, con tan adecuadas opiniones y exaltada fantasía que les comunicaba novedad e inesperado interés. Mi impresión fundamental de esa hora correspondió, sin embargo, a la señora de Etzel. Tenía una tan suave belleza y entrañable cultura, que si miraba o hablaba parecía la mesa inundarse de vaga musicalidad o un añadido fulgor a la luz del medio día. Conducía la conversación con aristocrática flexibilidad, por manera que yo mismo, un poco distanciado de ellos anteriormente, me sentía ahora halagado en mi orgullo por la amable intimidad con que me hablaban y la exquisita atención con que enriquecían mi discurso.

—¿Reciben aquí muchas visitas, señora?

—Así es, doctor. Un poco misceláneas, ciertamente. Verá usted: un día es algún amigo bondadoso que viene a saludarnos, otra vez un personaje político de misteriosas confidencias....

—!No te burles de mis grandes amigos, mujer!

—No. Ustedes lo saben. La secretísima comunicación de que hay graves divergencias entre los ministros. Siempre gravísimas, siempre a punto de estallar, sin que pasen de ahí, de una pelea en intención. Mi marido atiende con los ojos dilatados, opina, se pasea, pronuncia palabras misteriosas, y nunca ocurre cosa. Lo cual hace que siempre se repita el mismo drama con más o menos semejante conmoción y religioso misterio.

—Tú eres la primera en pedirme datos con extraordinario interés.

—Claro: si esta es la salsa de mi vida, el drama político que se desarrolla cada instante. Si al menos concluyese una vez. Ustedes lo saben, es un eterno drama inconcluso.

—¿Y tú cómo sabes que nunca termina, burlona impenitente?

—¿Que cómo lo sé? !De memoria! Ustedes los políticos son en la vida lo que Pirandello es ahora en el teatro: una enorme agitación por un enorme problema que nadie sabe en qué consiste ni cuando, al fin y al cabo, terminó.

—Acertado, Gloria—intervino Onzaga—acertado lo que está diciendo. Y yo añado, con permiso de Etzel, que ahora que están hablando de una poesía pura, de una música pura, de una pintura pura, debemos reconocer que la política es la confusión pura.

—¡Impura, impura, Onzaga! Corrigió ella. Si vieran ustedes las caras de mi marido cuando me sienta a la mesa media docena de sus mariscales y tenientes: las cosas que les celebra como si fuesen invenciones geniales. Y las que me hace a mí si me permito dudar de la excelsitud de sus opiniones, augurios, consejos y secretos espeluznantes. Porque en política todo es secreto. El secreto de la política es que todo es secreto: se reunen en secreto, comen en secreto, se pelean en secreto y....

—Y se reparten la república en secreto, completó Onzaga, encantado con la conversación chispeante de la señora Etzel.

Y éste me preguntó, festivo y cordial: Doctor, ¿estarán locos?

Y así hablaron y me hicieron hablar de muchas cosas insignificantes y festivas, vino generoso de una mesa bien servida, mientras yo pensaba con insistencia ineludible, viendo a Gloria Etzel: ¡Mejor que su política y mejor que su fortuna!

*

ENTRE ocho y nueve de la noche, al terminar la comida, nos reunimos en el salón, quienes por conversar un rato, quienes por danzar, de manera que espontáneamente la concurrencia se repartió en dos grupos. Onzaga y Etzel se aislaron de todos, por lo cual la señora y yo permanecimos en anima-

da conversación, comentando los sucesos del día y no poco, ciertamente, el aspecto y comportamiento de nuestra sociedad de ese instante.

—Me ha sorprendido hoy lo mucho que va cambiando Bogotá, dije en recuerdo de mis impresiones de la mañana. ¿Sabe usted, señora, que me agradó la perspectiva que ofrece la avenida de Colon? Será un buen paseo. La he visto algunas veces en las horas de la tarde, y al contemplar la larga fila central de los faroles de grandes bombas que, recta y hermosa, avanza hacia occidente, iluminándose de pronto en la penumbra del crepúsculo me pareció que corrían, presurosos, a evitar la muerte del sol con su bella claridad ambarina. Cuando haya un gran bosque público ahí donde tuerce la carretera de occidente, que sea la terminación del esperado paseo que necesita de urgencia la ciudad, y cuando arboricen y decoren un poco a Monserrate, tapando ese faldón erisipelatoso que hoy afea la obligada perspectiva, tendremos el orgullo de vivir en una capital deliciosa. En las actuales condiciones parece una dama descalza y con sombrero roto. Es lástima, siendo lo que es: de mí sé decirle que cuento entre los placeres de mi vida el pasearme por el atrio de la catedral en contemplación de la egregia estatua de Bolívar y de nuestro augusto capitolio.

—No lo repita usted, y menos tan fervorosamente, porque el municipio es muy capaz de dar diez millones de pesos por esa falda y dejarnos las horribles canteras que hoy entristecen la ciudad y a todos sus moradores.

—Tal vez no. Yo creo que vamos avanzando efectivamente, y que ya no veremos las necedades a que usted se refiere con tánta amargura. Asistimos a una trasformación. Y no sólo en lo material: ¿Ha observado usted cómo van cambiando las costumbres del pueblo, cómo las capas sociales inferiores parecen elevarse en todo sentido? El modo de hablar, el modo de pensar, la manera de vestir, la alimentación, las bebidas, el cigarro mismo reemplazado por el más aseado y elegante cigarrillo. ¡Qué sé yo! Es una total renovación.

—Dice usted bien. Ya me había sorprendido ese cambio en el gremio de sirvientas, que hoy hablan, visten y comen con más refinamiento. Y en eso que llaman burguesía menor se desarrolla un verdadero gusto y visibles dones de estética. ¿Qué será?

—Es, señora, una capacidad de adaptación y de imitación sorprendente que posee nuestro pueblo. Recuerde usted cómo imita una sirvienta la voz y las maneras de la señora a quien sirve, hasta confundirla úno con ella si la escucha por teléfono. Es una plasticidad maravillosa que pudiera, y podrá sin duda, ser aprovechada con un alto designio pedagógico. Más rebeldes al refinamiento cultural se me hacen algunos mozos de las clases elegantes. Los escucho a veces en sus pláticas íntimas y puedo asegurar a usted que la mayor parte no logran expresar su pobre pensamiento: de cada diez palabras que emplean cuatro son interjecciones más o menos vulgares, y todos sabemos que la interjección es un signo de miseria en el discurso, casi un gesto ani-

mal. Adolecen también de falta de generosidad en la apreciación del mérito ajeno, haciendo alarde de un escepticismo exagerado y dañoso.

—¡Y si le dijera que las muchachas no andan mejor amobladas intelectualmente! De la mayor parte, si se las sacude un poco, no quedan sino la cortesía, la virtud tradicional y algunas cintas y alfileres.

—Culpe usted, señora, a esta educación nacional. En esos mozos hay condiciones excelentes, simpatía, bella imaginación, voluntad muy firme, entereza para el sufrimiento, etc., que serían base y fundamento para desarrollar vigorosas personalidades. Y cuántas de esas muñequitas de que usted me habla, he visto yo enfrentarse a crueles destinos con una conciencia maravillosa del deber y raras dotes de ecuanimidad. La culpa es de estos colegios que no saben ni quieren sacar ningún provecho de raza tan amable y dúctil.

Me quedé observando las parejas danzantes con gran deseo de interrogar a Gloria sobre la vida de todas esas gentes. Para acercarme un poco al tema insinúe una pregunta:

—Es como un barco este hotel, señora, y hasta lo parece en la disposición de su arquitectura. ¿Tiene algún interés la vida aquí?

—Fuera del que le dan el clima y el paisaje, muy poco ciertamente. Lo cual no quiere decir que la vida no continúe enhebrando, como en cualquier parte, sus pequeños dramas, sus novelitas de folletín.

La manera de expresarse la señora Etzel se resentía de un vocabulario masculino y más cultivado de

lo que corresponde al término medio entre mujeres, quizá por sus lecturas y la constante comunicación social con hombres de estudio. Noté inmediatamente que, a pesar de mis recientes relaciones con ella, se mostraba deseosa de hablar, de desahogarse tal vez de cuanto sabía. La reserva natural de su sexo y su exquisita educación la retuvieron unos momentos, mas mi serena actitud, respetuosa y cordial a la vez, fue eliminando obstáculos, por lo que a poco más de una charla ligera y esquiva abordase la expresión de sus opiniones más íntimas.

—Es desconcertante, me dijo, cómo juegan estas gentes con los fundamentos mismos de la vida y comprometen su felicidad a la manera de cualquier tahur. ¿Sabe usted que están introduciendo la moda de coquetear las señoritas con hombres casados, como demostración del úlimo refinamiento del «flirt»? La danza, el vermut y el cigarrillo han allanado muchas dificultades de comunicación y nivelado abismos de conveniencia. Las muchachas quisieran burlarse del amor. Naturalmente el amor se esconde, cauteloso y traicionero, para herirlas a mansalva.

—¿No cree usted, señora, que en todo esto haya más bien un poco de inocencia atrevida que de provocación consciente?

—No sabría afirmar lo uno ni lo otro. Pero, ¿halla usted posible la inocencia en compañía de estos hombres tan preocupados de intenciones inconfesables? Mire a ese señor que danza en este instante: es apenas un muñequito, y trae locas a más de cuatro. Y no es un portento de espiritualidad. No sabe más que

un piropo, «boquilinda», y con él se atreve a las mayores audacias. La otra noche me invitó a bailar, y a las primeras vueltas yo sentí que quería estrecharme un poco y me decía también «boquilinda», aunque más tímidamente que a las otras. Hubiera sido más culto de mi parte el regresar a mi asiento, pero me sentí tan empequeñecida que se me revolvió la sangre y quise ser mujer más bien que señora, contestándole: Invente algún otro piropo, que ya éste lo ha trajinado mucho con todas. Y el muy hombrecito creyó que esto lo autorizaba, no que lo despedía, y apretó un poco más mi talle. Entonces le dije: La danza es agradable y pulcra cuando se la entiende como arte y benéfico deporte. Esta vez parece que sí comprendió el ser maltratado y no ha repetido sus amabilidades. Ustedes no adivinan cuántas ocasiones una mujer casada esconde las molestias de un tenorio de profesión por evitar a su marido complicaciones inútiles y la pena de un pequeño escándalo. Pero, mire ahora a mi diminuto don Juan: la señora con quien baila en este instante se ha enrojecido como un ababol, seguramente le está diciendo «boquilinda».

—No parece que ella lo rechace con signo de disgusto.

—No. Ni lo rechazará. Es una mujer buena. Yo lo sé. Nosotros nos conocemos, y cuando no, nos adivinamos. Ella es buena. Pero tiene el corazón herido y se expone a cualquier locura por ahogar su propia turbación. Ustedes los hombres son insensatos con pasmosa frecuencia. No saben ser maridos.

No saben ser amigos leales de sus mujeres. Esa es la causa de tánto dolor y de tántos deslices.

—Señora: no soy testigo ático en cuestiones matrimoniales. Mas, diga usted, ¿no habrá también un poquitín de falsedad en la mujer, como en su vanidoso consorte?

—Falsedad, y maldad a veces. ¡Todo lo que usted quiera! Empero ¿sabe usted? es imposible que los hombres se den cuenta de lo que sufre un alma femenina. Yo he pensado que es el sér más aislado de la naturaleza. Cada mujer lleva en el corazón media docena de secretos que la asfixian, que la hieren con su dolor callado y nunca, ni a su madre, ni a su amiga, ni a su hermana ni a su esposo, puede confiarlos. Casi toda mujer es un secreto doloroso vestido de seda y de sonrisas.

—¿Y no será esa su mayor grandeza: la rumia silenciosa del dolor no la hará más intuitiva y sutil?

—Con una intuición y una sutileza que envenenan su alma. Ustedes los hombres son como las histéricas, remueven y conmueven el mundo por obtener lo que desean, para después de obtenido volverle la espalda.

—Tahures de nuestra propia felicidad, histéricos, histriones, ¡no es usted muy optimista respecto de nosotros!

—Es que me trae irritada este mundo de dramitas de almanaque que me rodea, y usted me ha venido como de la mano para desahogar mi encono.

—No obstante lo que me dice, señora, quizá ellos

hallen en él compensaciones que nosotros no adivinamos ni tenemos porqué conocer.

—No lo crea. Lo he pensado muchas veces. Dígales a todos esos señores que en este momento combinan planes de seducción amorosa si cargarían con las responsabilidades que el amor impone e implica, sustentar a la mujer, proteger al hijo, sufrir la afrenta social, afrontar la lucha audazmente, en una palabra, y los verá usted huír despavoridos, dejar solo el salón y meterse temblando de miedo en sus camas.... La audacia masculina en proponer desvaríos estriba en la incapacidad de la mujer para cobrar las consecuencias.

Poco a poco se me iluminaba en la conciencia la opinión de que a más de una crítica oportuna, asomaba en las palabras de esta mujer una ambición espiritual insastisfecha. ¿Sería ella sustantivamente grande o sólo grandemente ambiciosa? Su conversación, que había avanzado en escabroso giro, parecía no comprometer su dignidad, tales eran su continente y la sinceridad de su acento, que a mí que me traía inquieto y casi turbado desde nuestra primera conversación a la hora del almuerzo, no me daba la mínima ilusión de poder expresar mi sentimiento, y más bien poco a poco me iba alejando de aquel estado inicial de inclinación amorosa. Para probarla en lo íntimo de su criterio, le pregunté:

—Tal vez no todos los hombres sean tan inconsistentes y como de alfeñique, según su pensamiento: ¿Cree usted que un Onzaga, por ejemplo, pudiera calificarse tan duramente?

Me miró con ligera inquietud, apenas perceptible en la profundidad de una mirada inquisidora, y luego con mucha naturalidad y aplomo respondió:

—Onzaga es una grandeza inédita. Le hace falta que una mujer ponga a prueba su espíritu.

«Una grandeza inédita» me pareció ser una definición tan acertada que ya iba a ahondar este pensamiento cuando noté en el rostro de Gloria Etzel un parpadeo con leve y rápido giro de cabeza, como quien escucha en las sombras. Y repentinamente alejándose de mí fuese hacia el interior diciéndome con bondadoso gesto, que aparentaba reposo y naturalidad:

—Con su permiso.

Onzaga y Etzel habían abandonado el salón e ido a conferenciar a una de las alcobas. ¿Qué oyó el espíritu de esta mujer que así pareció inquietarse? Yo que sabía de qué estaban en ese instante platicando, no pude menos de pensar, como otras veces, que en la naturaleza femenina se esconde una potencia augur: que si el sufrimiento lejano de un hijo les aprieta de manera indefinible, pero inequívoca y certera, los senos maternales, tienen también misteriosa ansiedad, reveladora y repentina, en ciertos instantes definitivos de la vida de su hombre. De ahí que el matrinonio me haya parecido siempre más solemne que el rito religioso que lo impone y que el mayor o menor afecto que lo confirma; pues más allá del amor, del afecto, de la simpatía y de la conveniencia, he visto un ancla misteriosa que liga los cónyuges a profundidades inexploradas de su sér.

Esta vez cuando Gloria Etzel se levantó de mi lado tenía una inquietud sibilina.

Y regresó con ella. Cuidando, esto sí, de aparecer indiferente.

—Perdone usted que lo haya dejado solo. Y a propósito, dígame: ¿estarán ustedes con nosotros algunos días?

Comprendí que regresaba inquieta de la misión de mi amigo, y que trataría de informarse sutilmente de si yo estaba en el plan que ella comenzaba a inquirir. Y así dije, casi vagamente:

—No sé de Onzaga. Yo sólo dispongo de dos o tres días de vacaciones.

Este desligarme de él pareció tranquilizarla, y continuamos conversando de cosas más indiferentes.

*

EN tanto Onzaga y Etzel habían abordado la más intrincada y hábil discusión. Eran dos potencias que en aquella noche dieron de sí prueba incontrovertible de refinada educación y de refinado entendimiento.

Onzaga había iniciado su demanda minorando hábilmente la penosa situación de Etzel sin comprometer doctrina.

—Hay una injusticia insoluble en la apreciación social de la conducta de los hombres, que consiste en calificarlos para siempre de inmorales por una sola falta cometida, y exigir para el buen concepto la

continuidad de buenas acciones durante toda una existencia. Tanto me ha preocupado siempre esta severidad del criterio público que se me figura ser la vida de un ciudadano como la prueba angustiosa del volatinero que cruza altísimos espacios caminando en dinámica inverosímil sobre una frágil cuerda: un paso, sólo un leve paso desequilibrado o mal medido, puede conducirle a la muerte.

Mientras Onzaga hablaba de esta manera, Etzel sintió un ligero escalofrío, mitad de presentimiento de lo que escondían ya en germen visible las palabras de aquél, mitad de una mordiente angustia por la verdad de esas opiniones que espiritualmente sentía hincarle el diente en sus carnes doloridas. Un suspiro fugaz, entrecortado y leve, estremeció su pecho y dilató vagamente las ventanillas de su nariz. Con esfuerzo disciplinado de hombre de luchas oratorias fingió un continente de calma, mirando a su amigo, los ojos atentos.

—Es una injusticia, continuó aquél, que la legislación penal moderna tiende a corregir en parte. Un hombre no es un nivel constante de corrección moral, y puede en una hora descuidar la estricta vigilancia de su propio espíritu y abandonarse a un momentáneo desfallecimiento. El peligro real estriba en el orgullo frecuente que nos conduce a persistir en el estado anormal de conciencia pecaminosa que nuestra debilidad engendró.

Al llegar aquí en su discurso Onzaga, Etzel tenía tensas las cuerdas vocales, un malestar indefinible atormentaba toda la fábrica de su organismo. Veía aproxi-

marse el golpe certero de una acusación de boca de su más constante y autorizado amigo, y en su imaginación no surgía aún la escapada que afanosamente estaba ideando, lo cual le conturbaba con la iniciación de un vértigo. Mas era tal el temple de su voluntad arrogante que parecía escuchar con mero interés ideológico lo que ya iba siendo un combate en círculo de fuego más y más nutrido y más cerrado.

—Yo creo, Etzel que la grandeza de un hombre se mide mejor por la superioridad de una actitud que diga al mundo: hé aquí que erré contra las normas de mi espíritu. El que tal haga habrá ganado la victoria decisiva, la victoria de la propia dignidad contra el incidente traidor que quiso vencerle en una emboscada de la vida.

Etzel quería hablar y no podía emitir una frase que fuese digna de tan alto discernimiento. De ahí que continuase mirando a Onzaga con imperturbado rictus fisonómico.

—Nosotros, prosiguió aquél, estamos hechos de materia cambiante, proteica, como dicen los fisiólogos, por lo cual no somos hoy lo que ayer fuimos. Esto nos constituye en escultores permanentes de nuestra vida espiritual. Para ello debemos tener firme el pulso y la vista atenta como un lapidador de piedras preciosas: que el certero golpe hienda el diamante por el plano propicio para que surja la rosa en donde la luz anidará con acogedor ángulo de incidencia. Así el alma humana. Tú lo sabes: ser es ya un milagro insoluble, ser hombre un regalo desconcertante de la vida, ser hombre grande es la suprema hazaña del espíritu.

Un malestar creciente derrotaba por anticipación toda rebeldía del pensamiento de Etzel. Sentía acercarse la estocada final y la veía venir directa y firme a su corazón.

Onzaga mismo se turbó un momento, y diose a pasear lentamente por el cuarto. Aun en él vacilaba el valor de herir a su amigo de juventud. Con voz lenta y casi sorda, añadió:

—Etzel, tú te equivocaste un día, y mi amistad viene a serte fiel. ¿Quieres que borremos el episodio de Evia?

Aquella gentil manera de decir: «quieres que borremos», y aquel plural ficticio y fraternal estaban a punto de hacer estallar en llanto a Etzel. No hallaba su ruta. Una línea a la derecha y rendiría su corazón a la verdad y a la reconciliación con su alma; una línea a la izquierda y cerraría para siempre el hogar de la ternura humana, de la amistad confidente, de la confianza en sí mismo. La disposición íntima de sus órganos, si propicios a la benevolencia y a la generosidad, o agriados por fugaz desequilibrio, el ambiente, la luz quizás, el calor de la atmósfera: ¿hacia dónde inclinarían, de esos dos milímetros de divergencia espiritual, su agonioso pensamiento? Se inició, primero que todo en su conciencia, un rubor inquietante de sentirse menos que su amigo, y este sentimiento se aunó, como en un relámpago de lucidez mental, con la certidumbre de que el hecho ya cumplido sería imborrable ante los hombres y ante la viuda misma de Evia, los vio sonreír sin gratitud y acobardarle con un gesto de misericordia aparen-

te; y a estos dos vislumbres de la posibilidad se juntaron, en apresurado montón, la imagen del dinero que se le exigía devolver, la carrera pública, el hogar, el hijo, etc., en tal forma que crearon un ritmo de emoción definida que encauzó la decisión de su voluntad. Y todo esto en el espacio de segundos, y todo esto a pesar de encontradas opiniones que con vaguedad de fantasmas, pero no menos perceptiblemente afirmativas, entrechocaban con éstas y pugnaban por desalojarlas en vertiginosa lucha. Y así, ya orientada su decisión, dijo, con acento casi reposado:

—¿Qué me estás tú diciendo de Evia?

—No me aflijas, Etzel, y da por sabido que te vengo a solicitar la corrección de una mala hora. Déjame que yo ordene y verifique con prudente inteligencia la devolución de algunos bienes de los de las escrituras de Evia a su viuda, hoy en grandes deficultades económicas. Presta fe a mi palabra y te devolveré la armonía de tu espíritu, que no puede menos de hallarse conturbado.

Etzel comprendió que tenía que negar con absoluta intransigencia si quería no hundirse en la humillación de un gesto de cinismo odioso, y replicó con alguna arrogancia:

—Tú me estás desconociendo.

Y en la pendiente de buscar una coartada, se precipitó en el abismo moral, calumniando, por una iluminación repentina de ello como recurso, que entonces le pareció genialmente audaz y efectivo:

—Ya tenía alguna vaga idea de lo que me estás contando. Era natural que me ocurriese este embrollo por el aturdimiento con que quise favorecer a Evia y que, ahora lo veo con diáfana claridad, tan mal me ha pagado. Sabe, pues, que él jugó su fortuna y la perdió. Quizá por evitarse esta vergüenza ante su esposa le dijo que las escrituras eran hechas a mí, cuando la realidad es que yo sólo presté un servicio de intermediario para ocultar en lo posible la divulgación de su vicio. ¿Entiendes?

Onzaga vaciló, desconcertado, ante tánta precisión y sutil defensa. En él había, sin embargo, un catador sagaz de la conciencia humana. También él tuvo la iluminación instantánea de mil incidentes, inadvertidos antes en su encadenamiento. Aquel cambio en la oratoria parlamentaria de Etzel, que se había notoriamente transformado en suave ironía y actitud de escéptica benevolencia para todo y para todos, de elegante y chispeante parla sinuosa, escurridiza y complaciente. Y aquel asedio constante que le hacían los cazadores extranjeros de dudosas y aun dolosas concesiones oficiales, los que guiados por un instinto de astutos lobos, le buscaban en la esperanza de comprometer su decisiva influencia en muchas cosas. Vio también un cambio notorio en las condiciones de su amistad, que ya no era el que antes entregaba su espíritu con desenfadada confidencia, sino el huidizo conversador de cosas insignificantes o ajenas a su propia persona e intereses. En esto pensaba, paseándose lentamente. Y por concatenación vio también la fragilidad de la coartada de Etzel ante la actitud severamente firme y dolorida de la viuda. En él apareció el jurisconsulto sereno y erguido que dormía

en su conciencia, el juez de una hora definitiva, y sin vacilar un momento exclamó:

—Entiendo tu atormentado espíritu, la angustia de tu pudor, la altivez de tu alma conturbada por encontrados sentimientos. Yo puedo hacer por ti ahora lo que tú no podrás nunca hacer en el resto de tu vida. Déjame obrar. Dame al menos una pensión mensual para la viuda, que yo te garantizo tu secreto y tu dignidad como si fuesen, que sí lo son, a fuero de amistad, míos.

Etzel permaneció inconmovible y ya huraño. Entonces se agigantó el espíritu censor de Onzaga, y paseándose con lenta marcha fue diciendo:

—La sociedad acogerá la queja de la viuda, y tu espíritu no podrá nunca obtener la plenitud de su propia fuerza, ni la dulce diafanidad de un gozo perfecto. Mide el paso que das hoy. Recuerda el angustioso instante en que el pugilista herido cae: sólo tiene diez segundos fugaces para recobrar aliento y volver en busca del triunfo. Diez segundos fugaces y perderá para siempre el prestigio de su nombre, la aclamación entusiasta de las multitudes, la bella alegría de la victoria. Diez segundos fugaces, que nunca se repetirán, que ya vienen, que casi se entrechocan, para levantarse y ser de nuevo el campeón, el héroe. Diez segundos fugaces....

Etzel sentía el vértigo de una terrible voluntad superior que lo iba dominando. En su garganta vacilaba un grito de piedad para su conciencia derrotada. Onzaga repetía con pausada voz, implacable de sinceridad y de autoridad:

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, ¿ves como van pasando? siete, ocho, nueve, ¡la última esperanza! Nueve..... nueve: un instante, un solo instante que cambiará para siempre el rumbo de una vida. El ojo angustiado de las multitudes que contempla al héroe de ayer, al ídolo idealizado del triunfo: ¿surgirá de nuevo; será, no será? Nueve, nueve, nueve.... ¡Diez!

Una puerta dio paso hacia los corredores exteriores a Onzaga, que ya sentía los ojos turbados por el llanto. En el interior de la alcoba una maldición sollozante rendía la cabeza orgullosa de Etzel. En puntillas se acercó una sombra rápida: era Gloria que recogía en su regazo la cabeza del vencido.

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, ¿ves cómo van pasando? siete, ocho, nueve, ¡la última esperanza! Nueve... nueve: un instante, un solo instante que cambiará para siempre el rumbo de una vida. El ojo angustiado de las multitudes que contempla al héroe de ayer, al ídolo idealizado del triunfo: ¿saldrá de nuevo; será, no será? Nueve, nueve, nueve... ¡Diez!

Una puerta dio paso hacia los corredores exteriores a Ounaga, que ya tenía los ojos empañados por el llanto. En el interior de la alcoba una maldición sollozante rindió la cabeza orgullosa de Etzel. En puntillas se acercó una sombra rápida: era Gloria que recogía en su regazo la cabeza del vencido.

III

DESDE que los acontecimientos tomaron el rumbo que acabo de indicar someramente, todo el problema se me hizo espiritual: ya entonces pasó a segundo plano dentro de mí el arreglo de las dificultades económicas de la viuda de Evia por contemplar con ojos avizores la nueva conducta de estas almas en conflicto.

En primer término, la señora Etzel me regalaba la ocasión de penetrar un poco siquiera en el intrincado mundo de la espiritualidad femenina, de su sensibilidad diré mejor, y conocer en casa ajena lo que no me era fácil percibir en la propia por mi celibato e impericia del mundo.

Y así fue como, al día siguiente, habiendo ya partido Onzaga, escuché con ávida atención cuantas frases pudieran relacionarse con el drama íntimo a que Gloria me consideraba ajeno. Pude entonces confirmar mi idea, ya de antiguo entrevista en observaciones incidentales, de la gran reserva que el pueblo bogotano esconde bajo las apariencias de una fácil locuacidad. Algo de lo que el sajón ofrece a primera vista, pero sin la gravedad de su carácter, algo de lo que ocurre en el japonés, pero sin el mutismo de su aislamiento espiritual ante los extraños. Es una capacidad muy propia de este nuestro grupo racial an-

dino que sabe esconder sus secretos aparentando no guardarlos, y no por fingimiento, sino dentro de la más delicada cortesía. Porque pueden reír cuando tienen el corazón lacerado, comentar nuestras propias amarguras cuando las que a ellos aquejan son inmensamente superiores, y conservar un ritmo de gesto y de palabra en los momentos más azarosos de su vida, que es casi un derroche de heroísmo. He pensado que esta cualidad les venga por contagio de la raza indígena de estas comarcas, pues en ella se descubre en grado eminente la reserva de los propios sentimientos y la más deliciosa simpatía en el trato social, con ser de suyo tristes, como se revela hasta en los niños de pecho, que parecen estatuas de un Buda solemne. Estupefacto he permanecido en ocasiones al recuento de los dramas íntimos que uno de estos campesinos me refiere con la más bondadosa sonrisa, y he ahondado en el análisis de su sensibilidad por ver de informarme si no estriba ese maravilloso refinamiento en una apatía recóndita, pareciéndome al fin ésta una explicación deficiente, al menos, si no errada. Entre otros casos de la vida profesional, recuerdo uno que grandemente me desconcertó: un hombre de hasta cincuenta y cinco años me pide remedio para ser tan fuerte de pasiones como en plena juventud. No siendo anormal lo que le ocurre, ni extremada su depresión, sino quizá conveniente para su vida, vacilo dentro de una comedida discreción médica. El sonríe benévolamente y añade una como frase incidental, como algo insignificante:

—Es que ella (ella es su mujer) me ha desgraciado (me ha sido infiel).

—Yo no comprendo cómo pueda usted remediar su situación con lo que me pide.

—Por lo que ella es joven y él es también joven.

Y al decir «él es también joven» sonríe con la misma impenetrable sonrisa de quien refiere una anécdota de sus antepasados.

—¿Usted le ha explicado a ella su mala conducta?

—Sí.

—¿Y qué le contesta?

—Se disgusta más conmigo.

—¿Por qué no intenta alejarla, cambiar de domicilio, evitarles la oportunidad tentadora?

Con la misma dulzura en la voz añade:

—¡Yo qué saco! (Yo nada gano con ello). Se persiguen a todas partes y se juntan apenas me descuido un trisito (un momento).

—Entonces aléjese usted y haga su vida de otra manera....

—Es que no arrisco. (Es que yo no alcanzo a realizarlo).

—Pero, ¿por qué no?

Mueve la cabeza a un lado y a otro, y sin mudar el suave tono de la voz replica:

—¡Es un caso, doctor! Es que yo no la quiero sino a ella. (Es muy raro, doctor, pero sólo la quiero a ella).

Un poco amostazado ya, le insinúo:— Otra mujer bonita podría curarlo de ese apego.

—¡Eso qué! (¡no pude!)

—¿Por qué no?

—Como si no fuera hombre: no me tira.(No me atrae).

¿Será insensible al pudor este hombre? Lo escarmeno espiritualmente un poco más.

—¡Hasta malos pensamientos se le habrán ocurrido a usted!

—Ello sí. Yo lo iba a tortoliar. Pero no ve que los hijos? (Así es: intenté matarlo, pero el recuerdo de mis hijos me lo impidió).

Y salió con su receta, amable, sonriente, como quien se despide de una charla amena y trivial. ¡Ese hombre que iba equilibrando sus pasos entre la suprema angustia y el crimen!

Cuántas veces ante hechos de esta profundidad pasional, me ha dejado confuso el ánima laberíntica de este pueblo. Y así, cuando escuché de labios de los Etzel bondadosos conceptos sobre Onzaga, no los tomé en cuenta. Atisbé el colorido general de la conversación, la incidencia de los temas que solicitaban su atención en esos instantes, y pude, de esta manera, sorprender en la señora Etzel un comentario dolorido de la actitud de Onzaga, dicho a propósito de tercera persona:

—¡Es que hay gentes que quieren acaparar la honradez!

Le dolía la derrota de su esposo. En esta frase se simbolizaba un resentimiento contra Onzaga. Yo me pregunté con impertinente curiosidad: ¿llegará hasta odiarlo? Otra frase incidental me informó de que ella se había colocado sinceramente de parte de su marido:

—La bondad o maldad de un hombre no se puede juzgar por las apariencias exteriores.

Lo que me desconcertó fue el encontrar en una mujer tan distinguida y ecuánime opiniones francamente adversas a la familia de Evia, a la viuda de Evia, que sin ser maledicentes, sí menoscababan la simpatía a que era acreedora por sólidas razones de distinción social y de conducta. En lugar de inclinarse su enconía hacia mi amigo, se arraigaba en la viuda. ¿Por qué? Tal vez una abscóndita rivalidad de sexo. En todo caso yo no pude entenderlo entonces, ni lo entiendo bien aún.

Lo que sí me pareció evidente en todo su alcance fue la redoblada dulzura con que en esos días trataba a su esposo. Y con tal primor de espíritu lo fue guiando que éste pareció reaccionar muy pronto del rudo golpe de aquella noche, para él trágica, y para mí, que estaba en su secreto, poco menos que esquiliana e irremisible.

*

AMPLIAMENTE discutimos Onzaga y yo de las nuevas condiciones en que se colocaba su amistad con Etzel. Rota había quedado por una de sus bases al desaparecer la confianza moral que es el fundamento más noble de ella, pero yo me opuse a que se destruyese del todo, pensando en lo muy eficaz que aún podía ser el equilibrado espíritu de mi amigo en las actividades del otro y en cualquier inesperado rumbo de los sucesos de Evia. Comprendo que asumí una posición moralmente flaca, mas me

pareció, como aún hoy día me lo parece, ser la amistad un valor vital superior a muchas nobles conveniencias, un refugio humano contra el aislamiento del espíritu, más bien que el mutuo apoyo de opiniones y de caracteres semejantes.

—Escucha, Onzaga, la amistad sólo se hace en las horas anhelantes de la lucha, en la tensión pasional de la juventud, en las aulas de estudio, en la barricada de los supremos esfuerzos del trabajo. A nuestra edad descontamos un amigo por muerte o ausencia a cada instante, y por ser los que bien nos quieren necesariamente pocos, cultivemos con esmero cuidadoso los que aún nos quedan.

—Es una ilusión tuya, y muy tuya, el suponer que Etzel quiera continuar siendo amigo mío. Le estorbaré espiritualmente.

—Por unos cuantos días. Después vendrá la reacción con un sentimiento agigantado. Sentirá gratitud de que no le abandones. Hasta querrá ser mejor para ganarte a tí.

—¡Ensayemos la prueba! Ahora, quisiera que tú me ayudases a llevar a cabo un pensamiento que me ha ocurrido. ¿De qué manera pudiéramos prestar un apoyo económico a la viuda de Evia, sin herir su delicadeza femenina y social?

—Esto es para mí obra de poca meditación. No podemos ofrecerle nada en nombre de Etzel porque no es verdad y no sería honrado el fingirlo así. Pero yo puedo hablar de tal manera que deje a ella libre de interpretar como guste el origen de todo y a salvo su recato femenino.

—No es tan fácil como se te ocurre ahora. Si supone que Etzel le destina una pequeña pensión se sentirá siempre ofendida de lo poco que ella representa, y si supone que es de otro origen, estará siempre preocupada y curiosa.

—Mi plan es muy sencillo: le quitaré toda esperanza primero, y más tarde, muy lentamente le iré haciendo concebir ligerísima ilusión, de manera que al conocer la realidad se halle sorprendida del resultado feliz de nuestra misión. ¿Cuánto?

—Algo así como el valor del alquiler de una casita, para que esté a cubierto de la máxima preocupación de una madre. ¿No te parece?

—Excelente.

Y fue así como Onzaga entró en relaciones de amistad con la familia Evia, pues yo tuve el cuidado de sugerir que a él se debía todo lo alcanzado tras una gimnasia de ilusiones y desesperanzas que duró largos días. Siendo Onzaga miembro de varias sociedades de beneficencia, a la señora se le hizo muy difícil escudriñar nuestra combinación. Ni estaba ella para tánto: enfrentada a una vida en adelante azarosa, tuvo que consagrarse al rudo trabajo improductivo de la mujer en nuestro medio social. Y aunque recibió de todos lados, con la gentileza de una sociedad que sabe apoyarse discretamente, mil pequeñas muestras de atención y velado apoyo, la vida es más larga que la caridad, de donde que a medida que pasaba el tiempo la lucha se hiciese muy pesada e infructuosa.

Un problema de capital importancia tuvimos que

resolver por entonces, al aconsejar a la familia que se sacrificase hasta el último extremo por la educación universitaria del hijo. Con poco que estudiase, Onzaga vendría en su apoyo y obtendría para él una colocación remunerada que le permitiese salir avante y proporcionar algún desahogo a los suyos.

Las condiciones de orfandad exaltan las buenas cualidades del hombre y son a la manera de un fermento espiritual de nobleza y de energía. Tal ocurrió esta vez, porque el joven Evia desarrollaba rápidamente una personalidad varonil, consciente de la grave misión que la vida le ponía por delante.

No ocurrió lo mismo con el hijo de los Etzel, quien a medida que avanzaba en edad mostraba un temperamento inconsecuente, extremoso en proyectar cada día alguna idea, con tan grande entusiasmo que parecía ser de toda su vocación, y tan poca persistencia en sus propósitos que desconcertaban como mero capricho infantil. Brillante en la imaginación de sus discursos, daba la primera impresión de un joven inteligente de razonamiento hábil, mas yo podía discernir en sus opiniones una relativa vaguedad en el enlace ideológico y, sobre todo, inconexión entre el valor de lo ideado y la emoción que la acompaña. La ideación misma fluctuaba a veces. En cierta ocasión emprendió un viaje a pie hacia una de las poblaciones de Oriente, y con este motivo me consultaron en su casa sobre las condiciones nerviosas que estaba manifestando.

—¿A dónde pensabas ir tú, Etzel? le pregunté.

—Yo no sé. Tenía deseo de andar, de ir muy lejos.

—¿Y llevaste dinero?

—No.

—¿Por qué no?

—No quería sacar nada de mi casa.

—¿Estabas disgustado con alguno de los de tu casa?

—No. Estaba como intranquilo. Quería irme, no importa a dónde.

—¿Y no comprendías que te haría falta el dinero?

—Yo pensaba que podría trabajar.

—¿En qué?

—Yo no sé. En cualquier cosa.

—¿Sufriste mucho?

—Sí. Llegué a Chipaque muy cansado.

—¿Comiste?

—No.

—¿No tuviste hambre?

—Sí.

—¿No inventaste algo para comer?

—No. Al día siguiente la señora de la posada en que me quedé esa noche con unos arrieros, viendo que no pedía nada, me ofreció el desayuno. Lo tomé.

—¿Qué hiciste después?

—Pensé en mi mamá y me dio mucha tristeza y regresé a la casa.

—¿Qué les dijiste al llegar?

—Nada.

—¿No les pediste perdón?

—Tenía ganas de llorar.

—¿Y lloraste?

—Me encerré en mi pieza.

De esta manera, sin lograr que hablase de seguida, siempre en contestaciones lacónicas, arrancadas casi a la fuerza, se desarrolló nuestra conversación, quedando indeciso del consejo que hubiera de dar a sus padres sobre el porvenir de este joven. Lo primero que se me ocurrió fue que el trabajo en el campo, en una hacienda, pudiera serle útil para buscar en la naturaleza mutación orgánica que equibrase el grave desorden ya iniciado de sus facultades psíquicas. Mas esto significaba un trastorno fundamental en las costumbres de la familia y en la educación del hijo. También recordaba haber tenido fracasos en tentativas semejantes de restablecimiento de la salud mental de estos atormentados por deterioro de ella. ¿Que entrara entonces a la facultad de derecho, como era el deseo de sus padres? Emplear esa mente en algo que la distrajera de una rumia en el vacío, era prudente, mas sin fatigarla. Se me ocurrió hacer una tentativa, aconsejando que tomase dos cursos solamente de los de primer año. Y así se hizo.

*

ESTAS graves preocupaciones de la familia Etzel constituyeron el puente natural por donde Onzaga reanudase la intimidad con ellos, y la manera gentil como les prestó ayuda en la dirección de su hijo dentro de los claustros de la facultad y en la orientación de los primeros estudios, fue fundamento suficiente para una renovada simpatía.

Ya por entonces estaba yo metido en el centro de estas relaciones y casi por igual visitaba con Onzaga la casa de los Etzel. De ahí surgió un proyecto de la señora con relación a mi amigo, consistente en tenderle muchos lazos de matrimonio, porque, me decía ella, un hombre de estas cualidades no debe permanecer soltero.

Por mi parte presté toda mi colaboración en la divertida comedia a que íbamos a someterlo, muy seguro en lo íntimo de mi conciencia de que fracasaríamos ruidosamente. El lector me perdone, mas ¿cómo desechar tan inocente campaña, si con ello obtenía un delicioso estudio de caracteres? Y así ocurrió que ella inventase las visitas de las que pudieran ser candidatas al amor de nuestro amigo, mientras yo le conducía, a la hora conveniente, y me prestaba al juego infantil de aislarlo en conversación con la novia en cierne.

Mas hé aquí que tales planes tuvieron dos tropiezos definitivos. Por una inexplicable ceguedad estética de la señora Etzel las novias que se le ocurrían para mi amigo estaban dotadas de todas las virtudes imaginables, pero ciertamente nó de la muy perecedera y relativa de los encantos físicos. Era un gerifalte para distinguir a distancia las más sólidas virtudes morales y sociales, que no parecía sino que tuviese una visión especializada para la pesquisa de la santidad; mas por lo que a gracia y donosura material hace, a provocadoras líneas de la estatuaria femenina, estaba de acuerdo con los más renombrados panegiristas del cristianismo en considerarlas moneda falsa y apariencia engañosa.

La otra dificultad la entreví poco a poco al notar

con sorpresa agradable que mi amigo prefería, y con mucho, visitar la casa de Evia. De modo que si yo invitaba para los Etzel él se desquitaba invitándome luégo a los otros.

Para mis ojos, acostumbrados a contemplar el juego sencillo del amor, esto no revestía caracteres de misterio, apenas obraban las fuerzas sutiles de la vida en el corazón de Onzaga, haciéndolo enamorarse de una de las Evia. El encanto de una graciosa juventud, la sonrisa que florece en el clavel inmaculado de unos labios frescos, un par de ojos que miran jugueteando y como asombrados aún del dón hechicero de la existencia, no podían menos que atraer el corazón intacto de mi amigo. Yo le veía transformarse en sus maneras, irradiar inesperada curiosidad por las mil pequeñeces deliciosamente ingenuas que llenan el corazón de una niña, tomar en serio el calidoscopio de las mil y una trivialidades que agitan la imaginación de la mujer. Respeté su secreto cuanto él quiso ocultarlo, por darle el placer infantil de desplegar una astucia de escondite, no sin que mientras él se mostraba más seguro de su custodia, la señora Evia y yo hiciésemos regocijado comentario de lo que estaba ocurriendo.

No así Gloria Etzel, tan perspicaz en la intuición de lo que ocurría en el alma de su esposo y de su hijo, ante el estado espiritual de Onzaga permaneció incapaz de la menor adivinación. Y esto sí fue nuevo para mí, este cegarse de una inteligencia femenina tan penetrante de suyo y tan hembra en todo, de ahí que mi curiosidad estuviese alerta por hallar nuevos rum-

bos en esta intrincada psicología de las mujeres, diáfana por momentos, sutil y endiablada a veces, augusta en ocasiones en el desentrañar el motivo recóndito de la conducta en los seres que aman.

Muy pronto obtuve la clave de ello. En una confidencia que hizo a Onzaga ilustró los dos puntos fundamentales de su estado espiritual.

—Usted ha sído gentil con nosotros, le dijo emocionadamente: Siempre tuvo la delicadeza de hablarme con respeto de mi marido, y yo, que sé lo que ocurrió entre ustedes, aprecio esta elevación de su espíritu, casi venerándola. Nuestro marido puede tener mil graves defectos, pero que nadie nos los enrostre explícita o veladamente, porque nos sentimos humilladas y vengativas. Nosotras conocemos nuestros hombres con meridiana lucidez, y deploramos sus vicios y sus faltas, y sin embargo los defendemos con una implacable sinceridad. ¿Por qué?

—Son algo propio. Si no son alma del alma de ustedes, son, cuando menos, parte integral de su existencia. Usted, Gloria, tiene razón en cuanto me está diciendo, y hallo justo y encomiable lo que ello significa.

—Y sin embargo, mi vida está amargándose cada vez un poco más. Siento que mi marido no me pertenece, que se aleja de mí espiritualmente. Sus preocupaciones son por el dinero, la ambición desenfrenada de una política que me asquea más y más a medida que mejor la entiendo y trato.

De esta manera fue exponiendo a Onzaga todo un estado de malestar íntimo, un desorden en sus afec-

tos, que si bien podía interpretarse como solicitación de apoyo espiritual, a mi se me ocurrió ser un estado de amor por mi amigo. En mujer de tal ponderación de espíritu el expresarse con despego y poca estima de su hombre no se verifica por exigencia natural de desahogo: la mujer tiene el corazón abonado para el secreto de sus dolores íntimos. Esta confesión esconde casi siempre la necesidad de justificar otro sentimiento que ya le muerde la conciencia con sutil reclamo de atenuaciones. Es como si el corazón, tocado de urgente anhelo de nueva ternura, dijese a la conciencia vigilante: ya puedo amar libremente, porque mi otro amor me abandona y desestima.

El muy bueno de Onzaga no se dio cuenta de cuanto estaba ocurriendo en el espíritu de Gloria Etzel. Se deshizo en mil y mil consolaciones platónicas que ella aceptó con aparente gratitud, mas en el fondo con irritación profunda de su ánimo y deseos de contradecirle acremente.

Esta mi visión de aquel estado espiritual de la señora Etzel se me hizo evidente al conocer su deseo de colaborar en las empresas de Onzaga. Lo único en que no pudo seguirlo con sinceridad fue en el proteger a la viuda de Evia. Algún velado sentimiento de instintiva esquivez la hizo desviarse de este camino por el cual mi amigo y yo quisimos hacerla ir. Es cierto que no le era fácil el prestarnos un apoyo material, porque su esposo, a medida que ampliaba sus caudales, desminuía los gastos de famlia con severas órdenes de restricción. Con todo, yo adivinaba que este motivo de conversación le era antipático por razones distintas de las que a él ligaban a su marido y de las que a ella ligaban económicamente. Y nunca pude desenredar todos los giros y meandros de esta madeja sutil.

En cambio sí me fue dado observar una instintiva adivinación por parte del corazón masculino, aparentemente tan ciego a la intuición de los sentimientos. Etzel, feliz en un principio con la renovada amistad de Onzaga, tornábase cada día más alejado de sus opiniones y gustos, más esquivo a su manera de ser. En el fondo de su pensamiento surgía una firme enemistad, que sólo a su mujer revelaba, tratando de ridiculizarlo en todas sus actividades. Y es curioso anotar esto, ella le escuchaba atentamente sin oírlo: descontaba, silenciosa, el total del valor de estas opiniones. Más aún: tales opiniones la confirmaban en su aprecio de mi amigo, por un fenómeno natural de rebeldía.

De esto pude darme plena noticia con motivo de una conferencia de Onzaga en la facultad de derecho. Tenía él por costumbre la muy encomiable de alejarse a veces del tema obligado de su curso para discutir ampliamente algún intrincado problema de cultura general, como por sentar doctrina en ciertas materias o desahogar su espíritu.

*

ESTE fue un grave acontecimiento.

Cuando Onzaga anunció su conferencia los estudiantes de la facultad de derecho se apresuraron a difundir la noticia, y en pocas horas hubo en los claustros grande expectación y vivos comentarios sobre el tema que esta vez desarrollaría, tanto más interesantes y animados cuanto que él no quiso anticiparles ninguna idea al respecto. Los de primer año de estudios mostraban una ardiente curiosidad por conocer estas renombradas exposiciones del maestro preferido, y los que ya le conocían, imaginaban y por anticipado comentaban sus ideas.

De ahí que al sentarse a la cátedra aquel día, el salón estuviese lleno de muchachos alborozados que habían desertado sus otros cursos por venir a escucharle. El se sintió ligeramente azorado al entrar, por ser de suyo tímido y parecerle aquella manifestación tal vez exagerada; mas recobrando su natural aplomo, después de una titubeante introducción exculpativa, soltó de una vez la prenda de su pensamiento íntegro:

—Quisiera hablarles hoy del concepto de santidad y de algunas modificaciones que la ética está padeciendo en nuestros tiempos.

La lectura de la vida de los grandes hombres que más han influido en la creación del espíritu humano nos advierte que la santidad no es una mera virtud religiosa, sino la expresión o actuación de la personalidad libre. Mas no entiendo yo por libre la que se manifiesta sin coerción externa, la que obra sin obstáculos sociales o materiales, sino la que ha sabido y ha podido vencer las propias limitaciones, las que nos vienen de las múltiples exigencias del yo y de la vida individual. En este sentido pudiéramos decir que entendemos por personalidad libre la que se ha liberado de las restricciones del egoísmo, de las restricciones «inútiles» del egoísmo.

No vayan ustedes a imaginar que esta declaración ha de conducirnos a admitir el ansia mística de las mortificaciones de la carne o de la limitación de los placeres inocentes del espíritu como norma o siquiera ruta de la santidad. La mortificación que han proclamado y practicado los grandes ascetas de casi todas las religiones, budismo y cristianismo eminentemente, ha sido el error fundamental en la apreciación de este concepto, de su desviación deletérea que lo hizo antipático al hombre civilizado de todos los tiempos y logró sepultar bajo siete sellos de ironía a la virtud máxima. La mortificación que condujo a afear el cuerpo del hombre, urna de ámbar bellamente torneada, cuyo contenido no sabe aún descifrar la ciencia ni evocar, sino vagamente, la más encumbrada poesía, la mortificación que restringió el ejercicio de excelsas facultades, sujetándolas a un clisé único de elaboración mental, la contemplación del propio menosprecio, no la podemos aceptar como signo, ni siquiera como auxiliar, ni aun como sierva sumisa de la santidad, porque santidad es la exaltación hacia su máximo de potencia de la persona humana: belleza, alegría, conocimiento, creación y donación.

Miren ustedes que no hablo de salud, porque la belleza no puede ser sin ese requisito; que aparto la alegría, con ser consecuencia de las otras virtudes, por expresar ella, mejor que de ninguna otra manera, nuestra gratitud por el hecho inexplicable y gracioso de existir; que digo conocimiento y no verdad, pues aun errando el hombre que emprende el conocimiento de su mundo y de su espíritu, cumple su misión y ennoblece su vida; digo creación para quienes puedan realizar alguna en la esfera de sus actividades, desde un hijo, que si bien se prepara para vivir socialmente es ya un artefacto del espíritu, hasta las obras afortunadas del genio, que no nos es dado a todos elaborar: entiendan, sin embargo, que hay mil y mil pequeñas creaciones que son en el desenvolvimiento histórico de la humanidad la masa mayor y de más firmes resultados para la lenta construcción del hogar de nuestra vida, hojita parva y casi imperceptible que cada hormiga aporta al común haber o gota de almíbar que poco a poco enriquecerá la colmena de maravillosa plenitud.—Quizá hayan ustedes notado que hablo al fin de una donación. ¿De cuál? ¿Y por qué tan aparte la coloco? Es que todas aquellas cualidades y virtudes dejan de serlo sin éstas, y que sólo por el ejercicio de la donación se realizan y son fecundas. Muy claramente lo comprendieron los hombres primitivos cuando, quizá desde el período de las cavernas, concibieron a Dios como a un sér incapaz de soledad, y le dieron la paternidad del mundo. Si ustedes me perdonan la reminiscencia verbal de los viejos apotegmas filosóficos, les diré

que «sólo el que da es». De donde el que en el concepto de santidad se vea históricamente desenvolverse la donación más y más perfectamente, hasta la culminación de darse la totalidad del yo al bién de los hombres en una éxtasis de caridad. La alegría de una donación es la más pura: las mujeres entienden de esto inefables emociones que nosotros nunca podremos discernir correctamente; los héroes que van al sacrificio obedecen a una fruición de más elevada categoría que la del goce sensual, y los sabios que consumen en permanente vigilia el tesoro de sus capacidades, sonríen interiormente a una beatitud inexpresable. Ni se diga que pasaron o van ahora ya pasando los tiempos de esta misteriosa vocación de darse: ¿No han parado ustedes mientes en la conversión de los magnates del dinero en todas las plutocracias del mundo hacia esta extraña función de dar, de darse?

El héroe, el santo, el filósofo, el sabio y el potentado del oro, productos adecuados a cada etapa del devenir de las civilizaciones, expresan la misma entrañable vocación del sér: la vocación de darse para seguir siendo.

E implica el darse una mayor sutileza y exquisito refinamiento. Para darse todo sér se decora de su máxima capacidad eficiente. Todos lo vemos suceder así en el amor, desde las escalas zoológicas inferiores hasta nosotros los que al parecer somos más conscientes de la vida. El artista depura su obra con parsimoniosa lentitud de años, por darse a la humanidad más íntima y totalmente. El sabio repiensa sus juicios hasta hallar la fórmula impecable de una sen-

cillez majestuosa. No mancha el héroe el esplendor de su sacrificio con gritos de llanto o gesto mediocre de pavura.

Con ello quisiera afirmar en el entendimiento de ustedes la indeclinable conveniencia de embellecer día por día un poco más este conjunto de potencias y de posibilidades que llamamos personalidad, en elegante abreviatura.

Muchas cosas se desprenden de esta posición espiritual, que aun pudieran parecer triviales o anodinas a hombres como ustedes que se inician en la contemplación de los problemas mayúsculos, heroicos, como ahora dicen, de la vida social. ¡Empero, quien descuida los pormenores de un plan de acción fundamental, puede hallarse de pronto al frente de un fracaso, que por inmerecido no será menos grave. Y así me siento justificado para recomendar a ustedes el más esmerado empeño en cuidar de su persona física, en el trabajar, en el comer y en el vestir, procurando embellecerla hasta el límite de sus posibilidades. Acepto con júbilo el fervor con que las mujeres aprovechan los innumerables recursos del arte y de la higiene, de la medicina y de la astucia para conservarse jóvenes o parecerlo dignamente. El enorme bien familiar y social que esto aporta y la ingente alegría que a todos dispensa hacen grata nuestra vida y más eficaz el esfuerzo de cada uno de nosotros.

De rudas épocas nos ha llegado el concepto, muy arraigado todavía, de que el hombre ha de ser mal pergeñado y un si es no es tosco de carácter para dar la impresión de enérgica masculinidad, de entera

varonía. Es ésta una de tantas opiniones—rezago de los tiempos en que la lucha brava entre nación y nación, entre clan y clan, entre individuo e individuo exigía reservar para la fuerza bruta la total economía del sér humano. Mas hé aqui que la modernidad nos está enseñando que la seda, con ser tan suave, no cede en resistencia a los más ásperos tejidos, ganándoles también en recibir armoniosamente las tonalidades del color y de la luz.

A ustedes, estudiantes, reclama preferente atención la disciplina de las facultades mentales, instrumento de suyo ya precioso, pues nos ha venido colocando en un nivel de excepción privilegiada dentro del universo que nos sostiene y complementa, y para ustedes primordial en el derrotero del triunfo.

No es al acaso como debemos emplear estas potencias del espíritu. Ellas tienen también su propia y peculiar higiene o economía de acción. Nuestro grupo racial las descuida en tres puntos fundamentales: en el escogimiento de los fenómenos a que deben prestar su atención y en el prestar ésta firmemente: en el estudio orgánico de esos fenómenos, que haga de nuestros conocimientos una verdadera elaboración personal, con nociones precisas sobre su origen, su concatenación y su eficacia; y por último, la reflexión con que debemos repasarlos en la mente a fin de extraer de ellos el mayor contenido que esté a nuestro alcance, y aun—¿por qué no?—contribuir a su ampliación y desenvolvimiento. Las lenguas clásicas, la historia de las ideas y la biografía de los grandes hombres, de una parte, por comunicarnos el conteni-

do espiritual que nos engendró lo que somos; las ciencias físico-químicas y las naturales, precioso conjunto del saber contemporáneo y disciplina metódica del entendimiento, por otra, merecen nuestro amor más diligente. Las matemáticas y el conocimiento del alemán han venido a ser en esta hora, y muy principalmente para nosotros los colombianos, instrumentos de labor que no sé como encomiar a la altura de su conveniencia y eficacia.

En el ejercicio de nuestras facultades mentales debemos cuidar también de su vocación y descanso, si queremos hacerles más fácil el triunfo. Hasta el ocio y recreo de ellas podemos usufructuar para su vigor y afinamiento.

Estas vagas nociones me sirven de preámbulo para abordar ante ustedes el estudio de las causas que traen más turbada y ciega a la presente generación. El desarrollo de la industria y el crecimiento correlativo de la riqueza de las naciones contemporáneas ha agigantado la ambición individual por el dinero que compra comodidades y da prestigio. La natural y legítima aspiración al triunfo, que emana del instinto de afirmar nuestra vida en el espacio y en el tiempo, de hacerla perdurable en alguna forma, ha abandonado las viejas rutas del ideal para buscar el éxito ruidoso de la fortuna pecuniaria. Y como esa aspiración presupone un combate desesperado, los principios éticos que antes regulaban estas lides tienden a abandonar el campo para dejar libre espacio a la astucia, a la audacia y mayor fuerza. El triunfo quiere justificarse por su sola acción de presencia.

Esta situación nos coloca en el caso de aquellos aviadores que al querer surcar los mares se ven de pronto sumidos en inmensas masas de niebla, en que, al decir de pilotos y experimentadores, como lo exponen Ocker y Myers, se trastorna y aun se invierte el sentido de la orientación sensorial, hasta el extremo de creer el motorista que asciende en el espacio cuando en realidad va hacia la muerte en rápido descenso. Este vértigo que produce la desorientación espacial, la inarmonía entre los datos del sentido y los datos del entendimiento, estudiado por un escritor colombiano desde 1926, se ha presentado ahora en la esfera de la moral, desequilibrando la conciencia de las masas y llevando al crimen a muchos individuos.

Cabe, pues, preguntarnos si asistimos a un cambio de valores en el mundo de la moral, y debemos, por lo tanto, aceptar nuevas normas de conducta, o si meramente confrontamos un pasajero desorden de la orientación psíquica del mundo contemporáneo.

Dos pueblos abarcan en este instante el máximo de las aspiraciones contrarias en este problema. La nación norte americana, capitalista, industrial y propugnadora por excelencia de los sistemas del triunfo por el mayor esfuerzo individual y la loca audacia; y la nación rusa, que ensaya con tesón heroico la descalificación de esta lucha.

Una primera verdad desconcierta mi espíritu: en la América del Norte esta ambición desenfrenada está conduciendo a una extensión gigantesca del crimen. Los altos salarios, los crecidos dividendos industriales, el acaparamiento de la riqueza universal, que hu-

bieran debido satisfacer al anglosajón norteamericano, le han trastornado la sesera y, ya enloquecido, va destruyendo los postulados de la conducta que proclamaron, y a los cuales sirvieron lealmente, los grandes ciudadanos de esa república en el comienzo de su historia.

Rusia, en cambio, está elaborando un nuevo concepto de la vida, que me parece el más grande ensayo de creación moral que registra la historia, después del bello drama del cristianismo en los tres primeros siglos de su aparición. Digo esto con timidez, porque soy consciente a la fórmula de que no hay nada más difícil para los pensadores que el desentrañar la verdad que su tiempo está incubando, que el avizorar el mensaje del presente.

El instinto eslavo está atacando las dos causas de lucha suprema que dividen a los hombres y los precipitan al suicidio de su espiritualidad: el dinero y el amor. Abaratado el amor hasta ser un fenómeno normal en la vida del hombre, y niveladas las comodidades por un patrón común, no digo que la naturaleza humana habrá dejado de ser lo que ha sido, la esencia no se cambia conservando el sér, pero sí perderá la combatividad exagerada del hombre su acicate más agitador y enervante.

Tres grandes inconvenientes han hecho excesivamente costoso el amor: La indisolubilidad del matrimonio, las enfermedades que acompañan su comercio libre y el desamparo de la maternidad ilegal. Me parece que ha llegado la hora de proclamar que estos inconvenientes no son invencibles, que son ya fácilmente solucionables dentro del avance de la civilización y de la cultura contemporáneas. La prodigiosa magnitud de las consecuencias que al ciudadano y a las sociedades aporta el ejercicio de las inclinaciones ingénitas al amor dentro de las normas tradicionales en que lo hemos colocado; y las consecuencias que se desprenderían de nuestra liberación de la angustiosa expectativa en que nos tiene, con detrimento de la aplicación de nuestras mejores facultades al desempeño de otras funciones del espíritu, no puede escapar al azorado criterio de las nuevas generaciones, torturadas por la necesidad de una radical renovación de ideas que alivien al individuo sin envilecer la especie.

¿Triunfarán los rusos? Yo no lo sé. Ni es ésta la hora de estudiarlo aquí. Mas si triunfaren, la actividad de los hombres tomará nuevos rumbos, y asistiremos a una etapa de valores morales y de idealismo desconocida en la historia.

Por mi parte he aducido ante ustedes este ejemplo para evidenciar hasta dónde es peligrosa. Supuesto que hiende la base milenaria de la cultura, esta sed de amor y de dinero que nos conduce individualmente a la vesania de la razón y de la moral. Quisiera solamente deducir de mi somero análisis un argumento que encomie la buena conducta, triunfe esta o esotra de las dos tendencias rivales del mundo contemporáneo: El ir contra los mandamientos que informan nuestra conciencia moral, no importa si acertada o no, minora las energías de nuestra personalidad, nos incapacita para desplegar el máximo

de nuestro espíritu. Y así les digo que el injusto defraudador de su moral es siempre un sér que se debilita, que no puede crear con la plena capacidad de sus capacidades. La lucha interior consumirá mucha parte de su fuerza. La noción anticipada de un descuento de simpatía con que la sociedad, hogar espiritual suyo irrecusable, habrá de recibir su triunfo, restará poder y entusiasmo a sus labores, aun a aquellas que consisten en la elaboración subconsciente de sus obras. Y esta disminución de la personalidad abarca, desgraciadamente para los audaces, no importa su mayor o menor dosis de cinismo, la capacidad de gozar del triunfo: desintegra la alegría, si es que no la anula totalmente.

Por estas consideraciones puedo afirmar a ustedes que ningún caudal del mundo vale la pena de sentirse uno inferior a sí mismo. El tráfico de la vida, este cambiar horas por oro, es necesario para la equilibrada economía de la producción. Es el imperativo ineluctable de la vida. Pero, cualquiera cantidad que nos den por una hora de vida nos engaña. El dinero es ilimitado, y muy limitada es la vida del hombre. ¡Una hora: el que sólo tenga una dirá lo que vale!

¿Quieren ustedes que demos un paso más y comentemos el fin del hombre? A ello nos convida el estudio que hemos iniciado de sus virtudes e imperfecciones, de sus triunfos y derrotas: su personalidad tiene que amoldarse a ese fin en alguna manera. Ese fin organiza las mismas fuerzas que a él tienden. Debemos, pues, estudiarlo como un modelador de nuestra propia alma. Tiene un valor moral.

Probablemente hayan leído ustedes el trabajo que Max Scheller publicó a fines del año pasado sobre el porvenir del hombre. Participo de la estimación de ustedes por el eminente filósofo alemán que tánto interés tuvo por los problemas del espíritu. Esta vez, sin embargo, he tenido que alejarme un poco de sus meditadas conclusiones sobre el fin de la especie humana. Considerar que el hombre como organismo es una entidad biológica estabilizada definitivamente, es una ligera aventura de pensamiento. A las muchas y sólidas razones que apoyan el juicio del pensador germano, podemos oponer un argumento fisiológico y otro, más importante, espiritual. El organismo humano está continuamente variando, actuado por las mezclas de razas, por la acción de los climas, por la repercusión de las creaciones de su inteligencia sobre su estructura material. Entre la definición de la hormiga, que hace quinientos mil años era lo que es y hacía lo que hoy hace, y el hombre neolítico comparado con nosotros, hay evidente indicio de lenta evolución por parte de la especie homo. Las glándulas internas, la fisiología de la mujer y del niño, del adolescente y del anciano, no son ahora las que fueron en la edad media. La lentitud de un proceso no autoriza a negar su existencia. Las mismas facultades mentales adquieren hoy día una madurez precoz y una mayor agilidad que en tiempos no muy lejanos aún. Pero, es sobre todo de la consideración de que la vida de la especie se modifica exteriormente, de que en ella hay un componente funcional extraorgánico que no puede descuidarse en estas lucubraciones, de don-

de surge un argumento incontestable. El termes o comején, como ustedes quieran llamarlo, es lo que es específica y biológicamente por sus órganos y por la termitera en que vive: su vida es lo que ésta y aquellos determinaron que fuese. Con lo cual significo que la evolución interna no impide el que consideremos la exterior como fundamental e inseparable.

El hombre ha peleado tres grandes peleas con el mundo ambiente; fue la primera para defender su puesto en el medio natural en que apareció, aquella lucha por no sucumbir a las inclemencias del ambiente físico y zoológico en que tuvo que actuar, la gran batalla de hacerse a un puesto seguro bajo el sol; en una segunda etapa entró a someter ese mundo al servicio de su especie, a dominar los elementos y las fuerzas naturales, a ser señor de la materia y de la vida, como está en vía de serlo mediante el progreso de la civilización; la tercera etapa apenas se inicia en una raya de luz, tenue alborada del espíritu, que hoy vagamente percibimos hacia el horizonte del futuro. En esta tercera faz de la evolución se cumple la conquista de la plena espiritualidad por el espíritu. Segura la especie materialmente, apoyada en las fuerzas sumisas del mundo, entra a conquistarse a sí misma, es decir a hallarse a sí misma, a desentrañar todo su contenido. Y así, conquista de la vida, conquista del mundo y conquista de la propia entidad conquistadora, son la escala de este delicioso clímax del desenvolvimiento vital de nuestra epecie. Con haber gastado siglos en las dos primeras lides, aún nos falta por realizar esfuerzos superiores y di-

fíciles. Esto marca el rumbo de la evolución, a la vez que de suyo afirma la existencia de esa misma evolución.

¿Hacia dónde, entonces, vamos como especie y como espíritu?

Sólo hallo una respuesta a este pensamiento que hace lustros me persigue con su bella inquietud: Vamos hacia la conciencia del sér. Tenemos adquirido un vislumbre de la conciencia del fenómeno, carecemos de la conciencia de la entidad en sí. La cultura, la ingente masa de hechos que vamos acumulando en el dominio del mundo exterior, se interiorizan y hacen idea poco a poco para capacitarnos a desenvolver una mayor espiritualidad. Lo externo y lo interno no los podemos aislar en este misterioso proceso de la vida humana, de la vida en general.

De lo cual deduzco para ustedes y para mi propia conducta la indeclinable necesidad de tratar la vida como un depósito sagrado, un mensaje de espiritualidad que debemos entregar incólume, pero acrecido de significación, a las generaciones futuras. El apartarse de esta norma trae consigo un desorden de la personalidad tan grande que su pena no puede ser compensada con ningún otro triunfo por brillante y eficaz que nos parezca. Es una consecuencia en que vemos sintetizarse los contrarios de la tradición ética: egoísmo y altruismo, pues el máximo altruismo sirve al «ego» en la eficacia de su plenitud espiritual.

*

COMO era presumible, los estudiantes se dieron a la tarea de comentar y aun de discutir prolijamente la conferencia de Onzaga, pues, aunque todos admirasen la elevación del sentimiento que la dictó, no todos la recibieron como interpretación justa de la agitación espiritual que hoy inquieta a los pensadores del mundo contemporáneo. Y así, ella cumplió su mejor cometido de afiebrar la mente de los universitarios con problemas de alta cultura. La mayor parte de ellos estaban tocados por el fervor que confunde al superhombre con el conquistador del buen éxito, y hallaron demasiado místicas e impregnadas de cristianismo las ideas de su profesor.

De ahí que esta conmoción dialéctica trascendiese a los hogares, y que el joven Etzel la comentase en casa suya en las horas de la tarde. Etzel escuchó el recuento de ella con turbado interés, un disimulado mal humor que emanaba de sentir criticada su conducta bajo el velo diáfano de una teoría. Lo cual fue una justa interpretación, porque el problema etzeliano acuciaba y relievaba inconscientemente todo el discurso de su amigo, y constituía la fuerza emotiva de él.

—Estas cosas, replicó Etzel a su hijo, delante de su mujer, tienen más consecuencias de las que Onzaga ha intentado sacar de ellas: El idealismo exagerado en que él las envuelve traería un desequilibrio en la conducta de los jóvenes si estos pretendiesen llevarlas a la esfera de la vida práctica. Todos

los que, como San Francisco de Asís, han renunciado a la lucha áspera de la existencia tienen que conformarse a una ejemplaridad trunca, sin hijos, sin medios materiales para dispensar el mismo bién que proponen, sin poder arrancar a la cantera del mundo en que viven los recursos con que pudieran engrandecerlo. Aun ellos tuvieron que apelar a los enérgicos cultivadores del egoísmo, de la audacia, del amor varonil por el triunfo, de los verdaderos conquistadores, en una palabra, para fecundar en algo sus propias ideas y dotarlas de relativa eficacia, hacerlas viables por algún tiempo.

El joven Etzel escuchaba a su padre con visible inquietud. Había simpatizado irrestrictamente con las ideas del profesor, y encontraba toscas estas otras opiniones. No tenía, sin embargo, la agilidad de pensamiento suficiente para emprender una defensa de tan abstrusas aspiraciones, y se contentó con afirmar tímidamente:

—Pero, la influencia de San Francisco ha perdurado más que las actividades de los magnates que en su tiempo representaban el espíritu de conquista y la imposición del egoísmo.

—¡Qué sabes tú! ¿Acaso el progreso que nosotros disfrutamos no es el heredero de las adquisiciones de esos hombres ignorados a quienes la audacia de una voluntad imperativa llevó al triunfo?

Gloria escuchaba con intensa preocupación. En el fondo de su alma entendía la grandeza de intenciones que resplandecía en el discurso de Onzaga. No quería hablar, sin embargo, temerosa de opinar en con-

tra de su marido, pero cuando vio al muchacho vacilante en su criterio, un no sé qué de impulso maternal defensivo, el recóndito deseo de conducirle noblemente, la hizo olvidar su prudente reserva y emitir algún concepto favorable:

—Yo creo que la vida exige una previsión esmerada para no tener que sufrir humillaciones y privaciones. Debemos reservar algo para nosotros. Pero la generosidad me parece muy encomiable, y en esto apoyo las ideas de Onzaga.

Fue como si un áspid hubiera picado el corazón de Etzel. Con evidente enconía replicó irónicamente:

—Onzaga puede dar esos consejos desde la altura de sus tres mil y tantos dólares de renta. Nosotros, padres de familia, tenemos que proteger a nuestros hijos de esas almibaradas opiniones.

Gloria olvidó por un instante su situación de esposa y dejó hablar a su corazón con arrebatado sentimiento:

—No. Yo creo que Onzaga es noble de espíritu por naturaleza, a más de rico de fortuna. Hay en él un acento de sinceridad que no engaña.

—Así lo probara el infortunio, dijo Etzel, y yo te lo mostraría a la par con cualquier otro.

Y exaltándose un poco añadió agresivamente:

—En el fondo todos los hombres son unos badulaques.

—Pero es mejor que vayamos enseñando a la juventud a no serlo, insinuó Gloria. Mas volviendo en sí de su fervor por Onzaga, plegó velas y corrigió su pensamiento: —Yo no puedo discutir contigo

de esas cosas, porque tú las conoces mejor y puedes dar un consejo acertado. Nosotras las mujeres somos un poco románticas.

—Y noveleras, aseveró Etzel, con marcado mal humor.

Gloria no recogió el guante.

Al día siguiente la conferencia dio motivo a más grave conmoción en la casa de Etzel. En los claustros de la facultad se había producido un comentario malévolo. Los estudiantes opinaban que en la intención de Onzaga influía grandemente la conducta de algunos políticos audaces y nombraron al mismo Etzel entre los más aludidos. Uno de los estudiantes llevó su imprudencia hasta expresarlo así en presencia del joven Etzel. Era la primera vez que éste se encontraba enfrentado a una agresión social de esta índole. Se defendió como pudo, mas fue abrumado con datos de sospechas de mala conducta de su padre, que lo hirieron hondamente y turbaron mucho su razón. En un rapto de despecho comunicó a éste cuanto le había ocurrido, casi agobiado por una crisis nerviosa.

¿Qué hago si me dicen otra vez que tú no eres honrrado?

Etzel, enfurecido, sacó de un cajón de su escritorio una pistola automática y se la mostró en silencio. El chico pareció calmarse, mas en el fondo de su conciencia el conflicto moral se hizo peor, y tuvo después una crisis de ansiedad que le llevó a aislarse en su alcoba y a permanecer ahí en intransigente mutismo.

Su madre, adivinando lo que ocurría, vino en su rescate, le habló con voz suasoria y dulce y tocó con bálsamo su herida sentimental.

—No tomes tan a pecho cuanto te dicen. El mundo es malo y querrán hacerte sufrir porque eres afortunado en dinero y buena posición. Ni creas lo que te han dicho de tu padre. El es orgulloso y no te explica nada. Pero es bueno en el fondo y te quiere.

Entonces el joven le contó lo de la pistola y le preguntó, reticente, si acaso eso no significaba que su padre carecía de razón.

Gloria estuvo a punto de perder el equilibrio de sus opiniones. No obstante logró rehacerse y salvar la falsa situación. Desvió de la mente de su hijo el germen de desconfianza que ya se iba insinuando en ella, y cortó de plano el atolondrado propósito de recurrir a las armas para defenderse. El golpe fue, sin embargo, demasiado rudo para la inestable mentalidad del joven, y por varios días se mostró taciturno y ligeramente extraño en su conducta.

Esto enardeció la mala voluntad de Etzel por Onzaga.

Gloria, en tanto, permaneció en una extraña perplejidad de sentimientos.

*

PARECE que todos los caminos de la vida desembocan a la misma planicie del amor. Gloria Etzel había meditado largamente en llamar a Onzaga a una conferencia para recriminarlo discretamente por cuanto estaba ocurriendo en su hogar, convencida, y por ello disgustada, de que en el fondo él había obrado sin medir las consecuencias de su discurso. Esta conferencia, realmente inútil para cualquiera de nosotros, le parecía a ella de una necesidad ineludible, y no hallaba ninguna razón en contra. Se deleitaba un poco en pensar en las mil cosas que le diría y en adivinar sus respuestas. Divagando así su pensamiento le vio mentalmente erguirse y decirle con inusitada energía graves palabras de reproche, y casi airado pasearse de un extremo a otro del salón con aquella su manera reposada y definitiva. Se extremeció al presentirse maltratada, y con sorpresa de todos sus nervios, como si un suave escalofrío los recorriera súbitamente, sintió una inefable alegría de ser abrumada de razones y vencida por él.

Este raro sentimiento no escapó a su análisis, y tuvo por primera vez en su vida la intuición de que le amaba. ¿Por qué este deseo de confesar a él la intimidad de su pensamiento, ella de suyo tan reservada e independiente? ¿De dónde, si no, esa complacencia en sentirse vencida, suavemente vencida, por él? Que la hiciese sufrir un poco, así, sin humillarla, con un arrogante dominio y nada más, le producía un placer indefinible.

¿Estaré enamorada? Se preguntó con cierto temor agradable, un temor virginal de lo desconocido, un temor anhelante que parecía desafiar la misma causa que lo motivaba, la femenina esquivez que hay en el pudor y en la coquetería, médula de la feminidad —¡Qué delicioso miedo! dijo al fin, resumiendo

en una frase toda la complejidad de sus emociones.

Luégo surgió en ella otro pensamiento: Debía comunicar a su esposo la visita de Onzaga. Era mejor hacerlo. ¿Por qué, si nunca antes le ocurrió semejante inquietud? No hallando explicación alguna qué darse, tronchó la duda con una frase seca: —Es mejor hacerlo así

Etzel oyó el anuncio de que Onzaga vendría a visitarlos con inequívoca esquivez. Gloria, que lo espiaba a través de sus pestañas, inmóviles en un gesto de fingida indiferencia, lo fue guiando hacia una aclaración.

—Si no te parece bien, nada más sencillo que excusarnos.

—No hay para qué excusarnos, ni por qué.

—¿Parece que tú le has cobrado mala voluntad a Onzaga? ¿Han tenido ustedes alguna diferencia?

A esta frase sutil reaccionó Etzel con pleno orgullo: —No. Es que me carga un poquito su pretensión de maestro, de querer estar enseñándole siempre a uno.

—Tú tienes algo más en el pensamiento.

Etzel halló con esta pregunta una asociación de ideas que se le ocurrió feliz. —Es que, dijo, yo no sé qué me inspira repugnancia en él, ¿tú no has notado su color?

—¿Qué quieres decir?

—Yo no sé. En esa enfermedad a que tú tienes tánto miedo hay casos parecidos.

Hacía alusión a la lepra, eterno terror de Gloria. Ella lo comprendió inmediatamente, y midió en un segundo leguas y leguas de los recónditos sentimientos de su marido. Se estremeció por un instante de verlo celoso, pero al conocerlo celoso y traicionero a la vez apareció en ella un inesperado valor de desafío, deseo irrefrenable de torturarle.

—Hombre, pues si tiene lepra, le sienta muy bien.

Etzel se mordió los labios y reatacó estúpidamente: —Ustedes la mujeres cuando les parece alguien bien lo consideran perfecto como a la divinidad. Para tí Onzaga está muy cerca del Mesías.... Si yo te contara intimidades suyas se te acabaría el ídolo.

Ante esta tentativa de calumnia Gloria sintió un arrebato de ternura maternal hacia el otro, y gran deseo de defenderlo con las uñas. Una palabra vagaba por su imaginación con tenacidad casi insufrible. Apretó las manos para reprimirla y los párpados también, en esfuerzo casi doloroso.

—Ase.... ¿Hase visto? Corrigió instantáneamente.

—¿Qué dices?

—No. Por estar charlando tonterías contigo olvidaba un mundo de cosas que tengo que hacer.

Sin embargo no pudo reprimir totalmente su encono, y añadió con la más aparente indiferencia:

—¿Sabes que los Evia cambiaron de casa y parecen un poco mejor de fortuna?

Era el golpe mortal. Etzel, enfurecido, preguntó:

—¿Y a mí qué me importa? Pero ya no pudo más, y demudado el semblante salió prestamente a la calle.

Entonces Gloria se quedó rumiando una a una las palabras de la conversación que acababa de tener. ¿Estaba celoso su marido, o era odio apenas lo que

le hacía atacar tan rudamente a Onzaga? Su corazón de mujer no la engañó. Mas, ¿cómo habíase despertado en él este sentimiento? ¿También los hombres poseen su pequeña dote de intuición? —Esto es raro, se dijo: Ni siquiera sé yo misma qué me está pasando cuando todo se hace extraño y nuevo a mi rededor.

Y sin embargo de tantas y tan graves peripecias sintió un gran placer cuando Onzaga llamó a la puerta de la casa con golpe que ella distinguía siempre. Al recibirlo aquella vez estaba más que nunca hermosa y pulcramente vestida, más que nunca dominadora y gentil.

—Usted, comenzó diciendo, me ha trastornado esta casa de tal manera que ya no sé cómo resolver las dificultades que me afligen. Mi marido cree en el fondo que usted lo ha calificado mal en su conferencia, según la reacción que en él produjo; los estudiantes llegaron hasta decir cosas depresivas a mi hijo; y éste no levanta cabeza, y aun temo que su razón está flaqueando seriamente. ¿Cómo me ayuda usted a salir de esta situación angustiosa?

Onzaga se desconcertó visiblemente, y apenas si halló palabras para disculpar sus intenciones:

—Le aseguro a usted, Gloria, que no estuvo en mi propósito el calificar mal a nadie. Quise cumplir un deber de profesorado, que en mi conciencia es como una paternidad espiritual, y hablé de la vida como ella exige de nosotros que hablemos hoy día, con fervorosa sinceridad e implacable audacia. Pero si en algo he turbado la paz de su vida personal, aquí

estoy para pedirle me perdone como usted sabe hacerlo, sin rencor y sin falsas interpretaciones ¿Verdad que sí?

Y al decir esto: «¿Verdad que sí?» había tal acento de dulzura y de nobleza en el ademán y en las palabras, que Gloria sintió que sus ojos se nublaban y que sus labios temblaban con una frase de caricia recóndita. El paso fugaz de una idea la hizo estremecer: yo quiero besar a este hombre, pensó, o mejor será decir, sintió, porque ni en palabras fue formulado este impulso. Con dulcedumbre que acariciaba musicalmente la frase, dijo:

—Onzaga, usted ennoblece todo pensamiento que toca. Pensaba regañarlo y principio por enternecerme. ¡Estoy tan sola en mi lucha de todos los días! Ustedes, hombres, no saben qué tan aislada vive a veces el alma de una mujer. Mi mundo se me desquicia, y no sé como seguir viviendo.

Onzaga se estremeció. Sintió el hálito de amor que nimbaba de dulzura aquel acento de mujer. La miró, desconcertado de hallarla tan lejos de la que conociera antes. Vaciló en su análisis: ¿Era una mujer, o algo misterioso realzaba su espíritu? En tales horas no podemos definir una situación en conjunto; apenas si vislumbres tenemos de uno que otro detalle, y quizá el vago presentimiento del significado espiritual que los enlaza y vivifica. Por curiosa incidencia mental recordó confusamente la doctrina católica del demonio tentador convertido en ángel de luz. Era que Gloria irradiaba en ese instante una atracción imperativa tanto más conturbadora cuanto parecía des-

mayada en melancólico silencio. El no pudo entender que estaba delante de la activa languidez que concentra las fuerzas incógnitas de la especie y las hace temblar, hipnotizantes, como los espejos la imagen del sol. Tenía los ojos ligeramente humedecidos de llanto y en sus labios vagaba, incierta, leve sonrisa de angustia. El amor, hermano de la muerte y hermano de la vida, tiñe de alegría el llanto y de llanto la alegría, y así, en doble faz, representa lo arcano de su entidad indefinible. A los ojos de Onzaga esa mujer no estaba limitada por los pliegues del vestido, en el aire ambiente palpitaba una vibración invisible que engrandecía en el espacio su personalidad. El grito de los clásicos ante la augusta belleza de algunas mujeres pasó furtivamente por la mente de Onzaga: Es la diosa. Un retazo de palabra rimó en sus recuerdos con el nombre de Anadiomena. La mano quieta parecía henchirse de blancura, y un leve temblor de las pestañas retenía en ella la fuga del espíritu.

Le veía sin mirarlo. Sentía sólo que el amplio aposento estaba lleno de su personalidad, como si él se hubiese diluído en el ambiente. El aire que a veces la rozaba hacíala estremecer, y contenía la respiración para estar más sumisa al encanto de aquella dejadez deleitosa.

En un esfuerzo enorme que emanó del miedo de ligarse para siempre en horas para él sagradas de su próximo matrimonio, de miedo de arruinar su porvenir y de miedo cerval de atreverse también, que confusamente calificó de honrada intención, Onzaga rompió el hechizo con una frase baladí:

—Yo creo, Gloria, que Etzel posee una inteligencia privilegiada, y que sabrá sortear las dificultades con mayor clarividencia que cualquiera de nosotros.

Ella odió aquella explicación, mas supo disculparla como un escape de fidelidad hacia la amistad que lo unía a su marido. No lo sintió falso, creyó que en el fondo era una como fuerza cristalina irreductible y sin saber por qué, sin saber que iba a obrar mal, inocentemente pecaminosa, sujeta al imperio de una voluntad incontrolada de vencer, tan lejos de sí misma que sus palabras brotaron a torrentes, violentas y confusas pórque escapaban al tamiz de la conciencia, hasta el punto de no saber lo que quería decir con ellas, exclamó:

—Usted es un niño, Onzaga. Mi marido no vive mi vida. Se fabricó una suya y aparte, en la cual me siento repudiada y extranjera. El ama el triunfo, los triunfos, y yo no soy ya su triunfo, sino mero lastre de su ambición y decorativa apariencia de su prestigio.

—¿Usted le ha insinuado algo que despierte sus mejores sentimientos y lo vuelva a la conciencia de la realidad?

—¿La realidad? ¡Pero, si ésta es la realidad del matrimonio! La bendición nupcial es un signo mágico que hace de un hombre, horas antes sumiso y obsequioso, delicado y angelical, un sér arrogante que quiere mandar en nuestras acciones, en nuestras palabras, nuestros pensamientos, en el vestir y en el comer, hasta anularnos, dizque para educarnos a su manera. A la frase cordial y tímida del noviazgo se su-

cede la implacable imposición de su modo de ser y de apreciar el mundo.

Parecía embriagada de sus propias palabras y continuó apasionadamente:

—Ustedes los hombres padecen de raras obcecaciones a veces, que no sé de donde les ocurren, pero que los enervan hasta extremos de locura inverosímil. Etzel no se da cuenta de que mi vida es un silencio de desolación espiritual, de que mi alma tiene que equilibrarse en el vacío de veinticuatro horas diarias. Ni siquiera entiende lo que puede ocurrir a nuestro hijo en este desorden nervioso que lo aqueja y día por día lo sujeta más y más. ¿Qué va a ser de mí?

Y al decir esta frase infantil de orfandad miró a Onzaga con tan cariñosa mirada que éste bajó los ojos con una inquietud confusa.

—Tener el corazón grande, continuó ella, grande de bellas ambiciones, grande de ternuras insaciadas, grande de una expectativa por lo que vendrá y no viene, por una luz que resplandece cerca de nosotras y no ilumina de lleno nuestros ojos dilatados por el anhelo de sentirla en toda plenitud.

Sus cejas ligeramente triangulares se enarcaban más aún con el esfuerzo de expresar su atormentado pensamiento sin rendirlo plenamente, y sus pestañas temblaban un poco al ritmo interior de encontradas emociones. Su mano fina y suave estrujaba la seda de un cojín en que se hincaba como una joya viva.

—Sentir que hay en nosotras un alma que tiene sed de alma, una vida que quiere alzarse a una esfera más alta, y no escuchar una voz de aliento para esa vida ni para esa alma....

Onzaga permanecía subyugado ante un fuego que no había antes conocido, el poder mágico de una mujer, el augusto encantamiento de una mirada femenina que arranca de fondos insondables de la especie. Es algo que no puede analizarse verbalmente. Los ojos que el amor tiñe de su lumbre ¡miran con una mirada vaga y fija a la vez, húmeda de ternura y luminosa a un mismo tiempo. Es como si una leve sonrisa se cubriese en ellos de llanto. De esa doble expresión nace su invencible poder, pues son desconcertantes al trasmitir simultáneamente encontrados sentimientos, al ofrecernos la intimidad de una vida y quedarse temerosos de nuestra actitud. Por eso se suman en su velado fulgor el imperio de la vida y la timidez del alma. Es que en ese instante en ellos se revela una lucha agoniosa entre el mandato soberbio de la especie y la incertidumbre de nuestra frágil personalidad. Mas no es sólo la mirada lo que en esos instantes se magnifica de inefable significación: Es la boca que arrisca levemente el labio superior y sonríe con una leve sonrisa de plegaria, son las mejillas refrescadas por un efluvio de juventud, y las manos que inquieta un anhelo irrefrenable de suave aprehensión. En la intimidad del espíritu hay también un delicioso sentimiento de superioridad, una noble exaltación que nos hace arrogantes, que acrece el significado de nuestro sér y el valor absoluto de la vida. Es la presencia de una fuerza superior que viene a sumarse con la entidad de cada uno de nosotros y a

dotarla de una categoría suprema. Es la deidad augusta que enciende nuevos valores, virtudes nuevas, difuso halo de poder y de grandeza.

En la mujer todas estas prodigiosas trasformaciones se cargan del misterio de su hermosura, del pudor de darse, del temor de no ser recibidas conforme al rito de su fe y al canon de su propia estimación. De ahí que Gloria temblase un poco y encendiese de extraño fulgor toda su bella personalidad. Onzaga, agobiado, palidecía. Ella continuó, repitiendo un discurso mental que había elaborado en muchos años de silencio:

—Sí, Onzaga, en nosotras hay el inmenso anhelo de que nuestros hombres sean grandes, pero con nosotras. No quedarnos a la vera del camino. Ser ala en el vuelo. Ser fuerza en el motor. Ser, un poco también.... ¡No, un poco no!: mucho, ser mucho, ser todo, sí, toda la finalidad de ese anhelo de grandeza, para ser nosotras grandes dentro de la grandeza de nuestro hombre. ¿Entiende usted? ¡Qué va a entender! Ustedes no entienden de nuestras locas ambiciones nada, nada. ¿Cómo le dijera yo? Encontrar una alma grande como un dilatado horizonte donde poder volar de polo a polo sin agotar la luz. ¿Entiende usted? ¿Verdad que sí entiende usted? ¿Usted sí?

Hundió la cabeza entre los brazos sobre el cojín de su diván. Desmayada, la mano temblaba un poco con leve tremulación; y al doblarse sobre el flanco la seda del traje vistió las curvas de su cuerpo en apretada sujeción reveladora.

Onzaga la miró con agobiado sentimiento. De su mente habíanse escapado las ideas y una emoción irresistible fue doblando su cabeza hacia el cuello blanco de Gloria. En la lentitud del movimiento ella sintió el calor de la piel que ya casi la rozaba, y el deseo loco de naufragar en lo desconocido apagó su aliento en una deleitosa quietud. Su sangre como azogue fugitivo se escapaba de la cabeza, arrastrándola consigo en un suave vértigo, pero inundaba a torrentes el corazón, haciéndolo palpitar con esfuerzo renovado.

El supremo instante en que dos vidas iban a enlazar el vuelo hacia la aventura incógnita del amor. Pero en el momento supremo hay a veces diminutas ocurrencias que desvían el destino de los seres. Alguien entró en casa, y al entrar golpeó fuertemente la puerta exterior. Gloria se levantó, rápida, y siguió discretamente los pasos del que había llegado. Era su hijo. Le vio divagar un poco por las alcobas y detenerse a contestar con violencia a un ente de imaginación, a una sombra que proyectaba en el espacio su mente perturbada. Parecía defenderse de un insulto replicando con otros airados y soeces. Sus ojos encarnizados y agresivos y sus manos inquietas y crispadas denunciaban un grave impulso de cólera. Le contempló con una infinita amargura. Toda su alma de un momento antes desvanecióse como al golpe de un soplo mágico y, demudada, regresó lentamente hacia el salón.

Onzaga comprendió que algo grave la oprimía. Se había levantado del asiento una deidad y regresaba a él una pobre mujer.

—Es mi hijo, exclamó casi sollozante.

—¿Está mal?

Ella movió afirmativamente la cabeza, mirando al espacio con ojos opacos de incertidumbre.

La estancia se había como enfriado repentinamente, abandonada por el brillo que un momento antes irradiaba en ella. Onzaga sintió el desvanecimiento total del hechizo que le estaba sujetando y pudo pensar con serena conciencia de sus deberes.—Es preciso huír de esto para siempre, y añadió en voz alta:

—Gloria, tengo algo que comunicarle a mi vez.

El tono de esta frase la hizo inmutarse, y le miró fijamente. Pero su mirada tenía ahora la fijeza de un presentimiento.

—¡Gloria, tengo el propósito de casarme....

—¡Con una de las Evias! Lo había adivinado, añadió de nuevo dejativamente. No obstante su desolación tuvo un arranque femenino de venganza.—Era natural.... Usted ha sido muy bueno con ellas. Era natural....

—Gloria es la mujer que menos puede ser injusta conmigo. Usted sabe que he obrado noblemente con esa familia. El amor vino después de mis actuaciones en favor de ellos. Gloria....

—Perdóneme usted, Onzaga.

Y al decir esta dolorosa palabra, un gesto de vejez y de congoja empañó su rostro. Las manos le caían, exánimes, sobre la falda, y los ojos se le deslustraron de todo brillo y movimiento.

*

LA campanilla del teléfono martilló repentinamente en el próximo cuarto de recibo con esa impertinente autoridad de su llamamiento. Gloria se levantó rápidamente a contestar. Quien llamaba en ese instante era el mismo Etzel, y Onzaga pudo escuchar el tono exageradamente afectuoso con que Gloria le estaba respondiendo. ¿Quería vengarse de un drama de amor inexpreso y trunco? Raro fenómeno: le molestaba aquella ternura de la voz, y hasta le hirió rudamente el oírla decir «hijo», «querido» y otros términos triviales de la comunicación conyugal. Lo mismo que había provocado con su actitud, deliberada y serenamente, ahora le era desapacible y odioso. Comenzaba a efectuarse el ineludible proceso de venganza de la diosa ofendida, de la implacable Anadiomena. En la fábula griega hay algo más que una creación de arte: esos mitos parece que entrañan un hálito de vida misteriosa, una intuición del genio abscóndito que guía a la especie.

Gloria regresó. Era un ser extraño a lo que fuera unos minutos antes. Para ella Onzaga lo era también. Los dos experimentaban un desconcierto inescondible, un malestar de pena y casi de odio. El hijo de Afrodita, flechero de las flechas que encienden la ternura en los corazones, tiene también en su aljaba envenenadas saetas vengativas para los que desobedecen al rito de la diosa. Un testigo hubiese adivinado en aquel ambiente la venganza y la enconía de una voluntad superior. Se repetía en pequeño el de-

sastre de Niobe y de sus hijos. El reto de Onzaga a las insinuaciones de Eros el sagaz no podía quedar inadvertido. El estuvo por un instante orgulloso de su victoria, como la Niobe de su fecundidad. El castigo no andaba lejos. En el grupo trágico de Scopas los hijos de Latona airada van hiriendo uno a uno los Nióbides enantes felices. Ya los cuerpos de Agenor y Damasichton cubren la falda del Monte Sípylo; Tántalo y Fedimo quieren huír, y en sus retinas se retrata inútilmente la lejana curva del Meandro; Minyto mira despavorido hacia atrás la flecha que va a alcanzarle, en tanto que Edosea contempla a Ismenio muerto ya, los bellos ojos teñidos de sombra. Ni escaparán, tampoco, las núbiles doncellas: Cleodoxia, Ogiguia, Astycracia en balde gimen, en balde Pelopia se cubre, aterrada, con el manto, ni es suficiente abrigo a Pthie infantil el regazo de su madre, curvado de pavor....

Así también Onzaga siente en derredor suyo el silencio de algo que acaba de morir. Mira vagamente a Gloria y la encuentra lejana, extraña, casi agresiva y fea. Para ella tiene él un aire de simplicidad bobalicona insufrible, un pueril sonrosado de mejillas, un timbre de voz desapacible. Si hablan por esconder su turbación las palabras les parecen embuste indigno de ser tenido en cuenta y destemplado són de un instrumento musical desafinado y roto. Tratan de despedirse afablemente, pero sus manos tienen un calor repugnante y se desligan con invencible presteza. La Diosa los hirió, y cada cual lleva al otro muerto en el alma para siempre.

IV

LA mentalidad del hijo de Etzel continuó deteriorándose rápidamente. A pocos días de los acontecimientos que acabo de narrar entró en una obsesión religiosa que se revelaba como una verdadera vocación. Visitaba las iglesias varias veces al día y llevaba ofrendas florales a los santos con tal unción que hizo pensar a sus confesores y a sus mismos padres que sería cargo de conciencia el oponerse a sus propósitos. Estos se definieron prontamente en el deseo de entrar al seminario para seguir la carrera eclesiástica.

En estas condiciones fui consultado varias veces sobre el porvenir de su salud. Mi situación era difícil: yo entendía bien aquello como un episodio relativamente fugaz, pero no me atreví a oponer una negativa rotunda a las ilusiones familiares de que no todo fuese anormalidad. Aconsejé que difiriesen todo proyecto por algunos días, aprovechando estos para darle descanso en una hacienda donde su imaginación pudiese reposar mejor.

Así se hizo, mas la prueba no duró largo tiempo. Un día de esos me lo enviaron en consulta porque le notaban nuevos accidentes nerviosos. En el interrogatorio quedé convencido de que sería ya inútil todo esfuerzo por su salud mental. En una hora de

conversación con él poco pude desentrañar del contenido de su pensamiento. Este se deshilachaba en nebulosas explicaciones, simbólicas a veces de ideas aun informes, incongruentes las más, meras tentativas para expresar en juicios definidos lo que sólo eran estados de indefinida emoción. Fue un trabajo mental el mío que me dejó fatigado por lo inasequible de las respuestas y el desorden sintáctico de las proposiciones que lograba arrancarle con gran tenacidad y persuasiva inquisición.

—¡Hola! Etzel, ¿qué te ocurre?

—¿No vé?, ya está.

—¿Está qué?

—Eso.

—¿Y qué es eso?

—Es que voy, pues, y veo, ¿no?, y así es.

—¿Qué ves?

—No. Pues, así, en la calle.

—¿Qué ves?

—No, nada. Veo, pues, y ya está visto. Y me desespera.

—Pero ¿qué ves?

—No. Cualquier cosa. Y la veo y ya está vista.

—¿Por ejemplo, qué ves y qué es lo que ya está visto?

—Lo que veo, ¿no?, y ya lo he visto. Y yo no sé por qué. Yo me voy a volver loco. ¿No cree usted? Por dentro es una angustia. No puedo retener el pensamiento.

—¿Por qué no lo puedes retener?

—¿Es que viene y se va; y viene otra cosa y se va también. Y se van muchas, y me entra una angustia muy grande.

—¿Y qué es lo que ves y ya está visto?

—¿No ve, pues? Por ejemplo, veo y entonces ya lo vi. Y eso es lo que me angustia. Una ventana, una persona, cualquier cosa, apenas la veo, me angustia porque es que ya la vi.

—¿Porque crees que ya la habías visto, o porque no quisieras verla?

—No. Es que la veo, pues, y digo: ¿No ve?, ya la ví. Y así me pasa con todo, y me desespero. ¿Yo me iré a volver loco?

En esta difícil conversación gasté largo tiempo, hasta que medio entendí que cuando veía algo se angustiaba de haberlo visto por uno de esos fenómenos de negación sentimental que quiere en algunos enfermos mentales contradecir lo mismo que solicita la voluntad, oponerse a la misma voluntad, negar el impulso. El quería no ver lo que veía, y así, mártir de una contradicción íntima entre el ejercicio de sus facultades y la negación a ejercerlas, me pareció que estaba roto ya el equilibrio de su psique, inconexas sus ideas y como dislocada y errabunda su emotividad. En vista de este examen tuve que informar a su padre que podía de un momento a otro presentarse una tentativa de suicidio, con el resto de razón que le quedaba, o estallar un delirio violento.

Dos días más tarde se presentó esta crisis de cólera en tan graves circunstancias que rompió cuanto estuvo a su alcance. Cuando fui a verle en su casa, daba grima el contemplar aquel mozalbete, pocos días

antes gallardo de apostura y decoro personal, convertido ahora en un fantasma de mirada inquieta e iracunda, desencajado el rostro, cetrino el color, los labios plegados, de mortecina palidez, alborotado el cabello y todo palpitante de anhelosa respiración. Había dejado de ser el bello porvenir de una familia para vestir definitivamente quizá el rictus macabro de un harapo de asilo.

Veinte líneas escritas en cualquier hoja de papel que le harán conducir al manicomio: nada más fácil de emborronar en un minuto, pero, ¿lo que sigue a esto? En aquel hogar dos sombras que se huyen para no desgarrarse mutuamente con la visión de un dolor inenarrable. Un hombre que maldice de la vida. Una mujer que siente trunca su maternidad por algo más hondamente doloroso que la muerte. Comprendí que era preciso y cordial ahorrar la frase inútil, y salí pronto de esa casa en furtivo silencio.

Salí meditando en lo que puede ocurrir en el pobre espíritu de estos seres atormentados por la locura. En algunos de estos ataques de furor predominan alucinaciones terroríficas en que ven animales o monstruos que los amenazan, y entonces reaccionan con esa inesperada violencia que los hace desplegar energía casi inverosímil. Es a veces la vista de una serpiente, el rostro de un demonio, ya del todo forjado por su fantasía, ya en parte disimulado en el semblante de las gentes que están cerca de ellos. En ocasiones es la mera imaginación de que los van a cohibir, a obligar a hacer lo que no quieren, y en estos casos la oposición a sus actos los enardece hasta excesos de iracundia borrascosa; la sola contención los hace a veces llegar a extremada violencia, como en los dementes precoces que contradicen todo impulso que solicita su asentimiento.

Es un mundo aparte el de estos infortunados, que no carece de lógica, de una lógica peculiar. Dado un punto de partida, una mera inquietud que principia por solicitar a la mente alguna explicación, ésta la suministra, extravagante, a la altura del desconcierto que reclama la emoción. «Algo tan raro como lo que siento, debe corresponder a algo a su vez exótico y fuera del mundo normal». En las alucinaciones este proceso de la nueva imaginación es muy frecuente: Lo que oyen lo oyen con tal nitidez que la conciencia no puede recusar a los sentidos, luego tiene que suministrar una justificación de lo que a estos impresiona. De ahí la novela delirante: el espiritismo, las ondas hertzianas, la telepatía; más de una naturaleza particular, sólo a ellos asequible. Y este alejarse de las leyes físicas el fenómeno que perciben se justifica de alguna manera. Entonces surge la segunda construcción del delirio: «Yo soy un sér raro, quizá único, un personaje de la historia, un misionero de escondidos ideales religiosos, políticos, un reformador, tal vez nueva encarnación de la divinidad». Es más o menos la manera como el paranoico va hilvanando sus visiones y voces misteriosas. En el delirio de persecución la lógica alcanza inverosímil agudeza de análisis. El demente precoz muestra grandes lagunas en la coordinación del delirio, pero en general se puede entrever

un encadenamiento aproximado al que acabo de definir someramente.

Recuerdo esto, porque algo semejante ocurrió en el joven Etzel. Cuando estuve a visitarlo en el asilo fui observando la lenta elaboración de su delirio de grandeza, de una grandeza incongruente, pero no menos tenaz y complicada. Todo le ocurría, según él, por su anómala situación familiar y social: era y no era Etzel. Había nacido en la casa, pero representaba misteriosos ascendientes, cuya misión sólo a él correspondía desempeñar en el mundo. El estado de república en que vivíamos era un error. A él le tenían secuestrado por razones de alta política. ¿Cómo sabía todo esto? Porque en un libro encontró, cifradas, muchas alusiones a su vida, que antes no pudo entender, pero que ahora encontraba evidentes. El estado atmosférico demostraba que pronto se haría la luz en su verdadera posición social para ser reconocido. De vez en cuando una campanita le indicaba el progreso de los planes que protectores suyos estaban combinando fuera de esa prisión para reconocerlo y sacarlo en triunfo.

No se crea, sin embargo, que toda esta composición fabulosa la iba él exponiendo así lógicamente. Tuve que entresacarla de mil frases rotas, de muchas palabras de doble significado, a veces de ingeniosos neologismos, «Etzecán» representaba en su léxico interior a su padre Etzel en una misión que le asignaba de edecán, quizá de mero curador de sus bienes: laberíntica manera de repudiarlo como padre y explicar la presencia suya en la vida que él estaba forjándose. Todo esto lo decía en un tono reticente, cargado de reservas misteriosas, y con un acento de suave ironía para el interlocutor, casi de piadosa condescendencia de honrarlo con su discurso. Los grandes vacíos que yo le ponía de presente entre su elaboración fantástica y la realidad los pasaba por alto, pues le costaba trabajo improvisar explicaciones. Cuando le apuraba mucho, se escabullía diciéndome que todo ello sería esclarecido más tarde.

Y después de estas conversaciones se despedía vagamente de mi, y continuaba paseándose con aire distraído por los corredores del patio principal, sin ver a los otros enajenados, preocupado a su manera del mundo que desertara para siempre. Sin embargo, había en esa apatía fundamental raros instantes de pensamiento lúcido. Algunas pocas veces pude ver que sus ojos se velaban de lágrimas a la evocación de antecedentes de su vida íntima pasada. Su carrera trunca le despertó uno de estos vislumbres de la realidad, y en otra ocasión le vi conmoverse al recuerdo de su madre: Rayos de luz, como guiones fugaces que enlazaran un delirio con otro, o un delirio con una laguna de desintegración psíquica.

*

QUISIERA escribir unas pocas líneas sobre el estado de alma en que quedó Gloria después del asilamiento de su hijo, mas tengo que confesar que nunca me hallé más perplejo en la investigación de un sentimiento humano. En cuantos modos trato

de expresar mis opiniones a este respecto, hallo una deficiencia que me deja disgustado de mi obra, y de nada me vale el rehacerla repetidas veces. Quede en fin, como quedare, voy a escribir unas pocas palabras de mi observación.

Su pensamiento recorrió varias etapas, conforme al ritmo de los acontecimientos. Por el principio se asió a la esperanza de una mejoría y estuvo buscando en cada una de mis frases un alimento de ilusiones, que yo rehuía darle categóricamente, sin llegar, sin embargo, a la rudeza de un desahucio rotundo. Movió cielos y tierra en auxilio de la salud del joven, desde invocar a la divinidad con rigor inverosímil, inclusa la oferta de su propia vida, hasta la solicitación de remedios y opiniones de charlatanes y pitonisas de barrio, ella, la ecuánime mujer de acendrado criterio en otras ocasiones. Cuando el curso implacable de la vida le fue imponiendo un estado de convicción adversa a toda confianza de mejoría, sintióse asediada por encontrados sentimientos. Un día me preguntó de discreta manera incidente:

—¿De qué provienen estas enfermedades, doctor?

Y ante mi contestación un poco difusa y trivial, insistió con precisión indeclinable:

—¿Acaso ocurren por culpa de nosotros?

La tranquilicé lo mejor que pude, adivinando en su inquietud un vago malestar de odio contra su marido, y una auto-recriminación, pues añadió, como un pensamiento largamente meditado:

—¿Por qué dar la vida a un sér que ha de llevarla como un injusto dolor y oprobio inmerecido?

Luégo se quedó pensando, y añadió en voz lenta, casi ronca de amargura:

—El día que salió este hijo de mi casa para esa cosa horrible donde está tuve mayor dolor que si hubiese muerto. La muerte encierra un no sé qué de natural, mas esto me sabe a una traición infame de la vida. ¿Por qué no tomar la mía, mi vida, cerrada ya a todas las promesas del futuro, y no herirme en él que tenía mi sangre y los sueños todos de mi juventud y de mi maternidad? ¿Y por qué quedar yo de testigo inerte de este total derrumbamiento?

—Usted queda, señora, para prestar a su hijo aquellas pocas atenciones de que puede él disfrutar, y que sólo una madre sabe hacer llegar a tiempo.

Me miró enigmáticamente. Quizá le parecí imbécil, como yo mismo no estaba muy lejos de gritármelo, quizá respetó tocar sus labios con una dolorosa blasfemia. Y pensaba yo entre tanto si habría otro sér en el mundo más solo y más hondamente herido que Gloria Etzel. Yo que conocía los secretos de su vida y el valeroso orgullo de su alma sentí vértigo al adivinar el rudo conflicto de esa alma bajo la tersa blancura de la frente pensativa, tras la blancura aristocrática de aquella frente que en tántas ocasiones me dio la impresión de la más refinada espiritualidad, hasta envidiarla y amarla tal vez. La vi parpadear rápidamente por recoger y hacer imperceptibles las lágrimas que acompañaban sus ojos. Mas no pudiendo al fin disimularlas me dijo, con benévola sonrisa:

—Perdone usted, me siento cobarde, infinitamente cobarde.

Y sacudió la cabeza para espantar el pensamiento que la asediaba y vencía. Ese pensamiento estalló al fin en una leve exclamación:

—Esto es como un castigo.

Mas luégo añadió con los restos de su vigorosa personalidad rebelde:

—¡Pero qué infinita crueldad!

Para mí era trasparente cada una de sus palabras. A pesar de un ligero resentimiento que me alejaba de ella por haber quizá ambicionado su amor, resentimiento que me la empequeñecía injustamente, aunque yo mismo me regañase por esta mediocridad de mi espíritu, sentía en esta mujer una grandeza casi majestuosa. En mi análisis evité muchas probabilidades de error, antes de formar un juicio. Yo sabía que en todo sér humano hay una grandeza inédita que puede surgir en repentino florecimienro al choque de una realidad determinante. La belleza, una grande idea, una acción heroica, la fe, son factores conocidos de elevación espiritual por activa; y el amor, el dolor, el silencio o reto mudo a la fortuna aviesa, lo son también en su aparente pasividad. Ellos ensanchan el campo de las actividades del espíritu, lo oponen al mundo en la lucha desigual de un sér contra el todo adverso. Si, en cada uno de nosotros, por pequeños que seamos, hay una grandeza inédita que quizá nunca se revele por falta de ocasión decisiva. Este es el fruto de mi experiencia profesional, que me confirma en la idea de que en el hombre se ha

depurado y magnificado la vida instintiva hasta ese límite vago que confusamente llamamos espíritu. Pero en Gloria Etzel había parte de todo esto y algo más: Su exquisita feminidad, su claro pensamiento, las rápidas decisiones de su voluntad, su amor, su dolor y aquel silencio de sus opiniones íntimas, eran poca cosa ante la sevicia con que la suerte la hirió en todos los caminos que recorrió su alma. De ese fondo de analizada amargura surgió en ella la siguiente frase que parecía contestar a mis pensamientos:

—La vida canceló para mí todas las esperanzas.

Era una frase de cierto sabor varonil, como tantas suyas que denunciaban el continuo trato de los libros y los hombres. En mi papel de consolador, bastante inútil por cierto, e inmensamente tonto, según mi íntima idea, desvié el discurso hacia otro campo:

—Señora, tiene que confesar que la vida tuvo para usted dones que por ausentes no podría disminuír ante la gratitud de su conciencia. La suprema derrota, ese hijo enfermo, ¿no vale más que el no haberle tenido y sentido en él las efusivas emociones de la maternidad?

—No sé.... no sé decirle. ¡Oh, sí lo sé! Oiga algo que no podía desenredar en mi pobre cabeza atolondrada: el hijo fracasado en esta forma, y hasta en cualquiera otra, si usted quiere, no se puede comparar con el que no vino, con aquel que soñó nuestra juventud ambiciosa. Este «seguiría» siendo grande en nuestro espíritu, mientras que el otro....

—¿El otro?

—....Nos destruye.

¿Querría también decir «nos humilla»? Mas no lo dijo. Sus ojos de nuevo se llenaron de lágrimas, y rápidamente atenuó el alcance de este desahogo:

—¡Pobre hijo mío, hasta su madre le está siendo adversa en su vida! Doctor: ustedes los hombres no pueden entender lo que es un hijo. A ustedes les enseñamos nosotras palabra por palabra y gesto por gesto a quererlos, a sentirlos cerca, a entenderlos un poco al fin. Pero nosotras hallamos en el hijo nuestra sangre, el resumen de nuestras ambiciones de toda una existencia consagrada a esperarlo, la suma de ternuras infinitas de que está formada nuestra personalidad. El hijo somos nosotras y el amor con que lo engendramos y el mundo, una cosa vaga y enorme, que quisiéramos que fuese. Eso que ustedes llaman el sentido de la especie tal vez. Con el fracaso del hijo se rompe en nosotras algo más que la ilusión, que la alegría de vivir. Es como si se rompiese la cadena de la vida, como si se desarticulase el mundo. Algo así, porque ya no sé lo que estoy diciendo.

Era justo aquel análisis. No me quedó otro escape que el diluír la conversación en tópicos alejados de ese tema doloroso. Meses después aquella ternura materna permanecía intacta al cuidado del hijo, como si aún esperase de él el cumplimiento de todas las ilusiones iniciales. Un poco más de silencio era la única manifestación del enigma espiritual de aquella mujer que por tántos aspectos me pareció superior a su destino.

*

"SUPERIOR a su destino" fue frase que imaginé al verla en la intimidad de su hogar en los días que siguieron al aislamiento de su hijo. El esposo, aquel hombre temerario que desafiaba las más graves peripecias, se rindió como un helecho frágil ante ese aletazo del infortunio. Encerróse en su alcoba y cayó en un mutismo quejumbroso, un leve gemido que de cuando en vez escapaba de su cabeza abatida sobre el pecho por la grave pesadumbre de una meditación inconsolable. Del hombre airado y combativo no aparecía más que una sombra, caricatura de dolor del que fuera. Cuántas veces al contemplarle en esa actitud rectifiqué arraigadas opiniones que me había formado acerca de su incapacidad para sentir los delicados sentimientos del corazón humano: ahí le tenía, rota la voluntad, despavoridas todas las ilusiones, clavado a la cruz de una emoción de pena infinita. El, que poco tiempo antes habría entonado el do de pecho de la arrogancia varonil, allí se estaba sumiso a la voz persuasiva y dulce de Gloria, alejado de todo ruido, expectante de mil torturas que veía aproximarse ineluctablemente a herirlo, siguiendo con ojos cargados de angustia los pasos de ella, si por un momento se alejaba del lado suyo.

Entonces vi en Gloria un nuevo campo espiritual. Tánta fue su consagración a él en aquellos tres meses de melancolía porque atravesó, de neurastenia, como decía la sociedad, que siempre confunde estas enfermedades, y tánta la dulcedumbre con que lo

asistió sin fatigarse nunca, casi sin dormir, comiendo a la ventura de una hora propicia, si acaso llegaba esa hora, que estuve tentado a creer que le amaba aún con la devoción de los primeros años. Cuidadosa observación me hizo ver que en ella no había más que ese indiferenciado sentimiento matrimonial, ni amor ni mero afecto, ni tampoco simpatía, hábito o gratitud, sino algo distinto que surge de la comunidad marital, de la relación íntima de dos almas que conviven el presente y van, ligadas, hacia idéntico porvenir: el sentimiento matrimonial, como diríamos el sentimiento maternal, por ejemplo. Y con tal ternura se dio a este deber inesperado de enfermera de su esposo que parecía olvidarse del mundo o sólo haber nacido para esta misión, ingrata y difícil ciertamente. Hasta el llanto que a sus ojos traía el recuerdo constante de su hijo desventurado, escondíalo, retirándose por momentos para poder llorarlo con plena libertad. Y a veces retornaba sonriendo de una de esas crisis de dolor a comunicar con Etzel la cariñosa mentira de que le habían anunciado estar mejor el hijo y ya próximo su regreso.

Y cuando la veía vestir a su esposo, afeitarlo a regañadientes, haciéndole una cariñosa violencia, alimentarlo por su mano, adormecerlo con el relato de mil ingenuas historias como a un niño, yo me preguntaba dónde había escondido aquella mujer tánta fuerza moral y destreza tánta para el bién. Entonces me di cuenta de que en la concatenación de los sentimientos se verificaba el mismo fenómeno de polaridad que he observado en otras actividades de la vida

social, a saber, que de dos seres afligidos por una misma pena, si el uno cede al dolor, el otro reacciona y puede con ambos, el propio y el ajeno sufrimiento.

El alma es inextricable como la vida. Al ver con aplauso esta noble conducta de Gloria rememoraba el agua fuerte que hizo de viva voz alguna vez, ella que tuvo la virtud especial de definir y una rara hiperestesia del decoro de su sexo:—Casi sería perfecto el matrimonio si se conservase menos íntimo a la vista y más constantemente generoso de palabra.

*

ESTOS acontecimientos preocuparon a Onzaga hasta el punto de que tuve que explicarle que su actuación, la conferencia sobre todo, nada tenía que hacer con la enfermedad del joven Etzel.

—Yo lo conozco desde pequeño, dije, y sé que su perturbación mental venía incubándose lentamente. Aun pudiera creerse que esta locura fue heredada de su padre.

—¿Pero, cómo pudo ello haber ocurrido, si Etzel es una de las más sutiles inteligencias del país? No querrás tú decirme que la depresión moral de que padeció hace algunos días sea anormal en la trágica situación por que atraviesa.

—Sin aceptar tu idea, te pregunto, a mi vez, si podemos negar que Etzel se ha mostrado siempre avaro.

—¿Y qué tiene que ver la avaricia con la demencia?

—Para mí la avaricia es signo, si no especie, de un desequilibrio mental tan grave como cualquiera otro. He tenido ocasión de observar la mentalidad y el carácter del avariento, y estoy convencido de que ambos adolecen de irregularidades patológicas. Hay en ellos un curioso fenómeno de tabicamiento mental casi absoluto. Conocí uno que empleaba un criterio para los gastos y otro para las entradas, que no tenían una línea de comunicación entre ellos, que guardaban una lógica aparte y una voluntad independiente, tan distanciadas unas de otras que parecían pertenecer a dos individuos de distinta raza. Por ejemplo, en cierta ocasión llamó a un pariente para encomendarle la venta de un ganado: «Pero, has de saber, le dijo, que la arroba de carne estuvo en las últimas ferias a tantos pesos y tantos centavos. ¡Cuidado con dejarte engañar!» Luego, transcurridos unos pocos instantes, le llamó otra vez y le entregó cierta cantidad de dinero, una mínima cantidad, para los gastos de transporte, indicándole de nuevo que no debía dejarse engañar: ¡Había liquidado los gastos conforme a una época cincuenta años anterior!

—Sería un demente.

—En parte ello es así. Pero, nota que no lo fue para la operación de venta. En otro caso se trataba de un habilísimo negociante: cierta ocasión entró a su despacho un yerno suyo y le halló en una tremenda crisis de cólera contra un pobre labriego que reclamaba diez centavos más de jornal. La diferencia se originó de que el avaro consideraba de su derecho descontar algunas horas en que por lluvia el jornalero no pudo trabajar. Discutieron una hora acaloradamente. ¿Te parece a tí que una hora de un millonario se pueda gastar en la discusión de diez centavos? Mas escucha lo exótico de esa conducta: Cuando hubo terminado su polémica de avaricia injusta y sórdida, se volvió al yerno para decirle que lo había llamado para obsequiar a su hija en su próximo cumpleaños, y le firmó un cheque por mil dólares.

—Ello más prueba, así expuesto, una acción de mal carácter que de avaricia, pues al donativo de los mil dólares nada dice que pueda confirmar tu suposición.

—No lo creas: El verdadero avaro teme más al gasto pequeño que a los grandes desembolsos. En esto su mentalidad me parece también tabicada. Un alto personaje de nuestro mundo diplomático entraba con su hijo y otro pariente al puerto de Nueva York. El muy avaro llevaba un mísero contrabando de sombreros. Encomendó a los chicos que escondiesen algunos entre la camisa y la franela. Los muchachos se mostraron tan nerviosos que dejaban comprender su escondite. Entonces nuestro eminente conciudadano se atiborró de ellos el abdomen y pasó por la visita de aduana como un canónigo deformado por la obesidad. ¿No es un tabicamiento de la mentalidad el comprometer el propio prestigio y el decoro personal por unos cuántos dólares de ganancia fraudulenta, siendo, como era él, un acaudalado hombre de industrias?

—Quizá sí. Me parece, no obstante, ser el caso de una conducta meramente vulgar.

—Otro, hombre público, me presentó en cierta vez un voluminoso expediente levantado para averiguar la mala inversión de unos fondos públicos, cosa de cincuenta pesos. Los gastos de la investigación montaban ya a varios centenares de dólares. Era un derroche inútil porque no se trataba de una acción judicial. Lo curioso es que en esos mismos momentos nuestro prohombre prevaricaba por medio millón de pesos.

—Dime esto: ¿Tu crees que el avaro es indelicado casi siempre en la conducta de sus negocios? A mí me ha parecido lo contrario.

—Es un tema de dilucidación muy interesante. Yo creo que generalmente el avaro es de una honradez meticulosa en sus negocios de debo y pago. Así lo ha sido en el curso de la historia. Pero el incremento de la ambición en época contemporánea ha creado un híbrido de avaro y de ambicioso en que ya se trastornan las normas antiguas de la honradez. El avaro antiguo amaba el oro con un amor de deleite sensual, de fetichismo, una pasión de tan grande ternura que reemplazaba en su espíritu casi todas las otras pasiones naturales: gustaba de palpar su oro con inefable fruición, de sentirlo cerca de sus ojos y de sus manos. Mas, por lo regular, cumplía de buena o mala gana sus compromisos, pagaba puntualmente sus pocas deudas, aunque siempre prefería no contraerlas para eliminar este dolor de devolver dinero. Ahora el ambicioso no ve el dinero contante, reemplazado como ha sido por papeles representativos de valores. En él ha aparecido el amor de

la cuantía, y su locura se manifiesta, no tanto en la fiebre contemplativa del oro, como en la obsesión de completar. La psicología de completar está arruinando la espiritualidad del hombre moderno: completar mil pesos, completar cinco mil, completar diez mil, cincuenta, cien mil, medio millón, el millón, etc. Y para cada cifra les impone grandes y a veces desastrosos sacrificios a su salud, a su espiritualidad y a su honradez. Ahorra en sus comodidades, descuida el estudio, sacrifica su buen nombre comercial por llegar a esa cifra fascinante que termina en ceros: tres, cuatro, cinco, seis, siete, sin limitación posible. La fiebre de completar nos está estrangulando. Un día me encuentro a un compatriota que llega a tomar el tren en una gran ciudad europea. Anda sin desayunarse, sin bañarse, suda, se afana locamente. Tiene que ir a no sé dónde para ganar unos cuantos pesos. «Pero, hombre, le digo, con su fortuna puede usted darse el lujo de andar despacio». «No, contesta, es que me he propuesto dejar a cada uno de mis hijos un millón de pesos y aun me falta mucho para ello». Es la manía nueva de completar: Esta americanización del alma humana, esta yanquización, diré mejor todavía: pues bien, en la nueva faz de la ambición la antigua honradez del avariento sufre, porque entra el factor audacia en los negocios a añadirse el viejo factor inmisericordia, que siempre distinguió su espíritu.

—¿Y tú consideras todo ello signo de perturbación mental?

—Me parece al menos muy probable. Observa que

ningún avaro hace testamento. No se atreve a desprenderse de su fortuna ni en la ficción legal de un codicilo. Muere dueño de sus caudales. Pueden sufrir con ello sus hijos, su esposa, instituciones que quisiera auxiliar, mas no se atreve a suponer siquiera que ha cedido sus haberes. Se anticipa a la muerte en la consideración de verse desposeído del amor de su vida espiritual, que es el dinero, como oro y como cuantía, según te presentaba la diferencia hace un momento. Si esto no es una forma de locura, no las conozco entonces. De ahí que creyese ser la demencia del joven Etzel una variante de la perturbación mental paterna.

—En fin, dejemos este ingrato discurso y hablemos de cosas más amables. Tengo hoy el gusto de anunciarte que me casaré muy pronto. ¿Lo habías adivinado, que te sonríes?

—Adivinado y anhelado. Haces bien y serás feliz.

—¿Y tú?

—Esto es otra cosa: muy aparte y muy diferente.

—¿Cómo así?

—¿Sabes? Hace pocas noches se me presentó el Arcángel San Gabriel....

—¡Creía que él no visitaba sino a las señoras!

—No te afanes, que todo ocurrió honestamente. Se me presentó, te decía, y me habló de esta manera: «Te anuncio que morirás célibe». «¿Por qué a mí me tratas con tánto rigor?» Le pregunté, quizás un poco malhumorado. «El Señor ha apartado de tí todas las posibilidades, porque.... has amado mucho».

—Entiendo.

—Sí: tú no estabas en este caso. A tí te llenaron los libros la cabeza de teorías, y hablabas con un fervor tan grande, tan grande.... como era el vacío de tu corazón. El día que la voz de la especie llamó a las puertas de tu alma, la encontró en éxtasis y se apoderó de ella con todo su ardimiento. Serás feliz, y en tí hay suficiente gentileza para hacer feliz también a tu prometida.

—¡Oh, ciertamente! Vieras tú cómo es de emocionante el tocar con palabras de vida un corazón que apenas entrevé los misterios del mundo; ser el mentor de un alma que despierta a los ensueños vagarosos de un anhelo impreciso. Se siente uno trasformado ante una deliciosa responsabilidad que trae a nuestra vida significación enantes desconocida, una rara significación que agranda con el horizonte de otra existencia el alcance y el valor de nuestra propia existencia.

—Te embriaga el hálito hechicero de la virginidad. Adivino su magia sutil, su diafanidad espiritual, el encanto de un horizonte dilatado de inúmeras posibilidades. Pero no te envidio. El corazón de las mujeres que han amado mucho tiene arcanos que me seducen con el silencio de su historia. ¿Sabes? Hay en la cima de algunas cordilleras lagos dormidos, en que el agua azul parece reposar eternamente. Son el cráter apagado de antiguas catástrofes que hicieron trepidar el basamento rocoso de los altos montes. Mirarse en ellos, sondear su lejano fondo, sentirse agobiado por la atracción del abismo, es para mí, un ácido deleite.

—Míralo bien: Me parece a mí que estás equivocado. Es mejor la paz sedante de la planicie que ese ambiente huracanado de los altos riscos. Míralo bien, que aún es hora.

—Tienes razón. Mas no olvides que la tragedia todavía se pasea por el mundo, y de cuando en vez visita el corazón del hombre.

—No quisiera escuchar de tí esas palabras. También yo hallé cerrado el horizonte durante muchos años y agotadas al parecer las mejores ilusiones de la vida. Y ya lo estás viendo. Es un delicioso despertar. Un renacimiento. Cuando miro atrás y me contemplo en mi pasado y contemplo el pasado de tántos de nuestros amigos que han malgastado el tesoro de la humana existencia, me entran ganas de hacerme predicador de un exaltado optimismo. La otra noche, repasando los motivos de felicidad que yo tengo, y que cualquiera otro pudiera tener, se me ocurrió pensar que la existencia es una tela en blanco que se extiende de infinito a infinito donde el alma puede dibujar nobles paisajes de ensueño, indefinidamente.

—Eso está bien en tí.

—Y en tí, ¿por qué no? En cierta ocasión viajaba por la cima de esa cordillera que da al poniente. Eran las horas de la tarde. Una niebla oscura, cuajada de llovizna, apagaba el contorno de las cosas y cerraba el espíritu en una angustia de soledad y de desolación hasta romperse en menudos fragmentos de imaginaciones dolorosas. Solo en la cima helada del monte, sin conocer la ruta, solo y a oscuras en la

melancolía de la tarde, me entró un desfallecimiento del ánimo y dejé andar mi caballería al paso que quisiera, casi renunciando al ejercicio de la voluntad. De pronto una emoción arrobadora sacudió mis nervios. Alcé la vista y me hallé envuelto en deliciosa luz. El sol reverberaba, esplendoroso, en frente de mí e inundaba dilatadas campiñas de la más riente fertilidad. Una suave tibieza dilataba mis pulsos, encendía mi rostro, alborotaba el corazón y me hacía estremecer todo de inefable contento. Creí que mi razón se hubiese perturbado y miré de instinto hacia atrás. Había dejado el escueto páramo de la cordillera envuelto en una capa gris de nubes, y entrado en la bella zona de las vertientes del Apulo, iluminadas de sol, cubiertas de plantíos y aromadas por la grama tibia de los fértiles contornos. Así en mi vida espiritual ha ocurrido un cambio hacia una benéfica embriaguez.

Por una asociación caprichosa de mi pensamiento, mientras Onzaga se detenía con moroso deleite en la visión interior de su felicidad, yo imaginaba la situación de Gloria Etzel, y me entraron grandes deseos de inquirir el estado espiritual de mi amigo respecto de ella.

—Díme, le pregunté, ¿no te causa inquietud la situación a que ha llegado Gloria? Te veo tan feliz, que por contraste la recuerdo.

—Tú lo sabes: muchas veces bajo el suelo que pisamos, al parecer seco y firme, pasan corrientes de agua en atormentados cauces profundos que van quien sabe adonde. Así también, muchas almas que viven cerca de nosotros esconden bajo la discreta apariencia

de una conducta reposada el drama silencioso de su infortunio. La vida enlaza en ocasiones inextricables acontecimientos que no podemos solucionar. He meditado en esas ondas hertzianas que cruzan el ambiente, portadoras de voces de alegría, de voces de llanto, músicas, desolación de naufragios, palpitaciones del pobre espíritu que se debate en este complicado anhelo de vivir, y que sin embargo no oímos, que pasan en silencio aparente en vibraciones etéreas, sin herir el tosco tímpano de nuestros oídos. Si las oyésemos nos haría estremecer su acento. Tal así, me parece que el ambiente se llena de emociones humanas, que tiembla de secretos que son el drama callado de cada sér.

Yo continué meditando. Claramente veía la verdad de la sutil emoción de Onzaga en sus discretas frases. Mas necesitaba ahondar en su sentimiento, y le pregunté aún:

—¿Tú crees que un hombre puede amar a dos mujeres a un mismo tiempo?

—Y a tres, a cuatro, no sé a cuantas más a la vez. ¿No es esa tu opinión? Muchas veces me lo has dicho. Discrepamos en un punto de suprema significación. Por mi parte considero que a pesar de esa capacidad para el amor múltiple, es imposible para nosotros atender espiritualmente a múltiples amores. La mujer vive de amor, en el sentido figurado de que necesita de él para soñar, y en el sentido real de que sin él es como una inválida del espíritu. Me ha parecido, además, que su corazón es del tamaño y del mismo quilate que el tamaño y el quilate del amor

que alimenta. Por eso reclama de nosotros todo el vigor y todo el fulgor de nuestra personalidad: ¿Y cómo dar esta a muchas a la vez? En cambio, creo que ellas sólo pueden amar a un hombre; que cuando el que amaron empequeñece a sus ojos, plantan la tienda de sus ideales muy lejos. ¿No lo crees tú así?

Comprendí cuánto había de penosa verdad en el discurso de mi amigo, y con qué discreto modo recataba su pensamiento, sin embargo. Por respetarlo noblemente, lo dejé escapárseme hacia una generalización, y así le dije:

—No te acompaño en ese juicio. El amor es fundamentalmente uno en todos los seres humanos. Viejas condiciones del sexo femenino restringen en la mujer la expresión total de su fuerza. Tengo para mí que ellas pueden amar, y que en puridad de verdad a veces aman, a más de un hombre. Sólo que se adjetivan más fácilmente a un solo amor, por lo general a aquel que satisface en ellas una escondida tendencia a engrandecerlas en el sentimiento mismo y en la prole.

—Ello es grave para mí. ¿Sabes que yo no podría amar a una mujer que comunicase con otro las secretas efusiones del amor? Unas manos y unos labios que repasan conmigo la caricia que recibieron de otro hombre me hieren con su sabor extraño.

—Entiendo. ¿Pero, si esas manos y esos labios dan a tí en gastado gesto la virginidad de una emoción, no te dan dos porciones: la que es tuya y la que no pudo el otro retener?

—No. No quiero oirte. Todo eso me intranquiliza.

Tú tienes una visión un poco cruel de la vida. Si escribieras lo que ocurre a tu lado serías disolvente con tu fácil aceptación de las mil y mil modalidades del sentimiento y de la vida.

—No sucedería nada de ello. Nunca puede la literatura copiar el fondo real de la existencia de los hombres. Me desconcertó siempre el no hallar en la pintura el verdadero colorido de la naturaleza: la luz de los paisajes se parece mucho a la luz solar, mas nunca he hallado, no parece posible hallar, ni la precisa cantidad ni la tonalidad exacta. Asimismo, en literatura no se encuentra el análisis de los motivos de conducta, de la variación de sentimientos, porque el arte quiere magnificarlo todo, sutilizarlo todo, hacer elegante, decorativo, el estado de alma que contempla. La cruda verdad del por qué de las acciones y sentimientos humanos es tan trivial, nace de hechos tan insignificantes o estéticamente imposibles de aducir en prueba, que escapan a la farsa artística. De ahí que el arte sea una realidad aparte, mero símbolo de la vida o fantasía que la sugiere en lejana comparación. Una copia de la vida no sería nunca bella. Si analizáramos las más sublimes pasiones del drama o de la novela en su íntimo engranaje y no en el estallido multicolor de sus exteriorizaciones, se convertirían en la más cruel de las caricaturas. La verdad de la vida no es posible en el arte. La verdad del arte sí es posible en la vida. Esa es la diferencia.

—¿Entonces, tú me propones pensar que la belleza artística es una mera ficción?

—Es un narcisismo de la vida. Pero en todo narcisismo hay un serio fondo de verdad: hay un comienzo de perduración, y por lo tanto de superación.

—No te entiendo.

—No es raro: si yo apenas adivino vagamente lo que quisiera decirte.

Onzaga se paseó un poco por el salón. Luego, volviendo a mí lentamente, dijo:

—El destino es una misteriosa palabra que cubre con cierto aire de nobleza la oscuridad en que se debate, angustiado, el pensamiento humano. Como un retintín monótono me asedia esta frase que muchas veces hemos pronunciado tú y yo: «¡Qué difícil es vivir»! Lo es fundamentalmente, porque cada hora es el milagro de salvarnos de mil posibilidades de muerte; y lo es cuanto al espíritu, ya que vivir noblemente es la hazaña más heroica de un hombre. Sigo pensando en tu opinión sobre el arte. Aplicada a la interpretación de la vida, ¿no crees tú?, el amor es el componente dramático, el dolor encarna la tragedia, la inteligencia da ocasión a que se revele la comicidad, pues sin ella nada habría risible en el mundo; el destino ¿sabes?, es la epopeya del hombre. Mas yo te pregunto si acaso el destino es la información histórica de nuestros instintos en su íntima conexión con las fuerzas naturales; si en lugar de considerarlo como expresión de una fuerza desconocida, de un Fatum, de una intervención extraña en la vida del hombre, es la trayectoria de esta vida que resulta de lo que ella quisiera ser y lo que la inercia de otras energías del medio cósmico y social le imponen ser.

—Es la sencilla explicación que ello tiene en nuestro espíritu acostumbrado al estudio de las ciencias naturales.

—Es verdad. Pero sigue impresionándome a mí la idea de que el alma es factor importante en la elaboración de nuestra vida. De esa posible tragedia, drama o comedia que ha de resultar nuestra existencia individual, nosotros podemos contribuír a darle la suficiente altura para que sea una noble obra de arte. ¿Lo crees tú?

—Temo mucho que sólo lleguemos a hacer una obra de artificio. La vida moderna es casi toda una obra de artificio.

—Desgraciadamente ello es así. Empero, el artificio se encamina al arte en alguna vaga manera. Hay que dar el paso que nos falta hacia esta culminación.

*

HAY días en que nuestro espíritu se concentra en la rumia de toda su existencia por ver de encauzarse en algún nuevo derrotero o quizá por despedirse de todos los que hasta entonces ha transitado con alegría o dolor. De esas horas de callado pensamiento arrancarán después las decisiones al parecer improvisadas con que atendemos a los sucesos imprevistos del vivir cotidiano.

Meses después de estos acontecimientos, cuando la vida había decantado el infortunio, haciéndolo casi normal, en el espíritu de los Etzel, Gloria entretuvo un día su pensamiento en morosa lasitud. Tomó en cama el desayuno, y apenas si probando de él alguna cosa quedóse contemplando la brillante electroplata del servicio sin verlo. Sólo cuando la sirvienta le preguntó: «¿No toma más la señora?» se dio cuenta de que en verdad muy poco se había servido aún. Con instintivo gesto de decoro arregló lenta y cuidadosamente el edredón de su cama, alzó un cojín para recostar la cabeza en más elevada posición y pensar, pensar. Sus ojos vagaban, distraídos, por los rincones de la alcoba o quietamente se fijaban en las molduras del artesonado. El sol de la mañana le trajo al fin el disgusto por el calor del lecho, ese vago malestar de la permanencia en él a horas en que no se tiene costumbre de disfrutarlo, y con pausado impulso emprendió el arreglo de su persona. Un gesto instintivo de pena se marcó en su boca al contemplar la palidez de las mejillas, notoria a pesar de la tibieza del baño, y sin reflexión, automáticamente, les dio un poco de colorido, peinó el ángulo airoso de sus cejas y quiso pasar una línea roja por los labios cuando sorprendió entre la oscura cabellera un hilo de plata: con el cepillo trató de peinarlo para que se ocultase, y al pasar y repasar la rizada crencha dos, tres, cuatro hilos más aparecieron en extraña rebeldía de blancura. Su mano desmayóse, y con gesto de resignado vencimiento sentóse al borde de la cama, inactiva, aquietada toda su personalidad en vagarosa meditación.

Luégo vistió un sencillo traje negro, anduvo por la alcoba como si buscase algo, sin saber qué, y salió al jardín. El claro sol de la mañana despejó un

poco su fantasía y dióse a podar con aire distraído las macetas: frondosas margaritas, geranios de lujosa florescencia, verbenas de variado matiz, cuyo aroma prefirió siempre. Ese perfume la retuvo en larga contemplación. ¿Cuáles le tendrían más intenso, las rojas, las tocadas de blanco, las más oscuras, casi purpurinas? El sol, el suave aroma, el encendido tono de las corolas diminutas triangularon el mundo ante su espíritu por leve instante. Sus mejillas se encendieron de renovada frescura y sus ojos cobraron candorosa humedad juvenil. Recató su falda por evitar el tallo espinoso de una rosa encendida que se columpiaba ante el sol en un arrebato de roja vitalidad y fuese hacia sus preferidas, media docena de begonias que en blancos jarrones había hecho cultivar en el invernadero para que floreciesen en profusión magnífica. Y de verlas sonreía a solas, ¿cobraron vida de color en terciopelo de seda aquellas que su propio peso inclinaba levemente? Carnosas, escarlatas, rebosantes de savia como una boca juvenil, cantaban su canto de calor a la vibrante luz de la mañana, que en rayos oblicuos de oro atomizado se entregaba a nuevas nupcias con el mundo. Por sentir mejor sus predilectas, tomó entre las manos la corola de la más erguida y exuberante; y en el cuenco rosado de la mano quedóse, desprendida, la flor, con tan suave rendimiento que la hizo estremecer como si fuese un símil de donación inesperada, como si la maceta se diese a su contacto con agobiado fervor. Besó suavemente el estuche fresco de esa vida que se tronchaba a su caricia, y exclamó perceptiblemente, hablando con íntima emoción de su alma: «¡Pobrecita, tú también eres mujer!», y se quedó mirándola. Mirándola hasta que un vuelo tembloroso arrebató su pensamiento hacia dos mariposas que jugaban en torno a una margarita. Dos mariposas blancas que iban y venían con alas parpadeantes entre la luz, como si fuesen el espíritu de la mañana materializado en la frágil levedad de cuatro alitas temblorosas. Iban y venían en la tarda premura de su vuelo. Y otras más llegaron, buscándose de instinto. Gloria sabía el secreto de sus vidas fugaces, y amó su secreto en una mirada lenta que las siguió por el aire, cuando en agitado vuelo se las llevó su embriaguez hacia el espacio azul. El calor de su mano agostó, sin darse ella cuenta del daño que hacía, la begonia trunca. Tuvo un gesto de reproche para el descuido de su mano, y abandonando el jardín, entró de nuevo en su alcoba.

Parecía querer hallar algo. Abrió su escaparate y contempló con intención confusa las pequeñas cosas que guardaba. Vestidos, perfumes, cajitas de laca japonesa, cajas de cartón decoradas con bellas figuras o encendidos paisajes de color, encajes, sombreros, en variados matices de seda su ropa interior, finamente doblada, abrigos de teatro, plegados pañuelos de lino.... ¿Qué buscaba? De pronto se detuvieron sus manos en un paquete, cuidadosamente doblado entre varios papeles y atado con angosta cinta azul de seda. Era su vestido de novia. Dentro había una corona de azahares. Colocó la una sobre el lecho y desplegó el otro con incierta lentitud. Por alisar un plie-

gue estrujó inhábilmente la tela, que cedió en deshilachada desgarradura. Ella tuvo un gesto de pesar, y probó con ambas manos la firmeza de otro sitio, que se abrió en fácil grieta a su vez. Una doliente sonrisa plegó sus labios, y siguió rasgando parte por parte la falda envejecida ya, de un color marfileño. Y cuando entre sus manos no quedaba más que un confuso hacinamiento de hilachas, desgranó sobre ella la corona de azahares, hizo del conjunto un apretado montón y lo hundió al azar en cualquier rincón del escaparate.

Sus manos cobraron un temblor de fiebre, y buscaron, afanosas, algo más aún. Y lo hallaron, el cofre de sus cartas íntimas, el relicario de horas juveniles, en cuyo fondo ennegrecidos pétalos perturbaron sus sentidos con el olor de un pasado ya remoto. Quiso leer una página siquiera de aquellas cartas en que palpitó la ternura de un amor que iluminó su juventud con arrebatada promesa de eternidad, y no pudo hacerlo. Esas palabras no significaban lo mismo ahora. Eran unas frases inútiles, imbéciles frases sin sentido. ¿No eran desagradables también? Y una a una rompió aquellas cartas, arrojó al canasto de papeles los estrujados fragmentos, y sobre ellos volcó, sin dolor, sin afán, las flores negruzcas que alfombraban el fondo de su cofre.

Y entonces, sin fuerzas, pero sin llanto, fría, muda, se extendió en la turquesa y cerró los ojos, como huyendo de su propio pensamiento.

Ni supo cuánto tiempo permaneció así: ¿Una hora, dos horas acaso? El tiempo había dejado de serle in-

teresante. Ninguna misión espiritual encerraba para ella la curva luminosa de los días. Muchas veces han escrito los hombres la página melancólica de esos seres que en medio de la plenitud vital se encuentran con que su destino ha terminado, con que ya no habrá en el mundo, en su mundo, novedad de sentimiento, expectativa de emociones, anhelo. El mañana les parece vivido de antemano, porque ninguna hora está para ellos fecundada por la ilusión, ninguna esperanza tiñe de rosa el minuto que se elabora en el vientre oscuro de lo eterno. Matrimonios sin hijos, matrimonios que muy temprano los tuvieron y a mitad de la vida les ven alejarse hacia sus propias rutas, para siempre un poco extraños, o célibes que asisten al declinar de las humanas ambiciones, a la marchitez implacable de todos los entusiasmos que festinan el ritmo del corazón y encauzan la trémula corriente de las arterias hacia los núcleos del pensamiento y de la acción. Los que replican a la encuesta trivial de los saludos: «¿Qué hay?» «Nada» «¿Qué ha habido?» «Nada». Los que carecen de mañana. Amargura de un silencio interior. Sordomudez de la vida. Disolución de la personalidad en que se aprecia la revelación impresionante de que la acción es el sér, de que el sér sin misión definida es un mito nominal, un ente de razón y sustantivo abstracto.

¿Quién no les ha visto vagar por su casa, vagar por los salones de sociedad, vagar por los caminos de la tierra sin llenar el espacio que ocupan, deslizándose en el tumulto fértil de las horas sin fecundar

ninguna, barcos vacíos sobre las crestas fugaces del mar y de los vientos?

No supo Gloria Etzel cuánto tiempo permaneció así: ¿Una hora, dos horas acaso? Horas o días, años o siglos, ¿existen? Si no traen equipo de emociones, ¿para qué las detiene el aduanero espiritual de la conciencia, ni para qué les limita su radio de duración convencional?

Vuelta en sí y a la anodina realidad de su ambiente, pensó casi en voz alta: «Aquel hombre no ha salido hoy, ¿qué le estará pasando?» Suavemente deslizóse hacia el despacho de su marido, y sin hacerse sentir estúvose observándole. Etzel tenía abierta su caja de caudales, y parecía sumido en intrincadas operaciones de contabilidad. Sobre el escritorio, en los asientos, sobre el suelo mismo veíanse desplegados multitud de papeles de crédito, cédulas bancarias, acciones de diversas industrias, bonos de la deuda nacional interna. Bellamente editados todos ellos decoraban con cierto lujo el aposento. De una u otra parte iba y venía Etzel, contando unos, anotando otros, agitado y como afiebrado de una nerviosa actividad. De pronto sentóse al escritorio y estúvose un largo espacio resumiendo los datos de numerosas papeletas en una más amplia hoja de papel. Gloria lo seguía en su trabajo con inquieta observación. «¿Qué le estará ocurriendo?» Pensó, casi atemorizada. No se atrevía a entrar por no interrumpirlo en sus labores, mas continuó mirándole discretamente De un momento a otro Etzel se agitó con inusitada embriaguez: levantóse, recorrió la pieza a grandes pasos, y fuese en-

cendiendo en una desbordante alegría. Tomó en sus manos los manojos de papeles y los besó con efusión, sacó de la caja de caudales un montón de monedas de oro americano y las contempló entre sus manos abiertas, tan cerca de los ojos que el dorado resplandor iluminaba sus mejillas y su frente, las movió de un lado para otro por hacerlas vibrar, y al oírlas y sentir su peso y ver su brillantez enardecióse de más exaltado gozo, se cubrió el rostro con ellas, como quien se baña, y las paseó por su cara con una arrebatada fruición.

Gloria estremecióse en desconcertado pensamiento. Vio a su marido con el cabello alborotado, desorbitados los ojos en frenético rictus de alegría, temblorosas las manos que aprisionaban el montón brillante de monedas, y comprendiendo al fin esas nupcias de su esposo con la avaricia, fuese a un rincón del aposento vecino y sentóse a tejer con amargado continente de fatiga espiritual.

Pocos instantes después Etzel entró, alborozado, llamándola:

—¡Gloria, Gloria!

—¿Qué quieres, hijo? Respondió ella sin levantar los ojos de su labor.

—¿Sabes, Gloria, sabes que he completado quinientos mil dólares de capital?

Y ella, los ojos bajos aún, dejativamente, como quien sólo habla consigo, replicó:

—¡Maravilloso, hijo, maravilloso! Cómprame con ellos un centavo de felicidad....


6 2000 00103911 5